

EDDIE THORNY

F
B
I

LA CONCIENCIA ME
ACUSA



EDDIE THORNY

La conciencia me acusa



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1958
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 43 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I

EMPLEO PELIGROSO



ASTABA ver el gesto ceñudo y hosco del teniente Kinsley al penetrar en el despacho para figurarse lo sucedido. Roger Travers, el ayudante del District Attorney, que le aguardaba con impaciencia, adivinó su completo fracaso, antes incluso de que pronunciara una sola palabra. Del rostro del jefe de la Brigada de Narcóticos había desaparecido la sonrisa de satisfacción con que le anunció la noche anterior:

—¡Al fin vamos a poder hincarles el diente! El tipo está un poco bebido; pero bebido y todo...

En aquellas veinticuatro horas, Travers le había visto cinco veces distintas, y cada vez encontró a Kinsley menos optimista y más destemplado. A medida que pasaba el tiempo, iban derrumbándose sus esperanzas; ahora ya no le quedaba ninguna.

—¡La historia de siempre! —gruñó, malhumorando, dejándose caer desalentado en uno de los sillones—. Nuestro amiguito parece haberse caído de la luna. No sabe nada, no recuerda nada, no se explica lo ocurrido, y jura y perjura ignorar todo lo que pudo hacer o decir estando borracho.

—Pero —objetó el ayudante del District Attorney— ¿no le detuvieron cuando agredió a Hawkins en una taberna del Carré, delante de cincuenta personas, porque se negó a entregarle un poco de «polvo», a menos que lo pagase por adelantado?

Kinsey asintió con una leve inclinación de cabeza. William N. Shore fue reducido a la impotencia, no sin considerables esfuerzos y de armar antes un escándalo fenomenal, por pretender ahogar entre sus manos a un sujeto de nada limpios antecedentes llamado George Hawkins, a quién todos conocían por el remoque de «Drunken». El motivo de la pelea entre ambos —porque «Drunken» trató de defenderse, y, aunque llevó la peor parte, no dejó de propinar algunos golpes a su contrincante y a los que

trataban de separarlos— parecía haber sido su negativa a entregar a Shore un sobrecito conteniendo cocaína, sin recibir antes su importe. Pero...

—Los agentes cometieron la torpeza de no tomar los nombres de quienes en los primeros momentos afirmaban haber oído la petición de William y la contestación de «Drunken». Cuando quise enmendar el error y fui a buscarles, habían desaparecido sin dejar rastros.

—Sin embargo —insistió Travers—, no cabe duda de que «Drunken» se dedica al tráfico de drogas, ¿verdad?

—Sabemos que se dedicaba, que no es lo mismo —rectificó el teniente—. Fue condenado en mil novecientos cuarenta y siete por llevar encima un paquete de marihuana, y salió hace tres años. Desde entonces asegura ganarse honradamente la vida. Es probable que mienta. Tenemos la casi seguridad de que es un peón de última fila en la organización; que distribuye morfina y otros estupefacientes por las tabernas y los bares de ínfima categoría. Desgraciadamente, no podemos probarlo.

—Si Shore confiesa que en varias ocasiones le vendió sobrecitos con «nieve», habrá más que suficiente, ¿no?

—¡Seguro! —exclamó Kinsley, con una amarga sonrisa—. Lo único malo es que, en lugar de confesarlo, lo niega de una manera rotunda y categórica.

—¿Acaso no le han aplicado...?

—¿El famoso «tercer grado»? ¡Claro que sí! Ya sé que la ley lo prohíbe, y que yo debía negarlo púdicamente. Pero no voy a andarme en rodeos con usted ni a tener contemplaciones con determinados sujetos. Sí; le aseguro que Shore no tendrá frío en una temporada ni olvidará fácilmente mis caricias.

Travers le creyó. Alto, corpulento, con manazas que parecían las patas de un elefante, no debía resultar muy agradable sufrir el interrogatorio de un Kinsley rabioso y malhumorado.

—¿Y no ha conseguido nada? —preguntó, incrédulo.

—Ni espero conseguirlo, que todavía es peor —repuso, disgustado, el teniente—. Le estaría interrogando veinte días seguidos, le rompería la cabeza en cincuenta pedazos y no lograría que dijese una sola palabra. Por encima de todas las torturas físicas, está su temor a verse privado de la droga. Antes que renunciar a ella lo soportaría todo, porque la paliza más brutal se le antojaría un mimo frente al horror de no poder sorber de cuando en cuando unos gramos de «polvo».

—Pero Hawkins no será tan duro —insinuó el ayudante del District Attorney, con una leve esperanza.

—A «Drunken» tuve que manejarle con guantes de terciopelo —gruñó Kinsley—. A la media hora de detenerle, ya estaba aquí un maldito enreda pleitos, haciendo preguntitas, interesándose por el detenido y amenazándome con fieros males si me excedía en mis atribuciones.

Discutimos bastante, pero al final se salió con la suya.

—¿Quiere decir que ha puesto en libertad a Hawkins? —inquirió, sorprendido, Travers.

—¡Naturalmente! Para encerrarle necesitaba pruebas y no las tengo. ¿Qué puedo alegar contra él? Que sospecho que sigue dedicado al tráfico de drogas; pero por sospechas no se puede condenar a nadie. ¡Si le hubiésemos encontrado algo encima...! Por desgracia, cuando llegó a mi presencia, llevaba los bolsillos limpios.

—Siempre quedará su pelea con Shore —replicó el District Attorney, resistiéndose a reconocer su derrota.

—¿Y qué? —chilló, descompuesto, su interlocutor—. A cualquiera puede agredirle un borracho sin que, el hecho de defenderse; sea considerado como un delito. Eso es lo que «Drunken» dice, lo que confirma el otro, y lo que ni usted ni yo estamos en condiciones de desmentir.

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Nada. Shore comparecerá mañana o pasado ante el juez acusado de escándalo y agresión. Recibirá una reprimenda más o menos áspera, y eso será todo. Como máximo, si el juez se siente muy severo, le condenará a pagar una multa, y caso de no tener dinero, pasará diez o doce días en la cárcel. ¿Qué es muy poco? ¡Seguro! Pero ¡ojalá sea así, y no acabe yo pagando los vidrios rotos!

—¿Usted? —se sorprendió Travers.

—Pudiera ser. ¿No vino un abogado a interesarse por «Drunken»? Pues imagínese que Shore cuenta con otro, y empieza a pedir explicaciones del trato dado a su defendido. ¿Cree que podría decirle que le apliqué el «tercer grado» para que acusase al otro?

—Esperemos que comprenda que armar líos no va a beneficiarle. Si calló para no buscarse complicaciones con Hawkins, menos hablará delante del juez.

—Estaría seguro si Shore fuera un «profesional» como «Drunken» —repuso, dubitativo, el teniente—. Lo malo es que sea una persona decente.

—¿Qué sabe de ese tipo, para figurarse que pueda ser una persona honorable? —inquirió, extrañado, el District Attorney.

Kinsley respondió con la verdad, repitiendo lo que había sabido por la documentación encontrada al detenido, por las referencias de distintas personas que le conocían y por las manifestaciones del propio interesado. William N. Shore era un hombre de treinta años, oriundo de Virginia, enrolado muy joven en la Aviación militar, con la que peleó en los últimos meses de la segunda guerra mundial y durante toda la contienda de Corea.

—Tiene, al parecer, una brillante hoja de servicios. Derribó doce aparatos enemigos, le hirieron tres veces, y le condecoraron otras tantas, ascendiendo a mayor por méritos propios.

—¿Cómo se explica —saltó Travers— que un héroe bélico aparezca en Nueva Orleans convertido poco menos que en una piltrafa humana?

Una triste sonrisa contrajo los labios del teniente. Había hecho la misma pregunta al interesado, y la respuesta que obtuvo, sincera según todos los indicios, tenía muy poco de agradable. Una de las heridas sufridas por Shore en Corea —fractura astillada de la cadera derecha al ser derribado el avión que pilotaba— le hizo permanecer en cama durante seis meses, y ser sometido a distintas operaciones y a curas que le ocasionaron dolores insoportables. Para aliviar sus torturas, hubo que recurrir a Las drogas, y acabó habituándose a ellas.

—Era un morfinómano cuando abandonó el hospital, y continúa siéndolo hoy.

—Pero —tornó a sorprenderse Travers— ¿no era cocaína lo que pretendía obtener de Hawkins?

Kinsley asintió, dándose buena prisa en explicar la aparente contradicción. Que William fuese morfinómano en un principio, e incluso en la actualidad, no implicaba que suspirase únicamente por aquel estupefaciente, rechazando con asco y repugnancia los demás. La intoxicación había llegado a un punto tal, que su organismo sentía la urgente necesidad de drogas, sin importarle demasiado que fuera una u otra. De poder elegir libremente, quizá prefiriese la morfina; pero caso de no encontrarla, no vacilaba en sustituirla por opio, cocaína o marihuana.

—Incluso recurre muchas veces al alcohol. Eso explica su borrachera de la otra noche, y que ninguna de las que ha pasado aquí se haya acostado sereno.

De lo que pudo deducir el teniente, Shore no tropezó con graves dificultades para satisfacer su enfermiza necesidad mientras permaneció en Corea y en el Japón. Al ser licenciado, buscó trabajo, y lo encontró en una línea comercial que enlazaba Hong-Kong con San Francisco, volando por encima del Pacífico. Durante un año, todo fue bien; un día, la Policía británica le detuvo en Victoria, hallándole encima unos gramos de opio. Pasó dos meses en la cárcel, y al final se le prohibió volver a poner los pies en la colonia inglesa.

Como el escándalo determinó su cese en la compañía a que pertenecía, hubo de regresar a América, y procurarse empleo en otra empresa. Perteneció a cuatro distintas en menos de tres años, y de todas salió por causas semejantes. En la última de ellas, conduciendo borracho un cuatrimotor, se estrelló al tomar tierra en el aeropuerto de Denver, y por verdadero milagro no provocó una espantosa catástrofe. La Providencia quiso que solo resultasen siete heridos, uno de ellos él. Pudieron meterlo en la cárcel y retirarle la licencia de vuelo; pero la compañía echó tierra al asunto y se contentó con despedirle al abandonar el sanatorio, y pasar una

nota reservada a todas las empresas importantes a fin de que no hallase empleo en ninguna.

—Eso fue hace siete meses —concluyó Kinsley—. Desde entonces, Shore ha dado tumbos por Denver, Kansas City y Saint Louis. En febrero último cayó en Nueva Orleans. Traía unos cientos de dólares, que no sé de dónde diablos sacó, y se los ha gastado en drogas y «whisky». Ahora no le queda un centavo, y acaso fuese una solución que le hiciésemos pasar una buena temporada a la «sombra».

Treinta y seis horas más tarde, el teniente se esforzó por conseguir una condena prolongada, pero fracasó en toda la línea. Su visible hostilidad hacia el detenido le valió una dura reprimenda del juez, que en tono desabrido le recordó que su obligación era exponer con imparcialidad los hechos, no tergiversarlos en perjuicio del acusado. Shore, que no alegó nada en su defensa, excepto negar que hubiese pedido a Hawkins estupefacientes de ninguna clase, fue condenado a doscientos dólares de multa, sustituidos por quince días de encierro en caso de insolvencia.

—Habré de pasar dos semanas encerrado —comentó William al oír la sentencia—. Tendría que dejarme matar en este momento no ya por doscientos, sino por un solo «pavo».

Con gran asombro por su parte, fue puesto en libertad al anoecer. Creyó al principio que se trataba de una equivocación, pero el sargento que le condujo hasta la puerta le sacó de su error.

—Hubo quien pagó la multa, y fue una chica preciosa —dijo; añadiendo, con mal disimulada contrariedad—: ¡Indudablemente, no hay como ser un indeseable para tener suerte...!

—Si llama suerte a que está noche no pueda cenar ni tenga dónde acostarme —replicó William, con amarga ironía—, no sé a qué llamará desgracia.

Tras pensarlo un rato, decidió volver a Irish Chancel Street. Allí tenía una habitación, cuya llave conservaba en el bolsillo. Era probable que no le sirviera de nada, porque llevaba una semana sin pagar, y la dueña de la pensión no le profesaba la menor simpatía. Lo más seguro sería que mistress Jaeger hubiese aprovechado su ausencia para alquilársela a otro que pagara con mayor regularidad. De cualquier forma, cabía que el cuarto siguiera vacío, que pasase por delante de la portería sin que le viese aquella arpía, y pudiera descansar unas horas antes de ser descubierto.

Cuando llegó al portal, comprendió todo lo infundado de sus esperanzas, y estuvo a punto de dar media vuelta, viendo la voluminosa humanidad de mistress Jaeger cubriendo por completo el acceso a la escalera. Fue su voz, a la que inútilmente trataba de dar una entonación simpática y cordial, lo que le impidió marcharse sin hablar una sola palabra.

—Llevaba un rato esperándole, míster Shore —dijo, y William no dejó de advertir que era la primera vez que le llamaba «míster»—, y ya empezaba a temer que no quisiera volver a vernos.

—¿Sabía que iba a venir precisamente esta tarde? —preguntó, a su vez, ligeramente desconcertado, el recién llegado.

—¡Claro! Sé que es usted un caballero, y ningún caballero falta a la cita cuando le espera una señorita tan encantadora como la que le aguarda en su habitación...

Boquiabierto por el asombro, William tuvo deseos de preguntar tantas cosas, que acabó por no preguntar ninguna. Un momento contempló perplejo a su interlocutora, que le sonreía mostrando unos dientes que no podrían servir para anuncio de un dentífrico. Luego, viendo que se apartaba para dejarle pasar, empezó a subir de tres en tres los escalones.

Mientras ascendía, su cerebro trabajaba con rapidez vertiginosa, imaginándose las cosas más inverosímiles. Cuando alcanzó la tercera planta, estaba seguro de que nada podría sorprenderle ya. Pero al abrir la puerta de la habitación, comprendió su error, viendo a la muchacha que le esperaba.

El sargento que le puso en libertad afirmó que la chica que pagó la multa era preciosa; mistress Jaeger calificó de encantadora a la señorita que aguardaba en su cuarto. En uno y en otro caso, Shore dio por seguro que ambos exageraban. Al verla, tuvo que confesarse mentalmente que se habían quedado cortos. Los adjetivos, que hubieran sido hiperbólicos aplicados a otra persona, resultaban pálidos, ridículos incluso, al referirse a aquella. Un segundo se sorprendió, pensando que para calificarla sería preciso inventar alguna palabra nueva, porque las existentes estaban gastadas por el uso.

—¡Adelante, Shore! —dijo la chica, poniéndose en pie y avanzando a su encuentro, mientras le tendía, sonriente, la mano—. Le esperaba con verdadera impaciencia.

Todas las energías vitales de William parecían haberse concentrado en la mirada, y ni dio un solo paso ni respondió palabra, absorto en la contemplación de la beldad. Era de mediana estatura, pero de proporciones que podían tomarse como canon de la belleza clásica. Rubio y ensortijado el pelo; pálido el cutis, que tenía marfileñas transparencias; verdes los ojos, que producían la desconcertante impresión de crecer por instantes hasta ser mucho mayores que la cara: helénica la nariz; diminuta la boca, de labios finamente dibujados, y armonioso el cuerpo, que oscilaba levemente al andar, dando la sensación de una violencia pasional difícilmente refrenada.

—¿Tan horrible le parezco que ni siquiera se atreve a estrechar mi mano? —preguntó, y William descubrió que la voz, de cálida y suave tonalidad, no desdecía de los múltiples encantos físicos, perceptibles a la

primera ojeada, de su visitante.

—Perdone mi ceguera —replicó, saliendo de su estupor con un violento esfuerzo—; pero nadie puede mirar al sol sin deslumbrarse.

—Exagerado, pero galante —respondió la muchacha, sin ocultar su satisfacción—. Veo que no me había equivocado al juzgarle.

—¿Quiere decir que nos hemos visto antes? —inquirió Shore, convencido de que ni el tiempo ni las circunstancias podían haberle hecho olvidar la visión esplendorosa de su interlocutora, caso de haberse encontrado alguna vez con ella.

—Que no me viese usted, ya demuestra que no soy un sol, como me calificó antes —repuso, con ligera ironía, la joven—. Pero yo sí le vi, y usted me hubiera visto con solo volver la cabeza.

—¿Cuándo y dónde?

—Esta mañana, al comparecer ante el juez. Escuché sus declaraciones; me indignó un poco el ensañamiento con que le acusaban, y...

—Dejándose llevar por un impulso caritativo —se adelantó William, seguro de no equivocarse—, pagó los doscientos dólares de la multa.

—Pagué la multa, en efecto; se equivoca al calificar de caritativo mi impulso. Admiro y, a veces, practico la caridad; pero nunca la confundo con la justicia. Por su actitud y entereza, usted merecía sobradamente lo poco que hice en su favor.

—Comprendo —repuso Shore, creyendo adivinar—. Hice un gran favor a «Drunken» callando, y ha procurado agradecérmelo, teniendo la precaución de no dar la cara.

—Vuelve a equivocarse —respondió la muchacha—. A «Drunken» jamás se le ocurrió exteriorizar una gratitud que le costase un puñado de dólares, y es demasiado viejo ya para cambiar de costumbres.

—¿Entonces...?

—¿Cree no haber hecho nada en su vida que merezca gratitud, excepto encubrir con su silencio a ese individuo? —inquirió la joven, con cierto tonillo de burla—. Si durante años enteros luchó en defensa de su patria, si resultó varias veces herido y toda su tragedia actual se deriva...

—¡No siga! —la interrumpió William, irritado por lo que consideraba una broma de mal gusto—. Con esa cara, no conseguirá convencerme de que pertenece al Y. M. C. A. o al Salvation Army. Hablemos con claridad y sin rodeos. ¿Por qué lo hizo?

La muchacha tomó asiento en el borde de la cama, cruzó las piernas, sacó un cigarrillo, que encendió parsimoniosa, mientras contemplaba a Shore con una risita irónica, y, tras una breve pausa, respondió, con otra pregunta:

—¿No admite que pude hacerlo por motivos patrióticos, dolorida al ver a un héroe del aire en tan desoladora situación?

—No —respondió, desabrido, William—. La guerra está lejos, y los héroes olvidados. Nadie se acuerda ya de ellos, y no iba a ser usted la excepción. Hubo muchos que se enriquecieron durante la lucha, pero ninguno querrá ni oír hablar de los que en ella perdimos lo mejor de nosotros.

—¿Y si yo me hubiese dejado ganar por la compasión?

—Preferiría volver a la cárcel. Podré haber caído muy bajo; pero no tanto que merezca esa forma refinada e hiriente del desprecio —contestó Shore, a quién las últimas palabras de la joven habían hecho el efecto de una bofetada.

—Orgulloso, ¿eh?

—Lo suficiente para morirme de hambre antes de aceptar el mendrugo de pan de quien pretenda humillarme con una limosna.

De pie, con los brazos cruzados, parado en el centro mismo de la habitación, sin darse cuenta siquiera de que no había cerrado la puerta y que cualquiera podía verles o escucharles desde el pasillo —y sería desconocer a mistress Jaeger pensar que desaprovecharía aquella oportunidad de enterarse de algo que poder comentar luego entre grandes aspavientos—. William contempló con fijeza a la muchacha, que ni bajó la cabeza ni desvió la mirada. La chica no parecía molesta por la áspera amargura que Shore había puesto en sus frases. Meditó unos segundos, con los labios entreabiertos por la sombra de una sonrisa. Al cabo, poniéndose en pie, le invitó:

—¿Querría venirse a cenar conmigo en cualquier restaurante?

—No tengo un solo centavo, y no estoy acostumbrado a que las mujeres me inviten.

—Puede tener empleo mañana mismo, y recibir esta noche quinientos dólares a cuenta de su primera mensualidad. ¿Qué le parece?

La muchacha hablaba en serio, desaparecida la sonrisa irónica que contraía sus labios medio minuto antes. Un instante, William consideró posible lo que decía; al siguiente, lo rechazó, desalentado.

—No sé hacer otra cosa que volar —dijo, con tristeza—, y luego del accidente de Denver ninguna línea aérea querría emplearme.

—¿Conserva, por lo menos, su licencia de vuelo?

—Sí; pero no servirá de nada. La Intertown Airline ha informado a todas las compañías comerciales y...

—Puede haber una que no haga caso de lo que diga la Intertown. La hay, en realidad. ¿Qué le parecería pilotar uno de sus aparatos?

—¡Espléndido! —se le escapó a William, un poco en contra de su voluntad; luego rectificó, apresuradamente—: Espléndido, de ser posible. Desgraciadamente, mis antecedentes, el escándalo de la otra noche y la afición a las drogas, que el teniente me atribuía no sin alguna razón,

impedirán que nadie me ofrezca...

—Lo que tendrá antes de dos horas si lo desea —le interrumpió la joven—. Pero no hablemos aquí, donde las paredes pueden oír. ¿Por qué no acepta que cenemos juntos? Puedo adelantarle algún dinero, y será usted quien invite.

—Pero —se resistió Shore, con creciente debilidad— aún no sé en qué consiste el trabajo en perspectiva ni si llegaré a aceptarlo. En caso de que tuviera que rechazarlo, ¿cómo podría pagarla?

—Vamos, y no se preocupe —replicó la joven, avanzando resuelta hacia la puerta—. El dinero de la cena, como el de la multa, están incluidos en los gastos previstos para convencerle.

Tras una leve duda, William marchó tras ella. Cualquiera que fuese en definitiva su decisión, nada perdería con escuchar lo que la muchacha tuviera que decirle y cenar en su compañía —máxime cuando sentía un apetito devorador—; hubiera sido considerado como una suerte maravillosa incluso por quien se encontrase en circunstancias mucho más halagüeñas que las suyas.

Se cruzaron con mistress Jaeger en el pasillo, y la sonrisa que les dirigió dio a entender a Shore no solo que había escuchado su charla, sino que había cobrado con creces los días de alojamiento que le adeudaba. Un minuto después se hallaban en Iris Street, y la chica se paraba ante un soberbio «Mercury».

—Quizá esté un poco débil después de lo que ha pasado —dijo la joven, empuñando el volante e invitando con un gesto a William a sentarse a su lado—, y es conveniente que sea yo quien conduzca.

Su acompañante asintió con un leve gruñido. El «Mercury» emprendió la marcha, cruzando con lentitud las calles estrechas del viejo barrio irlandés, atestadas de gente. Luego, alejándose del «waterfront», se dirigió hacia el barrio céntrico y comercial. Shore sintió de pronto cierto temor, dándose cuenta del aspecto que debía ofrecer.

—Preferiría un sitio modesto y discreto —insinuó—. No voy vestido para cenar en Antoine's precisamente.

—Descuide, amigo —sonrió su acompañante—. Iremos a dónde no llame la atención. Dejaremos Antoine's para cuando cobre su primera mensualidad.

Un poco a pesar suyo, William sintió una íntima complacencia. Antoine's era no solo el restaurante más famoso de Nueva Orleans, quizá de América entera, sino uno de los más caros. Si la chica esperaba que al cobrar estuviera en condiciones de llevarla allí, el sueldo que pensaban ofrecerle tenía que ser muy elevado.

Pero a la satisfacción primera, no tardó en aliarse cierta ligera inquietud. Nadie tira el dinero ni paga cien por lo que puede comprar por

cinco. Si recurrían a un tipo como él y le pagaban mucho, el trabajo no debía ser muy cómodo; quizá ni siquiera honroso. Pero...

—¿Qué puedo perder, en cualquier caso? —exclamó, traduciendo en palabras, de manera involuntaria, sus pensamientos.

—¿Decía algo, Shore? —inquirió la muchacha, mirándole de reojo.

—Que me gustaría conocer su nombre —mintió William—. No resulta agradable ignorar cómo se llama y dónde puedo volver a verla.

—El nombre es Terence —repuso la joven—; pero los amigos me llaman Terry. Si no me equivoco —añadió—, creo que puede llamarme Terry desde ahora. Y en cuanto a verme, es posible que haya de soportar mi presencia más de lo que quisiera.

—Dudo lo último, y agradezco lo primero —respondió Shore—. No le doy mi nombre, porque ya lo conoce; pero si le parece muy largo, puede llamarme Bill a secas.

—Supongo que Bill y Terry —comentó la muchacha— se entenderán con mayor facilidad que William y Terence. ¿No le parece?

Cenaron en el discreto reservado de un viejo restaurante italiano de Chatres Street. La comida fue excelente, rociada con, vinos, que aumentaron la euforia que a Shore le producía la compañía de una mujer tan bella y agradable. Pero ni siquiera el optimismo producido por el alcohol le hizo olvidar lo fundamental de aquella entrevista.

—¿Quiere decirme de una vez quién le mandó buscarme, en qué consiste el trabajo que me ofrece y por qué se fijaron en mí? —pidió, al empezar a comer.

Sin demasiada prisa, la muchacha respondió a sus preguntas. Había ido a su encuentro por encargo de míster Henry S. Krepps, gerente de una serie de diferentes empresas y compañías. Su labor se limitaría a tripular aparatos, de carga unas veces, de pasajeros otras, entre Nueva Orleans y los Estados próximos de Texas, Mississippi y Florida, sin excluir algún viaje a Cuba, Haití o Puerto Rico. El sueldo inicial sería de mil dólares mensuales, aparte de una gratificación especial por cada hora de vuelo.

—Por término medio sacará de dos mil quinientos a tres mil por mes. No es mucho, pero...

—Me parece demasiado para que no exista una «pega» —repuso William, receloso—. ¡Pongamos las cartas sobre la mesa! ¿Qué hay turbio detrás de todo esto?

—Nada —afirmó Terry, tajante—. Absolutamente nada.

—Mire, preciosidad —saltó Shore, con creciente irritación—: ni he nacido ayer ni me he caído de una nube. Aunque lo jure, no voy a creer que haya quien busque a un tipo como yo y le saque de la cárcel para ofrecerle un sueldo espléndido y un trabajo fácil. Si fuera cierto el cuento que acaba de contarme...

—¿Qué? —inquirió la chica, mirándole con aire de reto.

—Tendrían pilotos a patadas, y no se molestarían en recurrir a quién puede ofrecerles tan pocas garantías como un morfinómano.

—Usted negó ante el juez que lo fuera —le recordó la muchacha.

—Hasta los más tontos comprendieron que negaba por negar, y ni usted ni mister Krepps deben tener un pelo de tontos. ¿Me equivoco?

—No; pero...

—¡Enséñeme su juego de una vez, encanto! —la apremió William—. No me gusta andar a ciegas ni desconocer la parte desagradable y molesta de un asunto. Si he de estrellarme, prefiero hacerlo con los ojos bien abiertos.

—¿Por qué se empeña en creer que haya una segunda intención en la oferta de mister Krepps? —tornó a preguntar la joven, resistiéndose a reconocer la verdad.

—A mi edad, ya no es fácil confiar en hadas bondadosas, dispuestas a hacernos dichosos con su varita mágica. De sobra conoce que no tengo mucho dónde elegir. ¿Para qué pierde el tiempo tratando de dorarme la píldora, cuando sabe por anticipado que acabaré tragándola, de todas las formas?

Terry calló un minuto, como si trabase una dura lucha consigo misma. Shore esperó impaciente que tomase una decisión. Cuando la chica habló de nuevo, parecía haberla tomado.

—Tiene razón, en parte —reconoció—. El puesto que le ofrecemos encierra algunos peligros, y la gente suele tener demasiado apego a la piel, para jugársela por un puñado de dólares.

—Así está un poco más claro —dijo Bill—, aunque no todo lo necesario. ¿De qué se trata, concretamente?

De evidente mala gana, Terry dio unas rápidas y bastantes confusas explicaciones. Por lo que Shore pudo entender, Krepps tenía, entre numerosos negocios de distintas clases, una fábrica de nitroglicerina en un punto cercano a Nueva Orleans. El explosivo, nada fácil de manejar, se utilizaba con preferencia en la perforación de pozos petrolíferos y como medio de atajar los incendios que amenazaban destruir la riqueza de nafta en cualquier comarca:

—Transportarlo por avión ofrece menos riesgos que utilizando el ferrocarril o la carretera.

Aun así, el solo nombre de la nitroglicerina bastaba para poner espanto en los corazones mejor templados. La mayoría de los pilotos rechazan sin pensarlo dos veces un empleo que podía acelerar considerablemente su paso por la tierra. Un aterrizaje violento o cualquier avería sin la menor importancia con otra carga, se convertía con aquella en una catástrofe espantosa.

—Afortunadamente —concluyó la muchacha, con una sonrisa—, en los últimos tres años no ha habido un solo accidente.

—¿Se trata únicamente de eso? —inquirió William, algo más tranquilo, pero con ligera desconfianza todavía.

—Exclusivamente. ¿Acaso le parece poco?

—Me parece suficiente —reconoció Shore, con absoluta sinceridad—. Sin embargo, llegué a temerme algo peor aún...

II

DILEMA DRAMATICO



A explicación de Terry, que su interlocutor aceptó sin excesivas reservas en los primeros momentos, bastó para que desapareciese la tensión que había reinado entre ambos. Siguieron bebiendo y charlando, ahora más de ellos mismos que de Krepps y el trabajo que le ofrecía. William no tuvo inconveniente en aceptar un billete de cien dólares, que le entregó la muchacha para que pagase la cena, y se quedase con la vuelta, ni luego otros dos del mismo valor.

—Son un anticipo del primer sueldo —le dijo—, y los necesitará para adecentarse un poco, a fin de presentar un aspecto mejor cuando pasado mañana le reciban en Canal Street.

Pero cuando salieron a la calle y dieron un paseo en el «Mercury» por las orillas del Mississippi, el aire de la noche refrescó su cabeza, y tornaron a surgir en su ánimo las sospechas y los recelos. Lo que había dicho la muchacha tenía una lógica demasiado inestable para que pudiera resistir un examen a fondo. De ser cierto lo del transporte de «nitro», ¿qué necesidad tenía Krepps de utilizar para convencerle a una joven tan atractiva como Terry? Y ¿por qué la muchacha, en lugar de plantear la cuestión desde un primer instante con absoluta claridad dio tantas vueltas y rodeos, que solo reconoció la verdad cuando no le quedaba posibilidad de seguir mintiendo, acorralada materialmente por sus preguntas?

—¿Qué le ocurre ahora, que va tan pensativo? —preguntó la joven, advirtiendo su prolongado silencio, cuando llegaron de nuevo a Iris Street, donde Bill se proponía pasar la noche, aunque a la mañana siguiente

pensaba trasladarse a un hotel algo más confortable.

—Empiezo a temer que no me haya dicho toda la verdad, y el asunto no sea tan claro y limpio como me lo ha presentado.

Expuso con entera crudeza sus dudas, tratando de esclarecer los puntos oscuros; pero Terry se negó a entrar en una discusión a fondo. Cortando las protestas de Shore, afirmó:

—Míster Krepps disipará todas sus reservas cuando vaya a verle. Como no ha firmado ningún contrato, podrá aceptar o rechazar su oferta con absoluta libertad y con perfecto conocimiento de causa.

—Pero los trescientos dólares que me ha dado y la multa que pagó...

—No se preocupe por eso. Ya le dije que son gastos inevitables en la recluta de nuevos pilotos. No significarían una grave pérdida para nosotros, aunque no lográsemos su colaboración. Pero, por grandes que sean sus escrúpulos —concluyó—, no creo que corramos ese riesgo, porque no está usted en condiciones de desperdiciar una oportunidad que no volverá a presentársele...

Parado en el borde de la acera, William siguió con la mirada al coche hasta que desapareció en un extremo de la calle. Subió entonces a su habitación, y se tumbó vestido encima de la cama. Al amanecer seguía despierto, fumando un cigarrillo tras otro y abismado en profundas meditaciones. Estaba seguro de que sus sospechas tenían un fundamento serio, y que el transporte de la nitroglicerina no pasaba de ser una salida airoso, que a Terry le proporcionó en el momento preciso su fértil imaginación.

—En último término —procuró serenarse—, siempre me queda la posibilidad de rechazar el trabajo.

Pero en el fondo sabía que acabaría aceptando, porque Terry tenía mucha más razón de lo que sospechaba al afirmar que no le quedaba otra salida.

Se levantó a media mañana, arregló cuentas con mistress Jaeger, fue a una peluquería, donde se afeitó y cortó el pelo; pasó después por unos grandes almacenes, en los que adquirió lo necesario para modificar por completo su aspecto, y acabó alquilando una habitación en el Gulf, un hotel de segundo orden, relativamente barato, pero incomparablemente más acogedor, confortable y decente que su anterior residencia en Iris Street.

Por la tarde, bien vestido y con unos cuantos billetes en la cartera, se lanzó a la busca y captura de «Drunken», con el que deseaba tener una detenida conversación. No deseaba la posibilidad de que acabaran peleándose; pero, pese a lo dicho por Terry, abrigaba la esperanza de que no fuera tan refractario a cualquier sentimiento de gratitud como insinuó la muchacha, y pudieran charlar amistosa y confidencialmente.

Le encontró en un cafetucho de Rampart Street, en el corazón del barrio

negroide, donde los gritos y las risotadas de los clientes, mezclados con el estruendo de una reducida, pero ruidosa, orquesta de «jazz», formaban una algarabía capaz de alterar los nervios de cualquiera. Hawkins no pretendió rehuirle, sino que corrió a su encuentro, abriéndose paso a codazos por entre la multitud, apenas le vio aparecer en la puerta. La rabia que pudiera tenerle por la inesperada agresión de que le hizo víctima, se había disipado ante su comportamiento posterior, más sorprendente e inesperado aún.

—Kinsley es una mala fiesta —dijo, tras llevárselo a un reservado adonde el ruido del salón llegaba considerablemente amortiguado—, y pocos hubiesen aguantado sin abrir la boca. Hablar, solo te hubiera servido para empeorar las cosas; pero se ve que sabes lo que te conviene, y no hizo falta que nadie te advirtiera nada.

Bebieron media botella de «whisky» en aquel cafetucho, y recorrieron después los numerosos bares y tabernas de Rampart y Clairbone Street, injiriendo toda clase de licores. «Drunken» tenía amigos en todas partes, y parecía realizar sus operaciones con absoluto desembarazo, sin el menor temor a ser cogido con las manos en la masa.

Considerando a Bill un verdadero amigo, en el que podía confiar luego de la —prueba de entereza que le había dado, hablaba sin demasiadas reservas acerca de su «modus vivendi». Reconocía que las cosas iban bastante bien, gracias a que Nueva Orleans— «la nueva Babilonia», como llegó a denominarla con púdico desgarrarse de vestiduras el general Jackson antes de alcanzar la presidencia de la nación—, tras un largo período de triste decadencia, gozaba de una prosperidad sin precedentes. Aunque personalmente le tuviera totalmente sin cuidado el petróleo, le alcanzaban indirectamente los beneficios de la explotación del inmenso lago de nafta que parecía extenderse por todo el subsuelo de Luisiana.

—En menos de cien millas a la redonda —dijo— hay funcionando más de tres mil pozos. Son muchos los barriles que sacan cada día, y bastantes los millones que caen sobre la ciudad. Y por un camino o por otro, algo de ese dinero acaba llegando a nuestras manos. Se quejaba, no obstante, de tener que contentarse con las migajas. Los mangoneadores del «racket» habían limitado sus actividades a los bares y tabernas del distrito negro. Los negros eran tan aficionados a la marihuana, la cocaína o la morfina como pudieran serlo los blancos; pero ganaban mucho menos, por regla general, y no podían pagar cara la mercancía.

—Con la mitad de lo que distribuyo aquí, me haría de oro en otro distrito. Pero si me atreviese a intentar una sola operación, no viviría para contarlo.

—Pero —objetó William— si vendes más barato, te ahorras lo que otros tienen que pagar para que la Policía no estropee sus negocios.

«Drunken», que para entonces justificaba su apodo, porque estaba

bastante bebido, se llevó las manos a la cabeza, y protestó con vehemencia. Shore tuvo la impresión de que exageraba un poco la nota, temeroso de que su nuevo amigo tratase de sacarle algún dinero como pago de su silencio con Kinley. Había, sin embargo, un fondo de verdad en sus lamentaciones. Si ganaba mucho, la mayor parte de las ganancias se las llevaban los demás. Desde los jefes de «gang» que le proporcionaban las drogas, cobrando por ellas lo que querían, hasta el vigilante de la esquina, al que tenía que taparle la boca con un billete de diez dólares.

—Nueva Orleans es hoy el mercado más productivo de América —aseguraba—. Cada día aumentan unos cuantos millones las cuentas corrientes de los que manejan el «racket». Lo malo es que yo no soy uno de ellos.

—Pero sí lo es Henry S. Krepps, ¿verdad? —inquirió Bill, aparentando no dar demasiada importancia a la pregunta.

—¿Qué sabes de Krepps, y qué interés tienes por él? —replicó «Drunken», cuya borrachera pareció desaparecer de pronto, mirándole con gesto de marcada desconfianza.

—Poca cosa —afirmó Shore, sin apartarse de la verdad—, excepto que pagó la multa por mí, y me ha ofrecido trabajo.

—Entonces acepta, dale las gracias, y no te metas en averiguaciones —gruñó, al tiempo que apuraba una copa de «brandy», Hawkins.

Desdeñando su consejo, Bill quiso averiguar algo por «Drunken» mismo, pero perdió lastimosamente el tiempo. La verborrea de su interlocutor se esfumaba para dejar paso a un sorprendente laconismo al referirse a Krepps. Medía con exquisito cuidado las palabras, y rehuía decir nada concreto.

—Ese tipo nada en oro —fue todo lo que William consiguió sacarle—. A su lado puedes forrarte si sabes lo que te conviene... y me parece que sí lo sabes. ¡Ojalá tuviera yo tanta suerte!

Cambiando rápidamente de tema volvió a hablar de sí mismo. Aunque muchos no lo creyeran, sabía agradecer un favor y corresponder dignamente. Debía mucho a Shore y no lo olvidaría con facilidad. Como prueba, le metió en el bolsillo unas ampollas de morfina, negándose a recibir el dinero que su interlocutor le ofrecía.

—Búscame o dame un telefonazo siempre que necesites algo —añadió—. Te lo pondré al precio que me cueste a mí, y no te preocupe, si alguna vez te has quedado limpio. Conmigo tienes crédito, y no faltará quien pague por ti.

A las once y media de la mañana siguiente —la hora exacta indicada por la muchacha— hacía su entrada en uno de los modernos rascacielos de Canal Street. En la planta vigésima se hallaban instaladas las oficinas de Krepps Enterprises, y el gerente debía estar esperándole. Subió en un

ascensor extra rápido y silencioso manejado por un «boy» negro y penetró en un amplio salón donde trabajaban diez o doce hombres y otras tantas mujeres. Pero contra lo que había esperado, ninguna de ellas era Terry.

—¿Le ha citado míster Krepps? ¡Perfectamente! Vaya por ese pasillo hasta el fondo y pregunte en la secretaria...

En la secretaría, montada con lujo y refinamiento, sin que faltase el más mínimo detalle, le recibió una muchacha morena y agraciada —aunque distaba mucho de la impresionante belleza de su visitante de dos noches antes—, quien luego de tomar nota de su nombre y hablar algo que no pudo oír por un teléfono, le invitó a pasar por una puerta.

Creyó que conduciría al despacho del gerente, pero no tardó en reconocer su error. Se halló en una salita de espera, con un amplio ventanal al fondo y una puerta de cristales esmerilados a la derecha, donde podía leerse la palabra «manager» bajo el nombre del caballero que iba buscando. En la habitación se encontró con un individuo de mediana estatura, frente estrecha, hombros anchos y orejas deformes, al que cualquiera tomaría por un antiguo luchador en la seguridad de no equivocarse mucho.

—Espere un momento, Shore —le dijo aquel tipo, demostrando estar enterado de su nombre y del objeto de su visita—. Míster Krepps está ocupado en este momento, pero me encargó mucho que le hiciera esperar y no consintiera que se fuese sin verle.

Le invitó a sentarse, pero William prefirió acercarse al ventanal. En la planta vigésima, doscientos pies por encima del suelo, la ventana constituía un espléndido mirador sobre la ciudad y sus alrededores. Shore comenzó a mirar con aire distraído y ausente, pero al minuto escaso se había dejado ganar por el soberbio panorama que se extendía ante sus ojos. Llana y lisa como la palma de la mano, sin una sola colina que rompiera bruscamente la línea del horizonte, Nueva Orleans parecía dormir, perezosa y feliz, envuelta en los cálidos rayos del sol primaveral.

Era fácil distinguir desde la altura los diferentes barrios, representativo cada uno de una época y de una cultura distinta, que marcaban las varias etapas de su expansión. Allí, a un paso, asomándose tímidamente al bullicio afanoso de Canal Street, estaban las calles estrechas y recoletas del French Quarter, núcleo matriz de la ciudad, con sus casas de historiadas rejerías de marcado sabor hispano, sus patios convertidos en umbrosos jardines y sus surtidores de vagas reminiscencias orientales. Al otro lado de Canal Street —frontera durante decenios entre dos conceptos diferentes, hostiles casi de la civilización y la vida—, el barrio yanqui, donde los negociantes llegados del Norte luego de la Louisiana Purchase trazaron sus avenidas rectas y anchurosas en abierto contraste con los gustos y las tendencias de la población criolla.

Más allá, pegado al «waterfront», hundiéndose sus cimientos a veces en

las aguas fangosas del río, el distrito irlandés, levantado por los emigrantes traídos para construir uno de los numerosos canales que aseguraban el drenaje de las calles de una ciudad, edificada en parte sobre terrenos sitios a nivel más bajo que el cauce del Mississippi. Tras él, zonas extensas donde hallaron cobijo y refugio gentes llegadas de todos los puntos de la rosa de los vientos, cada una de las cuales trajo sus costumbres, sus bebidas, sus platos típicos e incluso su folklore. Y las construcciones un poco caóticas en que los antiguos esclavos fueron a vivir cuando la victoria de Grant rompió sus cadenas; donde los moradores cantaban y bailaban a todas horas como si aún no hubiesen acabado de celebrar su liberación y desde donde la música negra, estridente y menospreciada, partió un día a la conquista del mundo civilizado.

Entre la masa de los edificios, los espacios abiertos, mezcla de jardines y museos, en que los criollos habían convertido sus cementerios. Ninguna ciudad quizá tan orgullosa de los lugares en que reposaban sus muertos; ninguna tampoco que mostrase al visitante tan espléndidos mausoleos y donde las gentes —enamoradas de la vida, ansias siempre de disfrutar de cuántos goces pudiera ofrecer— fuesen a pasear por entre las tumbas, sin un gesto de tristeza, con la sonrisa en el rostro y en el pecho la íntima y profunda satisfacción de estar vivos todavía.

Y completando el cuadro, el majestuoso Mississippi, con sus aguas terrosas, retorciéndose sobre sí mismo, dando vueltas y revueltas para contemplar desde todos los lados su ciudad predilecta, como si temiera alejarse de ella para perderse en el mar. En sus márgenes, millas y más millas de muelles y diques, «la calle mayor del mundo», el puerto que fue un tiempo el más activo de América y por dónde aún entraba y salía la quinta parte del comercio de la nación más poderosa de la tierra.

—¡Eh, Shore! ¡Que míster Krepps le espera!

Arrancándose con un esfuerzo al embrujo del panorama, William salió de su abstracción. El individuo con tipo de luchador había abierto la puerta de cristales esmerilados y le llamaba levantando la voz al advertirle distraído y ausente. Con paso rápido, cruzó la habitación y penetró en el despacho, seguido del otro que iba pisándole los talones, y cerró la puerta, quedándose silencioso y expectante a su espalda.

—¡Un momento, amigo! Ahora le atenderé...

William se quedó inmóvil en el centro del despacho, contemplando con interés y curiosidad al hombre que tenía frente a sí, ocupado en hablar por uno de los seis o siete teléfonos colocados sobre la mesa. Debía rondar el medio siglo, pero estaba bien conservado y daba una clara impresión de fortaleza y vigor. Aun sentado, se advertía su elevada estatura y fornida complexión. Tenía una cabeza grande, casi cuadrada, que hablaba con elocuencia de su ascendencia teutónica; una frente amplia, ligeramente

abombaba; nariz aguileña que se doblaba sobre el labio superior como el pico de un águila; boca de labios finos y fuerte mandíbula, prolongada en una barbilla puntiaguda y desafiante.

—¿Dos cajas? —decía, hablando por el teléfono—. ¡«Okay»! Sí; deje una en el armario y llévese la otra... ¡No, no! Por el momento basta con tomar nota. Si hace falta actuar ya se lo diré... ¡De acuerdo!

Colgó el auricular y levantó la cabeza para mirar a William. Con un leve gesto de impaciencia le ordenó que se acercase.

—Ese amigo es Ivor Byrne, Shore —dijo, señalando al individuo que le recibió en el antedespacho y le acompañó hasta allí—. Conviene que se fije en él ahora, porque será quien le transmita mis instrucciones.

—Perfectamente —dijo Bill, estrechando sin el menor entusiasmo la mano que Byrne le tendía—. Encantado de conocerles. Pero una vez que nos conocemos los tres deberíamos hablar un poco.

—Mi tiempo es precioso y no puedo desperdiciarlo —replicó Krepps, en tono de desdeñosa superioridad—. Cuanto antes terminemos, mejor. Terry le indicó mis condiciones, ¿no? Mil dólares mensuales de sueldo base, más otros mil quinientos o dos mil según las horas de vuelo. Su visita prueba que está conforme, y en ese caso no tenemos más que hablar.

—Supongo que sí —contestó Shore, molesto por el aire despectivo de su interlocutor—. Existen algunos extremos que me gustaría concretar...

—Todo está resuelto —le atajó, con señales de impaciencia, Krepps—. Mañana partirá para La Habana. Ivor le recogerá en el hotel y le llevará al aeródromo. Ahora puede marcharse.

Se había puesto en pie, dando por terminada la entrevista, y le señalaba con un gesto expresivo la puerta de salida. William no se movió. Malhumorado e impaciente, le preguntó Krepps:

—¿A qué espera?

—A saber de una manera exacta en qué consiste mi trabajo.

—Lo verá sobre la marcha. No me gusta dar explicaciones a nadie, y no voy a cambiar con usted.

—En ese caso —repuso con firmeza Shore—, es poco probable que llegue a figurar nunca entre sus empleados.

—¿Cree estar en condiciones de rechazar mi oferta? —preguntó Krepps, entre sorprendido e irónico.

—Aceptaría con gusto si supiera de qué se trata; pero me resisto a hacer nada a ciegas. Unas palabras sinceras y veraces sobre el alcance de mi tarea podrían ser suficiente.

Una leve sonrisa, una mueca mejor, frunció los labios de su interlocutor. Por espacio de medio minuto le midió de pies a cabeza con una mirada escudriñadora.

—Tendrá que pasarse sin ellas, Shore —respondió, hablando con

lentitud y seguridad—. Yo doy órdenes; no conferencias. ¿Está claro?

—Diáfano. Lo malo es que tendrá que buscar otro piloto. Yo no trabajo en esas condiciones.

—¿Está muy seguro?

—Completamente. Si *miss* Terence le ha repetido mis palabras, y me figuro que sí, ya sabrá que hice constar que reservaba mi aceptación hasta conocer el alcance de mi labor. En estas condiciones...

—Partirá mañana para La Habana —gruñó Krepps, malhumorado—, y hará todo lo que yo diga, le parezca bien o mal. ¡Ah, y mucho cuidado con pretender averiguar más de lo que le conviene saber! Odio la curiosidad, y quién mete las narices en lo que no le importa se queda sin ellas.

William le miró desconcertado por la seguridad con que hablaba. Luego, dando media vuelta, se dirigió hacia la salida.

—Busque otro que sea ciego, sordo y mudo, pero no cuente conmigo —saltó, descompuesto, decidido a no volver por allí en todos los días de su vida.

—¡Alto ahí, amiguito! —le contuvo Ivor, cogiéndole de un brazo y obligándole a dar media vuelta—. Te irás cuando el jefe diga; ni un minuto antes.

—¡Suélteme! —gruñó Bill, irritado, desasiéndose con un violento tirón—. Yo no tengo jefes ni hay quien pueda obligarme a permanecer aquí.

—¡Seguro que no! —rio, burlón, Krepps—. A menos, naturalmente, que le guste un poco más que la cárcel. ¡O que la silla eléctrica...!

Shore se estremeció de pies a cabeza al oírle. Aunque pronunciadas en tono ligero, aquellas palabras entrañaban una grave amenaza que sería estúpido desdeñar. No creía que tuviese el menor fundamento sólido, pero quiso salir de dudas.

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó, mirando de hito en hito a su interlocutor.

—Que si tiene dos dedos de sentido común saldrá mañana para La Habana tripulando un «B-29», obedeciendo al pie de la letra mis órdenes y sin meterse en aventuras peligrosas.

—¿Qué pasaría si me negase? —le desafió Bill.

—Que antes de una hora estaría detenido; dentro de un par de semanas le juzgarían, y podría considerarse extraordinariamente afortunado si conseguía escapar con una sentencia de quince o veinte años de presidio, porque lo más probable sería que le hicieran sentarse en la «silla caliente».

A pesar de la inquietud que empezaba a dominarle, Shore se echó a reír. La amenaza de Krepps no pasaba de ser una baladronada. Nada había hecho que le expusiera a sufrir la más irreparable de las condenas.

—Quizá los jueces opinen de muy distinta manera. ¿Qué es inocente? ¡Bah! Las palabras tienen escaso valor frente a las pruebas, y hay dos hechos que bastan y sobran para disipar toda duda sobre un posible error

judicial.

—¿Dos hechos? —preguntó Bill, francamente desconcertado—. ¿Cuáles?

—El primero, el menos grave de todos, un hallazgo policíaco de que me dieron noticia por teléfono en el instante mismo de su entrada. Un agente encontró en un cajón del armario de su habitación dos cajas con inyecciones de morfina. Como el tráfico de drogas está penado por la Ley, eso significa una temporada de cárcel. En el mejor de los casos, aunque acaso debiéramos decir el peor, el internamiento en una clínica para una cura de desintoxicación. Creo que ya sabe lo que es eso, ¿no? Oí hablar a varios que pasaron por trances parecidos y no parecían muy satisfechos. Si a usted le agrada la perspectiva...

El gesto de Bill dijo bien a las claras todo el horror que le inspiraba. Verse encerrado en un sanatorio, vigilado día y noche, privado de la droga y sin medio alguno de procurársela, constituía un tormento dantesco para los morfinómanos. Algunos —muy pocos— llegaban a superar la terrible crisis; otros —la mayoría— se debatían al borde de la locura, con grave riesgo de caer en un abismo insondable.

—Pues todavía hay algo peor —continuó Krepps, visiblemente satisfecho por el efecto de sus anteriores palabras—. ¿Le queda algunos de los billetes que recibió anteanoche?

—Uno —replicó con voz ronca y ademán preocupado Shore, que no sabía adónde iba a parar su interlocutor—. Tuve que gastar los otros, pero...

—Es suficiente con uno —le interrumpió Krepps—. Cuando la Policía se lo encontrase no buscaría más, segura de tener en sus manos al asesino de Stuart McGarry.

—¿Al asesino de Stuart McGarry? —repitió, interrogativo, Bill, haciendo esfuerzos por recordar dónde había oído aquel nombre, que no le parecía enteramente desconocido.

—Sí. Le mataron hace veinte días, para robarle, en su habitación del Park Hotel. El criminal no ha sido descubierto aún; pero entre los billetes que se llevó había varios de cien dólares, cuya numeración tiene la Policía. Coinciden, claro está, con...

—¿Los que me dio Terry? —más que preguntar, afirmó Shore.

—Exactamente. Le cargarán el muerto, como es lógico. Y el hecho de que haya podido comprarse unas cajas de ampollas de morfina al precio que tienen en el «racket» será una prueba abrumadora en contra suya.

—¡Usted sabe que yo no le maté! —chilló, alterado, Bill—. Que esos billetes me los dio su amiga Terry...

—Mi amiga Terry no pasará de ser una torpe invención suya a los ojos de las gentes —contestó, desdeñoso, Krepps—. La Policía no la encontrará,

yo negaré su existencia y nadie creará una sola palabra de su estúpida historia.

—Se equivoca —y Bill pudo por un momento creerse salvado—. Pagó la multa para que me pusieran en libertad; mistress Jaeger la vio y habló con ella; también el camarero del restaurante de Chartres Street...

—Deseche esas ilusiones, amigo —le aconsejó, paternal, su interlocutor—. Cuando está en juego la cabeza no debe uno fiarse de nada. Por si le sirve de aviso le diré que quien pagó la multa fue una chica morena; que mistress Jaeger tiene el talento suficiente para no buscarse líos en los que nada puede ganar y sí perder mucho, y que el camarero de Chartres Street jurará que cuando cenó allí iba completamente solo.

Shore tuvo la impresión de que decía la verdad. Calló abrumado, convencido de que su interlocutor lo había preparado todo y no tenía escapatoria posible. Tras una breve pausa, Krepps continuó:

—A McGarry le asesinaron en la noche del veintinueve de marzo. ¿Puede probar que estuvo en otro sitio? ¿Tiene testigos que avalen su coartada?

La respuesta tenía que ser forzosamente negativa. Es difícil que una persona sepa con exactitud lo que ha hecho un día cualquiera tres semanas antes; resulta casi imposible probarlo, especialmente cuando el que ha de hacerlo pasa borracho la mayor parte del tiempo.

—No —respondió Bill, vencido—. Pero ¿cómo sabe usted que McGarry tenía esos billetes? ¿Cómo llegaron a sus manos?

—Que lo supiera tiene una explicación fácil: fui yo mismo quien se los dio, horas antes de su muerte. Era un joyero de Saint Louis que vino a venderme unas alhajas y al que pagué con billetes cuya numeración anoté, como hago siempre en casos semejantes, en previsión de cualquier contingencia.

—Entonces —acusó Shore, fuera de sí—, ¡fue usted quien le mató!

Henry S. Krepps dejó oír una risita burlona. No; no era él quien le había matado. El dinero que guardaba el joyero en su habitación, porque lo recibió cuando los Bancos estaban ya cerrados, no significaba nada para él. Veinte mil dólares no podían excitar la codicia de quien manejaba millones. Aparte de eso, tenía una coartada perfecta que podía probar sin dificultad alguna. Y lo mismo cuantos le rodeaban.

—Es posible —agregó, con gesto burlón— que me equivocase al facilitar la numeración de los billetes a la Policía e incluyera entre ellos los tres que recibió anteanoche. Pero como negaré en redondo toda posibilidad de error, el camarero del restaurante italiano denunciará que le entregó uno, y no podrá demostrar dónde estuvo la noche del veintinueve de marzo...

Bill sintió hundirse verticalmente sus últimas esperanzas. Krepps había tomado todas las medidas de precaución imaginables. Sería inútil todo lo

que pudiera decir en defensa propia, porque no habría nadie que admitiese su inocencia, que pusiera en duda siquiera su culpabilidad. Cambió de color, le temblaron ligeramente las piernas, pero no dijo una sola palabra.

—¿Qué decides, Shore? —le preguntó Ivor, cogiéndole nuevamente de un brazo y sacudiéndole un poco para sacarle de su profundo estupor.

—¿Qué puedo decidir? —exclamó, rabioso, William—. ¡Míster Krepps me ha evitado la molestia de tener que decidir! Estoy en sus manos y tendré que hacer lo que se le antoje.

—Así es, muchacho —corroboró, satisfecho, tuteándole, quien sería su jefe en adelante—. Celebro que veas tu situación con tan meridiana claridad, porque ahorraremos tiempo y discusiones. Partirás mañana para La Habana y...

—¿No me detendrá la Policía antes, acusado de ese crimen que no cometí? —inquirió Shore.

—Puedes dormir tranquilo. Nada te pasará mientras cumplas con exactitud mis órdenes y no demuestres una peligrosa curiosidad. Procura no olvidar, sin embargo, que una indicación mía, un simple parpadeo, sería más que suficiente para que la máquina de la Justicia se pusiera en marcha y te vieses cogido en su engranaje. ¿Entendido?

—Perfectamente —replicó Bill—. No me agrada ser un autómatas, pero no me queda otro remedio. Tenga la plena seguridad de que no olvidaré la advertencia ni le daré ocasión o motivo para que lleve a la práctica su amenaza.

—Me alegraré por ti —dijo Krepps—, que serás quien salga ganando más. Ahora puedes irte. Haz lo que quieras esta noche: emborracharte o inyectarte cuanta morfina te apetezca. Pero recuerda que mañana a las nueve irá a buscarte Byrne y que debes estar en condiciones de pilotar un avión.

De vuelta a su habitación del Gulf Hotel comprobó que había desaparecido una de las cajitas que Hawkins le regaló la noche anterior. Era una prueba rotunda de que el caballero de Canal Street no hablaba por hablar. Pensó, ceñudo y malhumorado, que nada le haría tan feliz como aplastarle la cabeza. Desgraciadamente, era algo irrealizable. Por lo menos en mucho tiempo.

A primera hora de la noche se reunió con «Drunken» en North Rampart Street. Como la víspera, charlaron amistosamente de cien cosas distintas, recorrieron diversos establecimientos y bebieron más de la cuenta, si bien William tuvo la precaución de injerir menos de la tercera parte de alcohol que su acompañante, aunque simulase estar diez veces más borracho que él.

Al final se pelearon. Shore aprovechó una discusión sobre quién había de pagar unos vasos de «whisky» para provocar a Hawkins. Creyéndose más fuerte, «Drunken» le desafió a un combate de boxeo, sin guantes,

«ring» ni árbitro. Fue un error del que no tardó en arrepentirse. Bill le pegó cuanto quiso, tirándole varias veces y permitiéndole incorporarse para seguirle pegando. Un directo a la mandíbula puso fin a la contienda.

—Bien —se dijo, satisfecho, William, viendo sin sentido a su contrincante—, ya he saldado una cuenta. ¡Esperemos que pronto pueda saldar todas las demás...!

III

PRESAGIOS DE TORMENTA



L primer viaje a La Habana constituyó una sorpresa para William. Y no porque ocurriese algo extraño o sospechoso, sino precisamente porque no sucedió nada. Todo se desarrolló con tan absoluta sencillez y normalidad, que podía pensar, al verse de regreso en Nueva Orleans, treinta y tantas horas después de la partida, que sus recelos carecían de base y había entrado al servicio de una línea aérea respetable y normal, cuyos negocios se desarrollaban dentro de los cauces estrechos de la Ley.

El aparato que tripuló en aquella ocasión fue un viejo «B-29», desechado años atrás por las fuerzas armadas y convertido en avión de pasajeros. El modelo estaba anticuado; sus cuatro motores habían funcionado durante más horas de las que pudieron planear sus constructores, y no resultaba muy tranquilizador pensar que podían negarse a funcionar cuando se hallasen volando sobre las aguas del golfo, a un centenar de millas de la costa más próxima. Pero eran muchas las empresas que utilizaban material anticuado o deficiente, y en este sentido al menos, la Oversea Airways no pasaba de ser una más.

Los pasajeros tampoco tenían nada de extraordinario. Con excepción de tres hombres, eran mujeres jóvenes y bonitas. La sorpresa que Bill pudiera sentir se disipó antes de abandonar el aeródromo de salida, cuando Ivor, que tomó asiento a su lado en la cabina de mandos —actuando nominalmente como copiloto, si bien Shore no tardó en comprobar que nada sabía de aeronáutica—, le indicó que se trataba de las integrantes de un «ballet» femenino.

—Van contratadas para trabajar en Cuba y otras islas.

Por lo que pudo saber William más tarde, uno de sus acompañantes era el empresario antillano; otro, un agente artístico de Nueva Orleans llamado Harold N. Bernard, y el tercero, Ward L. Rosenfield, gerente oficial de la Compañía, aunque no debía pasar de ser un simple testaferro de Henry S. Krepps.

Al enterarse de que al día siguiente realizarían el viaje de regreso, Shore quiso quedarse en el aeropuerto, vigilando la limpieza de los motores y la carga del combustible preciso para la vuelta. Ivor se opuso.

—Te vienes conmigo a pasar la noche en La Habana y a divertimos un poco. Ya habrá quien cuide del aparato. Tu obligación es volar; lo demás no es cuenta tuya.

Parecía que allí, igual que en Nueva Orleans, la Oversea Airways tenía perfectamente montada su instalación. No solo disponía de un hangar para sus aviones, sino de mecánicos y personal de tierra. Aunque hasta entonces no la hubiese oído mencionar siquiera, daba la sensación de disponer una organización tan cuidada y costosa como la de las grandes líneas de fama y prestigio mundiales.

Había dado por descontado que el viaje de regreso del «B-29» sería utilizado para introducir en U. S. A. un contrabando, poco voluminoso quizá, pero de gran valía. Pensaba concretamente en paquetes de marihuana, ampollas de morfina y tal vez considerables cantidades de cocaína, opio o heroína. En el aeropuerto de Nueva Orleans había, como en todos los importantes, un servicio de vigilancia que examinaba los equipajes de los viajeros y las mercancías procedentes del extranjero. Pero contando con el dinero, las influencias y las complicidades de Krepps y sus secuaces, era fácil hallar medio de burlar a los agentes federales.

Cabían diversos procedimientos, y Bill había pensado por anticipado en todos. El soborno de uno o varios de los vigilantes era el más fácil y cómodo. Otro, más complicado, pero que no exigía la colaboración de un representante de la autoridad —problemática siempre, casi imposible cuando no se trataba de personas dependientes de la City Administration, sino del Gobierno de Washington—, consistía en volar a baja altura sobre un punto determinado y arrojar uno o varios paquetes antes de aterrizar. La intrincada vegetación de las tierras pantanosas del Delta y de los condados vecinos de Laquemes, Fourche y Jefferson aseguraba la completa impunidad de quienes recogieran los fardos. Quedaba, por último, el método menos seguro de todos: pasar con habilidad y astucia el contrabando, repartido en minúsculas porciones, ante las propias narices de los encargados de su aprehensión.

Pero aunque extremó el cuidado desde que salieron de Rancho Boyeros hasta que llegaron al aeropuerto, primero, y al centro de Nueva Orleans,

después, no logró descubrir que Byrne tratase de poner en práctica alguno de aquellos procedimientos. Ni le pidió que volase bajo sobre un sitio determinado, ni le señaló el rumbo a seguir, ni se preocupó en absoluto que los agentes federales realizasen a la llegada un concienzudo registro de sus equipajes y del interior del aparato.

Shore había vivido lo suficiente para no advertir que el registro no tenía nada de simulado. Lejos de ser formulario, se efectuó a fondo, como si los aduaneros recelasen de la Oversea, temieran que sus viajes comerciales tuvieran una finalidad delictiva y pusieran el mayor empeño en conseguir las pruebas precisas para mandarles a todos a la cárcel. Tampoco la tranquilidad e indiferencia de que tanto Byrne como Rosenfield alardeaban tenía nada de ficticia. Por grande que fuese su sangre fría, ninguno de los dos hubiese mostrado aquella serenidad de haber llevado consigo algo verdaderamente comprometedor.

—Podías habérmelo advertido —dijo a Ivor, con gesto malhumorado—. Si llego a traerme una sola ampolla habrían dado con ella, y en este momento tendría que soportar un nuevo interrogatorio de Kinsley.

—No había cuidado —respondió con aplomo su acompañante—. Antes de salir de La Habana tuve buen cuidado de comprobar que no llevabas encima nada de peligro.

Debía ser cierto, aunque Bill no acertaba a comprender cuándo ni cómo pudo ver el contenido del maletín de viaje y de los bolsillos de su traje para adquirir tal seguridad. Pero al lado de la sorpresa de que las actividades de la Oversea fuesen absolutamente legales, aquello carecía de importancia.

—Procura volver a tu habitación del Gulf antes de las once —le indicó al despedirse—, por si necesitamos darte algún recado. Plasta esa hora puedes hacer lo que te parezca.

William cenó solo en un restaurante de Lasalle Avenue, saludó a tres o cuatro conocidos y recorrió unos cuantos establecimientos céntricos y lujosos. Abrigaba la esperanza de tropezar con Terry en cualquiera de ellos. No consiguió ver a la muchacha, pero, en cambio, se dio de manos a boca con el teniente Kinsley, al que ningún interés tenía en encontrar.

—Me han dicho que vuelve a trabajar, Shore —le dijo—. No sé si alegrarme o sentirlo por usted. Si no cambia mucho, se expone a que se repita el accidente de Denver con mucho peores consecuencias. Sería una lástima que por culpa suya perecieran unos cuantos pasajeros.

Hizo una breve pausa como si esperase alguna réplica de Bill; viendo que guardaba silencio, añadió en tono agresivo:

—Aunque quizá fuera una suerte si los pasajeros son los que me figuro.

—¿Qué quiere dar a entender, teniente?

—Lo que sabe mejor que yo —replicó brusco Kinsley—. Rosenfield no, es trigo limpio. ¡Claro que de serlo no le hubiese empleado a usted!

De buena gana Bill le hubiese hecho unas cuantas preguntas acerca del gerente oficial de la Oversea Airways y los negocios de la Compañía; tampoco le habría desagradado conocer la opinión policíaca respecto a Krepps y sus auxiliares. Pero guardaba del teniente recuerdos poco gratos; Kinsley le trataba con abierta hostilidad, y tratar de satisfacer su curiosidad podía traer aparejadas consecuencias lamentables. Optó, pues, por cerrar la boca y dar media vuelta antes de que la creciente cólera de su interlocutor le costase un disgusto.

Volvió, pues, a su habitación del hotel a las once en punto de la noche. Apenas había entrado cuando sonó el timbre del teléfono, y al descolgar el auricular escuchó la voz de Ivor Byrne:

—¡Acuéstate y duerme, Bill! Es posible que salgamos de viaje al amanecer. Si no fuese a buscarte antes, pásate a mediodía por Canal Street.

Como transcurrió toda la mañana sin la menor noticia de Byrne, a las doce fue a las oficinas de Entreprises Krepps preguntando por él. Le hicieron esperar un rato en el antedespacho, porque estaba conversando con el jefe, posiblemente recibiendo instrucciones. Distraídamente fue hacia el ventanal como en su anterior visita, e igual que entonces no tardó en dejarse ganar por la belleza del panorama que se abría ante sus ojos.

—Aunque solo fuera por simple galantería —dijo de pronto una voz que Bill recordaba perfectamente—, no debería darme la espalda.

Se volvió como movido por un resorte. Ante sus ojos aparecía Terry, que indudablemente acababa de salir del despacho de Krepps, radiante de belleza y con una sonrisa encantadora en los labios.

Por la mente de Shore cruzaron demasiados recuerdos desagradables para traducir en palabras amables la admiración que la joven debía esperar encontrar en cuantos la contemplaban.

—No parece que le entusiasme volverme a ver —dijo la chica con ligera irritación, molesta por su silencio.

—¿Esperaba acaso que me arrodillase, besándole los pies como prueba de gratitud por lo que hizo conmigo? —contestó, desabrido, Bill.

—No tanto, pero sí que me diera las gracias. Al fin y al cabo, le proporcioné la colocación que necesitaba y le entregué unos cientos de dólares. ¿Podía haber hecho más?

—Quizá fuera pedir mucho —respondió Shore, con sangrienta ironía—, pero habría preferido que los billetes no procedieran de un asesinato y la Policía no tuviese por anticipado su numeración.

—¡Está usted loco! —exclamó Terry, fingiendo admirablemente un asombro sin límites—. ¿De dónde diablos pudo sacar esa fantasía?

—Fantasía, ¿eh? —se encolerizó Bill, acercándose a la muchacha, pero teniendo el máximo cuidado en no alzar la voz, porque no deseaba que Krepps o Byrne pudiesen oírle—. ¿Quiere convencerme de que no ha oído

hablar del asesinato de Stuart McGarry y que ignoraba que los billetes que me dio le fueron robados por el criminal?

—¿Quién le ha dicho eso? —tornó a preguntar la chica, que llevaba su admirable farsa hasta el extremo de haber palidecido un poco.

—¡Un pajarito! —rió, amargado, Shore—. El mismo que le llevó en el pico los billetes y le encargó que me los diese. ¿Sabe quién es?

—¿Henry S. Krepps? —inquirió Terry, y el gesto de asentimiento de su interlocutor pareció hacerle el efecto de un mazazo—. ¡No puede ser! —reaccionó rápida—. Se trata de una broma estúpida.

—Estúpida y todo, puede costarme la vida. ¿No le parece motivo sobrado para que no sienta precisamente gratitud hacia usted?

—Si fuera cierto, sí —admitió la joven—; pero no lo es. Hablaré con Krepps, preguntaré donde sea preciso y...

—¡No haga nada, por favor! —la interrumpió Bill—. Aún no estoy cansado de vivir y no tengo ninguna prisa en ver la cara del verdugo.

Pese a la rabia que sentía contra la muchacha, Shore hubo de reconocer, durante la breve pausa que siguió a sus palabras, dos hechos indiscutibles. El primero, que su belleza, lejos de empalidecer, parecía acentuada por la luz diurna; el segundo, que era la mejor actriz que había visto en todos los días de su vida. A cualquiera que no tuviera la amarga experiencia que él, le habría engañado su gesto de asombro y desconcierto.

—¿Teme de verdad que puedan... condenarle? —preguntó Terry, y su voz tenía inflexiones de susto y pena.

—Cuando cojan al que mató a McGarry no le darán unos bombones.

—Pero ¿fue usted?

—¡De sobra sabe que no! —tornó a encrespase Bill, sin olvidarse de no alzar el tono—. ¡Y no finja conmigo, encanto! Representa magníficamente la comedia, pero no le sirve de nada.

—¡Yo le aseguro...!

—Ahórrese mentiras —la atajó Shore, violento—. La otra noche pudo engañarme; ahora no, porque la conozco demasiado bien. Ya sé que esa carita de ángel oculta una serpiente de cascabel. ¡Qué pena que no pueda tratarla como merece!

En pocos segundos la muchacha cambió dos veces de color. Se acentuó su palidez primero, y se puso muy colorada después. Incluso se le empañaron ligeramente los ojos con la mentira de unas lágrimas que no llegaron a resbalar por las mejillas.

—¡Maravilloso alarde! —se burló, hiriente, Bill—. Con sus magníficas dotes no debiera estar aquí, sino en Hollywood. Está perdiéndose una verdadera fortuna.

Terry se retorció las manos al tiempo que componía un gesto de profunda desolación. Shore sintió una amarga alegría al comprobar que la

perfecta representación de la chica no le producía el menor efecto.

—¡Incomparable, amiguita! —siguió en el mismo tono de antes—. Por alguien como usted se volverían locos todos los empresarios de Broadway...

—¡Seguro! —corroboró la voz alegre de Ivor, que acababa de surgir a su vez del despacho de Krepps—. Se lo he repetido mil veces, pero es demasiado modesta y prefiere seguir a nuestro lado. No es que yo lo lamente —añadió con un guiño de ojos que pretendía ser malicioso y no pasaba de soez—. Una chica así es un recreo para la vista. ¿No opinas lo mismo, Bill?

Shore pensaba de manera muy distinta, pero prudentemente se abstuvo de decirlo. Prefirió inclinar la cabeza en gesto de mudo asentimiento, en tanto se esforzaba por recuperar la calma perdida en el nervioso dialogar con la muchacha. Cuando de nuevo miró a Terry le sorprendió verla reír alegre y satisfecha, sin la menor huella de la angustiada desesperación que exteriorizaba medio minuto antes. Si hubiera necesitado alguna prueba para convencerse de que la joven había representado una comedia en beneficio suyo, aquella habría sido más que suficiente.

—Vente conmigo, Bill —prosiguió Ivor, cogiéndole amistosamente del brazo—. La compañía es muy agradable, pero tenemos que hablar.

Le llevó a comer a un moderno y discreto restaurante de la misma Canal Street. Quería hablarle en nombre del jefe, y lo hizo con meridiana claridad. Krepps estaba muy satisfecho con lo que Byrne le había dicho respecto a su nuevo piloto.

—Si continuas como hasta aquí no tendrás que sentirlo. El «boss» exige bastante, pero paga mejor. No tardarás en comprobarlo.

Probablemente —nunca aseguraba de una manera concreta nada respecto a los vuelos futuros— podrían descansar todo aquel día. Al otro era posible que saliesen de nuevo para La Habana. Bill tendría hasta entonces plena libertad de movimientos, con la única obligación de estar en Gulf Hotel antes de medianoche y telefonar cada dos horas por si Byrne le hubiese dejado cualquier recado urgente.

—Para que no andes apurado de dinero, toma —añadió, entregándole unos billetes de cien dólares; luego, al advertir un gesto receloso en Shore, agregó, divertido—: ¡No temas, muchacho! La Policía no tiene sus números...

Aquella tarde, Bill anduvo dando vueltas por el French Quarter y recorrió, como de costumbre, una larga serie de bares y tabernas. Tuvo, sin embargo, buen cuidado de no beber más de la cuenta. Desde que se apartó de Ivor tenía la impresión de que alguien seguía de cerca sus pasos, y un par de horas después había confirmado sus sospechas.

Le inquietó un poco al principio, porque temió que fuesen agentes policíacos mandados por Kinley, que quizá husmeaban algo relacionado

con la muerte de McGarry. Le tranquilizó por completo descubrir que a uno de los encargados de su vigilancia le había visto en cierta ocasión charlando amistosamente con «Drunken» Hawkins.

—Parece —gruñó, disgustado— que, pese a todo lo que Ivor dice, no acaban de fiarse de mí.

A la mañana siguiente recibió un telefonazo de Byrne. Podía emplear el día como se le antojase, ya que no lo necesitarían. El proyectado segundo vuelo a La Habana no había sido suspendido, sino aplazado, seguramente por veinticuatro horas.

Como tenía dinero en el bolsillo y ningún deseo de ahorrar, empleó unas horas en comprar cuanto pudiera precisar. No era conveniente disponer únicamente de un traje y adquirió otro, así como una maleta en que llevar sus efectos personales. También compró la ropa, el calzado y los guantes más adecuados para su labor como piloto. Cuando volviese a Cuba no tendría necesidad de ir a todas partes con el traje arrugado y sucio que había llevado a bordo del avión.

Visitó a un antiguo compañero de Corea, al que debía cincuenta dólares que le prestó a su llegada, derrotado y vencido, a Nueva Orleans. Le pagó, comió con él, y la sobremesa se prolongó hasta bien avanzada la tarde. Telefonó al hotel en cumplimiento de las instrucciones que Ivor le dio la víspera, y supo que le habían llamado.

—Era una señorita que no quiso dejar su nombre; se limitó a decir que volvería a telefonear.

Podía ser cualquiera que le llamase por encargo de Krepps; Terry, probablemente, aunque quizá ocultase el mandato del «boss», tratando de hacerle creer que lo hacía por impulso propio y sin contar con nadie. Seguro de que no conseguiría engañarle, dijera lo que dijese, Bill no tuvo inconveniente en que pudiera localizarle, dando el número de aquel teléfono.

Media hora después, a punto ya de separarse de su amigo, dando por terminada su larga conversación, sonó el timbre.

—Soy Terry —dijo la persona que llamaba—. Tengo necesidad de hablarle, pero aunque telefoneé varias veces al Gulf Hotel no conseguí dar con usted.

—Pues ahora dio conmigo, señorita —repuso, en tono frío, Shore—, y puede decirme lo que quiere. ¿Qué encargo tiene de míster Krepps?

—¿Krepps? —pareció sorprenderse la voz de la muchacha—. ¡Pero si ni siquiera lo sospecha!

—Me extraña. El mismo me advirtió que sabía siempre todo lo que le interesaba, y he tenido ocasión de comprobar que no mentía.

—Pues en este caso concreto...

—¿Va a decirme que ignora que pensaba dar usted este paso? —la

interrumpió, desdeñoso, Bill—. No se moleste, amiga mía, porque no voy a crearla.

—¿Y si yo le diese una prueba de que, contra lo que supone, no le llamo por orden suya? —inquirió la joven, con acento angustiado.

—Tendría que recibir esa prueba antes de decidir. ¿En qué consiste?

—Krepps no acaba de tener confianza en usted —replicó Terry—. Pese a lo que él y Byrne puedan decirle, la verdad es que han mandado unos tipos para que le sigan y saber a quién ve y con quien habla.

Una sonrisa despectiva frunció los labios de Bill. La chica era lista, pero no mordería el anzuelo. Shore estaba seguro de que le habían seguido la víspera, pero no aquel día. Más aún: que Krepps conocía que estaba enterado de que le había hecho vigilar. Al venderle el favor de decirle lo que ya sabía, Terry trataba de confiarle. Quizá para tenderle una nueva trampa.

—Gracias —repuso con sequedad—. Ese aviso lo hubiese agradecido mucho veinticuatro horas antes este momento es innecesario.

—Quizá no —insistió Terry—. Pero puedo añadir algo importante: «Drunken» ha jurado matarle, y dondequiera que le encuentre...

—¡Bah! Es lógico que un fanfarrón como Hawkins diga eso cuando se mire al espejo y vea qué cara le he dejado. Pero duerma tan tranquila como yo. Perro que ladra mucho, muerde pocas veces.

—¿No me cree, entonces? —preguntó la muchacha, que percibía la clara ironía de las palabras de su interlocutor.

—La creí una vez y no me quedaron ganas de repetir la experiencia. Si solo me llamaba para eso...

—¡No cuelgue! —suplicó Terry—. Tengo algo mucho más importante que decirle.

—Pues dígalo de una vez.

—¿Por teléfono? —se sobresaltó la chica—. Lo siento, pero es demasiado grave para no hacerlo de viva voz. ¿Puede venir por mi casa, cuidando antes de comprobar que no le sigue nadie?

—Es un poco difícil, cuando no sé dónde vive ni cómo se llama.

—El nombre es Terence Lofthouse; la dirección, cincuenta y siete, Exchange Alley. Resido en la planta tercera, apartamento número cuatro. ¿Podría venir mañana antes de las doce?

—¿Por qué no esta misma tarde?

—Imposible —negó Terry, con acento de rabiosa sinceridad—. Krepps me aguarda dentro de media hora ¿Qué inconveniente ve en aplazar la entrevista hasta mañana?

—Uno fundamental, encanto —gruñó Bill, lanzando con rabia las palabras—: que mañana a mediodía estaré paseando por las calles de La Habana. ¡Y no me diga que lo ignoraba, porque tendría que llamarle algo

bastante feo!

La muchacha tardó unos segundos en contestar, y cuando lo hizo hablaba entrecortada, como si unos sollozos difícilmente contenidos le impidiesen hacerlo de seguido. Shore no se dejó engañar, naturalmente. Quien frente a frente era capaz de representar una farsa con tanta perfección como hubo de admirar la víspera, lo haría con mayor facilidad por teléfono.

Lo que dijo resultó un poco confuso, bien porque Bill no prestó gran atención o porque Terry no habló con demasiada claridad. Lamentaba que Shore no la creyese, aunque se explicaba perfectamente sus recelos y desconfianzas. Esperaba, no obstante, disiparlas por completo cuando tuviesen ocasión de hablar a solas. Si no podía ser antes de su nuevo viaje, ¿no querría visitarla a su regreso, llamándola antes por teléfono?

—Me parece que no, preciosidad —repuso William, a modo de despedida—. Reconozco que verla constituye un regalo para la vista. Pero también es hermoso un tigre, y, sin embargo...

Aquella noche, dando vueltas en la cama, pensó mucho en Terry, y poco que resultase agradable para la muchacha. No acertaba a comprender por qué negó el día anterior una complicidad evidente en los manejos de Krepps para endosarle la muerte de Stuart McGarry ni por qué simulaba hoy tanto interés en verle. En cualquier caso, no podía ser nada bueno.

A las ocho de la mañana se presentó Ivor a buscarle en el hotel, y a las nueve estaban en el aeropuerto. Como unos días antes, todo estaba preparado para el vuelo cuando llegó. El avión estaba en la pista de despegue, con los depósitos llenos de combustible y los motores listos. Incluso los pasajeros subían ya al aparato.

Se trataba, igual que la vez anterior, de un «B-29». Debía tener tantos años como el otro, y posiblemente las mismas horas de vuelo. Parecía, no obstante, mucho mejor cuidado. Al menos, en la parte accesoría. Las butacas de los pasajeros eran nuevas, amplias y cómodas. En el adorno interior abundaban los metales dorados, con una profusión que resultaba de mal gusto. Incluso la puerta que separaba la cabina de mandos de la de pasajeros era metálica y de un grosor desmesurado.

—Nos preocupa la seguridad de los viajeros —dijo a modo de explicación Byrne, al advertir su mirada de extrañeza—. Esa puerta aísla por completo la cabina de mandos. En caso de incendio, los pasajeros no corren el menor peligro.

—Excepto el de estrellarse contra el suelo o hundirse doscientas brazas en el mar —respondió Bill, desdeñoso y despreocupado.

En esta ocasión los viajeros eran doce mujeres y siete hombres. Las mujeres, de una belleza desgarrada, desenvueltos modales y vestidos que no tenían otro objetivo que hacer resaltar sus más recónditas perfecciones

anatómicas, debían ser modelos, animadoras de clubs nocturnos o, más probablemente, simples frecuentadoras de los mismos. En cuanto a sus acompañantes, los había de dos clases perfectamente diferenciadas por la edad. Tres caballeros rondarían la cincuentena y tenían aire de comerciantes enriquecidos, dispuestos a gastarse unos miles de dólares en una alegre excursión de vacaciones y placer. A los otros, veinte años más jóvenes y no mal parecidos, excesivamente preocupados por su aspecto, no resultaba difícil calificarlos como donjuanes profesionales de no muy altos vuelos.

—Van a divertirse por cuenta de los otros —dijo Byrne cuando, en el aeródromo de Rancho Boyeros ya, les veían descender del avión—. Las chicas también, naturalmente. A esos tres imbéciles la broma les costará un poco cara. ¡Pero qué remedio les queda si quieren tirar una cana al aire a sus años y con su aspecto!

Bill se encogió de hombros. Lo que pudiese costarles la excursión a aquellos individuos le tenía totalmente sin cuidado. Por otro lado, que un grupo de amigos decidiera pasar unos días o unas semanas en las Antillas divirtiéndose como no se atreverían a intentar hacerlo en sus respectivas localidades, nada tenía de anormal ni sorprendente. Era cosa que sucedía todos los días. Como también que, desdeñando las líneas marítimas o aéreas regulares, si les sobraba el dinero, alquilasen un barco o un avión para ellos solos.

—¿Vamos a esperar aquí hasta que decidan regresar? —preguntó, porque lo único que le interesaba eran los días que hubiese de pasar en Cuba.

—Quizá —respondió Ivor—. Tienen pagado el viaje de retorno para dentro de tres días. Si entonces, como es probable, quieren continuar aquí, mejor para nosotros.

Por lo menos habrían de permanecer setenta y dos horas en La Habana. La perspectiva hizo arrugar ligeramente el ceño a Shore. Creyendo adivinar sus pensamientos, Byrne se apresuró a tranquilizarle con la noticia de que todos los gastos de hotel corrían por cuenta de la Oversea.

—No me refería a eso —respondió Bill—. Me dejé las ampollas en Nueva Orleans, y cuatro días sin pincharme...

—¡Tranquilízate! —dijo Ivor, sin lograr dominar una sonrisa despreciativa—. Ya te diré dónde puedes encontrar lo que deseas. ¡Y más barato que allá!

Le proporcionó tres direcciones distintas. Eran otros tantos clubs nocturnos, dos de ellos en la parte vieja de la ciudad, y el tercero en la playa de Marianao.

Preguntando en cada sitio por un individuo determinado, conseguiría sin la menor dificultad todo lo que quisiera. Pagándolo, naturalmente; pero

sin que abusaran demasiado quienes se lo vendieran.

Byrne hizo bastante más. Tras de la comida y la siesta acudió a su habitación del hotel, invitándole a dar una vuelta con él. Salieron juntos, y como el calor acentuaba la sed, bebieron con exceso, aunque tanto uno como otro aguantaban más y mejor de lo que cualquiera hubiera sospechado viéndoles.

De noche ya, y sin molestarse en cenar, siguieron frecuentando establecimientos e injiriendo las bebidas más explosivas. Un poco al azar, dejando a su espalda el Parque Maceo y el Malecón, divisando a lo lejos, por encima de las aguas dormidas de la bahía, la cuchillada de luz del faro del Morro, se adentraron en la parte más sórdida del barrio portuario. Cruzaron una calle larga, estrecha y retorcida por la que pululaban marineros de todas las razas y colores. Ante muchos portales pendían rojos farolillos, a cuya luz podían verse mulatas de formas exuberantes y blancas pintarrajeadas que llevaban en el pelo todo el oxígeno que faltaba en sus pulmones.

Un momento se detuvo Ivor en una esquina como si tratara de orientarse, y luego, con paso resuelto, tomó por una callejuela de la derecha. Pronto llegó a sus oídos el ruido excitante y frenético del «cha-cha-chá», la danza que hacía furor en La Habana, en la que se mezclaban en forma explosiva las estridencias y los pasos de la rumba, el danzón y el mambo. Salía de un amplio salón, con las puertas y las ventanas abiertas de par en par, y a cuya entrada se leía en letras luminosas su nombre: La Manigua.

—¡Aquí es! —dijo, con una sonrisa, Byrne, y su acompañante recordó en el acto que era una de las tres direcciones que le diese por la mañana.

Entraron. El local era amplio, pero resultaba exiguo para la multitud heterogénea y bulliciosa que lo invadía. En la pista de baile se apiñaban las parejas; junto a la barra del largo mostrador había un verdadero enjambre de bebedores; todas las mesas parecían ocupadas; pero a la vista de Ivor, al que indudablemente conocía, un camarero negro acudió rápido y les proporcionó una libre. Injirieron unos «high-ball», contemplando cómo los músicos de la orquesta aceleraban vertiginosamente su ritmo.

—Ahí viene Juan. Te proporcionará todo lo que necesites.

Juan era un negro corpulento y charolado, de labios muy gruesos y dientes muy blancos, que mostraba orgulloso al sonreír por cualquier motivo y sin motivo alguno. Tomó asiento a su mesa, cambió unas breves frases en castellano con Byrne y le entregó dos ampollas de morfina, que Ivor pasó en el acto a su acompañante.

—Con eso te basta por ahora —le dijo—. Si quieres más mañana o pasado, Juan te atenderá.

Estuvieron un rato en La Manigua, distraídos por el espectáculo. No

eran muy buenas las atracciones, pero lo compensaba lo pintoresco del local y de su clientela. Había muchas mujeres, casi tantas como hombres. La mayoría eran negras o mulatas, con todas las graduaciones de color. No faltaban algunas muchachas blancas, y no eran precisamente las de mejor aspecto. Aunque Bill no dijo una sola palabra, no pudo evitar un estremecimiento al pensar el abismo en que aquellas desgraciadas habían caído.

Decidieron regresar al hotel, porque habían madrugado y eran ya cerca de las tres. El paso de ambos al abandonar el local no tenía mucho de seguro. Se veía a una milla de distancia que el alcohol ingerido empezaba a producirles efecto.

—¿Qué tienes tú con Irving McCormick? —preguntó de pronto Ivor, asiendo del brazo a Shore y mirándole fijamente.

La pregunta cogió totalmente desprevenido a Bill. Irving McCormick era el amigo con quien comió la víspera y en cuya compañía estaba cuando le telefoneó Terry. Tenía la casi seguridad de no haber sido seguido y no creía que nadie estuviera enterado del nombre de su amigo.

Reaccionó con rapidez. Habló de su encuentro con Irving en el club de oficiales de Fusan y de la posterior estancia de los dos, heridos, en un hospital militar. Se había tropezado casualmente con él unos días antes en Nueva Orleans y consiguió que le dejase cincuenta dólares.

—Tan pronto como tuve dinero le busqué para devolvérselos. Se portó bien conmigo y no quería que me creyera un tramposo.

—¿Y no hay nada más entre tú y él? —insistió Byrne, con abierta desconfianza—. ¿No sabes siquiera a qué se dedica ahora?

—¡Claro que lo sé, aunque no comprendo qué diablos pueda importarte! —replicó, malhumorado, Bill—. Creo que es viajante de no sé qué casa de aparatos de prótesis dental. Se pasa la vida visitando dentistas y...

—Quizá haga otra clase de visitas —insinuó Ivor— y tú sepas algo de eso.

—¿Por qué iba a saberlo? —negó Shore, con acento de absoluta sinceridad—. Solo le he visto dos veces, y ninguna de las dos me dijo nada que tuviese la menor importancia.

—¡Ojalá sea así! Pero ten cuidado con él. Si vuelves a verle podría resultar peligroso para tu tranquilidad. A Krepps no le agradaría, ni a mí tampoco.

—¡Que me emplumen si lo entiendo! —exclamó Bill, con la voz estrepajosa del borracho y con gesto de bobalición desconcierto, parado en el centro de la calle y vacilando sobre sus piernas inseguras—. ¿Qué importancia tiene que vea o deje de ver a un tipo como Irving?

—Ninguna si fuera lo que dice ser; mucha, si es lo que nos figuramos.

—¡Suéltalo de una vez, compadre! ¿Quién o qué os figuráis que es mi amigo McCormick?

—¡Casi nada! —respondió Ivor—. ¡Agente especial del Federal Bureau of Investigation! Si te parece poco...



EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

IV

MUJERES Y ORO



OLVIÓ solo a La Manigua. Byrnes, que había pasado el día en conciliábulos y conferencias, cenaba aquella noche con Rosenfield, el gerente nominal de la Oversea, y otros caballeros, con los que tenía que tratar acerca del viaje de regreso, y no pudo acompañarle. Habían hablado un momento a media tarde, y la charla tuvo poco de agradable, porque, igual que la noche anterior, Ivor trató de desconcertarle, haciendo una pregunta intencionada cuando menos podía esperarla. Aquella vez no fue acerca de McCormick, sino de Terry.

—¿Qué te dijo cuando te llamó por teléfono, y por qué tenía tanto interés en hablarte?

—¿A qué me lo preguntas, si lo sabes? —contestó Bill, malhumorado—. ¿O me crees tan tonto como para no darme cuenta de que fuisteis Krepps y tú quien la mandasteis llamarme?

—¿Para qué íbamos a hacerlo?

—¡Vosotros sabréis? Pero de no habérselo dicho ella, ¿cómo os habríais enterado de que me llamó?

—Hay muchas formas de enterarse —repuso Byrnes, evasivo—, y Krepps sabe siempre lo que le interesa.

—Entonces, ya sabrá que mi respuesta a todo lo que me dijo fue un no rotundo —cortó Shore, despectivo—, y que pierde el tiempo tratando de

hacerme caer en una trampa. Por apetitoso que sea el cebo, estoy demasiado escarmentado para morder el anzuelo.

—Es lo más saludable para ti —comentó Ivor, dándole una palmada amistosa en la espalda.

Cuando llegó a La Manigua, halló el local tan abarrotado como la noche precedente. El camarero que les había servido veinticuatro horas antes se apresuró a proporcionarle una mesa cercana a la pista; pidió una botella de «whisky», y mientras la consumía con lentitud, esperando la aparición de Juan, se entretuvo en contemplar el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

En la pista de baile, una negra joven, de músculos alargados y agilidad felina, se agitaba epiléptica, siguiendo el ritmo trepidante de una melodía afrocubana. Quizá le faltase en verdadero arte lo que le sobraba en saltos, contorsiones y gestos, pero el oscilar frenético de su cintura levantaba tempestades de gritos y aplausos entre los espectadores, que acaso constituyeran por sí mismos para Bill el más interesante de los espectáculos.

Era el vicio al desnudo, expuesto con cruda intensidad, sin los velos púdicos con que suele cubrirse en otras latitudes. Marineros borrachos, con los ojos enrojecidos, abrazando a la primera mujer que pasaba a su lado; mulatos en mangas de camisa, de perezosos movimientos y puros enormes en la boca, fija la mirada encendida en la negra de la pista; muchachas de todas las edades y colores, que llevaban invariablemente en la cara el sello inconfundible dejado por su azarosa existencia, y cuyos estragos pretendían disimular —sin conseguir otra cosa que acentuarlos— bajo gruesas capas de polvos y pinturas.

—¡Hola, amigo! ¿Desea lo mismo?

Era Juan quien le hablaba en un inglés de extrañas inflexiones y suave cadencia tropical. Shore le invitó a sentarse con un gesto y puso un vaso de «whisky» ante él. Con rapidez, sin discusión, casi sin palabras, cerraron un trato, y Bill adquirió un poco de morfina, a la mitad de precio de lo que «Drunken» le cobraba en Nueva Orleans.

—Sí —reconoció Juan, sonriendo, cuando el americano se lo dijo—. Aquí nos contentamos con ganar mucho menos.

Insensiblemente, la conversación entre ambos derivó hacia el tráfico de estupefacientes. Shore sentía una curiosidad, perfectamente explicable, dada su afición a las drogas. Pero el negro no se mostró muy explícito. Ni siquiera cuando Bill insinuó la posibilidad de que la morfina le saliese gratis, aprovechando sus frecuentes viajes para tratar de introducir alguna de contrabando en los Estados.

—Deseche esa idea, amigazo —le aconsejó, con aire paternal—. Le cogerían pronto, y le saldría más caro que pagarla al precio que le piden

allá o acá.

Sonrió, desdeñoso, al oírle decir que sabía cómo despistar a los aduaneros y pasarla ante sus narices sin que sospechasen nada. Contra lo que Shore pudiera pensar, no era aquel el único ni siquiera el mayor peligro. Había gentes poderosas que realizaban el tráfico, y no admitían ni toleraban competencias. ¿Quiénes?

—Es mejor no saberlo —repuso Juan, repentinamente serio—. Hay mayores probabilidades de morir en la cama.

Juan tenía que atender a otros posibles clientes, y no tardó en abandonarle. Bill quedó solo en la mesa, aunque por poco tiempo. Miraba distraídamente hacia la pista, donde un marinero rubio y espigado imitaba ahora las contorsiones de la bailarina, entre las risas y algazara de sus compañeros, cuando una voz femenina, que se expresaba en perfecto inglés, preguntó a su lado:

—¿Me invitas a un trago?

Shore volvió la cabeza. Le dio pena el aspecto de la muchacha. Era rubia, y debió ser muy guapa, aunque apenas si quedaban ya más que ligeros rastros de su pasada hermosura. Aparentaba treinta y ocho o cuarenta años, pero probablemente no pasaría mucho de los veinticinco. Las mejillas hundidas, los pómulos salientes, los ojos mortecinos y un rictus de cansancio y amargura en el rostro la envejecían casi tanto como el colorete y los afeites con que se esforzaba por tapar un poco la ruina de su juventud.

—Bebe lo que quieras —replicó Bill, compadecido—. Ahí tienes un vaso y una botella. Sírrete tú misma.

Sin hacerse repetir la invitación, la mujer se dejó caer en una silla, llenó el vaso de «whisky» y se lo bebió de un trago, bajo la mirada entristecida de Shore. Se abrió una pequeña pausa; tras contemplar un instante con atención al americano, la chica comentó, amargada:

—Así empecé yo.

—Lo creo —repuso Bill—. El «whisky» suele sentar bastante mal a la larga.

—No me refería al «whisky» —le interrumpió la chica—, sino a la morfina.

—¿A la morfina? —se sorprendió Shore.

—Sí. ¡Y no disimules conmigo! Conozco a Juan. Le vi anoche, y he vuelto a verle hoy hablando contigo. Tendría que ser tonta para no comprender...

En lugar de terminar la frase, volvió a llenar el vaso y a vaciarlo de golpe. Adivinó entonces lo que Bill pensaba, y una sonrisa triste entreabrió sus labios.

—Te apena verme, ¿eh? Lo comprendo. No ofrezco un aspecto muy

atrayerente. Nadie diría que tengo veintiséis años y que hace solamente cinco... Pero —se encogió de hombros— ¿a qué amargarte con una historia?

—¿Eres americana? —preguntó Bill, por pregunta— algo.

—De Kansas City. Pero ni mis mejores amigos me reconocerían si volviera por allá. ¡Quizá sea una suerte que no pueda volver!

—¿Por qué no puedes volver? —inquirió Shore, comenzando a interesarse.

—Porque hacen falta dos cosas, que no tengo: documentación y dinero. ¡Pensar que vine para hacerme rica, y que no tengo ni dónde caerme muerta!

—Y todo por la morfina, ¿eh?

—No —denegó, con energía repentina, la muchacha—. La morfina vino después, como el alcohol. Fueron dos puertas de huida a la suciedad que me rodeaba, al infierno en que me habían sepultado. Gracias a ellas, por unas horas escapaba fuera de mi misma y podía soñar, sin darme cuenta siquiera de que los sueños eran irrealizables. Sabía que las drogas y el «whisky» acabarían conmigo, pero me las ofrecían, y las acepté. ¿Quejarme? ¡Bah! Si vivo diez años menos, me habré ahorrado muchas amarguras y sufrimientos.

Un poco a pesar suyo, Shore se sintió impresionado por la terrible desesperanza que vibraba en las palabras de la mujer. Advirtió también que se expresaba en un inglés correcto, que ofrecía un violento contraste con su deplorable aspecto. Pero si la muchacha que con tan cruda sinceridad se expresaba rechazaba de plano que fuesen la morfina y el alcohol quienes la llevaron al abismo, ¿a qué había debido su hundimiento?

—A una canallada —respondió la mujer, crispando instintivamente los puños, mientras por sus pupilas pasaba un relámpago de ira—. Quería ser artista, y me ofrecieron un contrato; vine confiada, y cuando comprendí la verdad... Pero —se interrumpió, con brusquedad— ¿a ti qué puede importarte nada de esto?

—Muy poco —reconoció, sincero, Bill—. Solo hay una cosa que me extraña: ¿por qué, si viniste engañada, no volviste a Kansas City tan pronto como te diste cuenta de la realidad?

—Porque no pude escapar de quienes me tenían en sus manos. Y aunque lo hubiese conseguido, ¿dónde encontrar lo necesario para pagar el pasaje?

—Eres americana, ¿no? Pues en el Consulado te hubiesen atendido. Al saber lo que te pasaba...

Se interrumpió, desconcertado, ante la sonrisa burlona de la mujer. Calló mientras la chica aprovechaba la pausa para trasegar un vaso más de «whisky». El alcohol pareció despertar de nuevo su locuacidad, y habló con

rapidez, sin necesitar que Bill le hiciera nuevas preguntas:

—No podía ir al Consulado, porque no habría servido para nada. Mi nombre es Virgilia Sherwood, pero mi pasaporte se perdió al llegar, y hube de aceptar (provisionalmente, según creía) unos papeles con mi retrato y un nombre distinto, que había de ser mi seudónimo artístico. Según la nueva documentación, había nacido en Jamaica. No hablaba ni entendía entonces más que el inglés, y no me di cuenta de lo que aquello significaba hasta que fue demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para todo. La mujer cuyo nombre llevaba, y del que no podría desprenderme en adelante, estaba fichada por la Policía no solo como adicta a las drogas, sino como falsaria y estafadora. Una vez, desesperada, conseguí escaparme y llegar al Consulado. ¿Sabes lo que ocurrió?

—¿Qué no te hicieron caso?

—Peor. Aparecía mi nombre en una lista comunicada por la Policía local, entre una serie de delincuentes, de los que se sospechaba que tratarían de escapar a los Estados Unidos. Como no pude demostrar que yo fuese realmente la Virgilia Sherwood que pretendía, acabaron echándome del Consulado. En la puerta había alguien esperándome, y no me quedaron ganas de volver a probar suerte. Si llegase a intentarlo por segunda vez...

Se detuvo de pronto, mirando hacia la puerta, mientras en su rostro aparecía un gesto de indignación y sorpresa. Instintivamente, Bill siguió la dirección de su mirada. Asombrado, comprobó que uno de los individuos jóvenes, llegados la víspera en el avión de la Oversea, acababa de penetrar en La Manigua. Venía solo y algo bebido quizá, pero daba la impresión de no extrañar el lugar. Los saludos amistosos de tres o cuatro camareros bastaban para comprender que no era su primera visita al local.

—¿Le conoces? —preguntó Shore a la mujer.

—¡Seguro que sí! —repuso Virgilia, con rabia difícilmente contenida—. Se llama Stan Derek, y es un bandido. Por su culpa, muchas chicas cayeron en la misma trampa que yo.

—¿Fue quien te trajo a Cuba engañada?

—No. Llevo cinco años aquí, y Stan empezó más tarde. Pero hay diez o doce que le deben su desgracia, y que no derramarían una sola lágrima al leer la noticia de su muerte. Yo sé lo debo todo a otro tan canalla como él, aunque utilizase distintos procedimientos. Se decía agente artístico; residía en Nueva Orleans y...

—¿No sería, por casualidad, un tal Bernard? —le interrumpió Shore, excitado y nervioso, por la sospecha que repentinamente cruzó por su mente—. ¿Harold N. Bernard, exactamente?

—¿Es amigo tuyo? —respondió la muchacha, contemplándole con marcada desconfianza; luego, creyendo haber acertado, añadió,

despreciativa—: Entonces serás uno de los que...

—¡No, no! —denegó, enérgico y sincero, Bill—. Le conozco, pero ni ha sido ni será nunca amigo mío. Si es cierto lo que me has dicho, si llego a comprobarlo, te juro que ese miserable pagará sus culpas.

—¿Pagarlas? ¡Ni con cien vidas que tuviese pagaría las que ha destrozado! Tendrían que colgarle por los pies, y aun así...

—¿Qué le estás contando a ese tipo? —la interrumpió, de pronto, una voz acre y dura que sonaba a su espalda.

La muchacha se estremeció al oírla, y su repentina palidez fue visible incluso a través del colorete que cubría su cara. Bill levantó la cabeza para mirar al interruptor. Era un tipo alto, delgado, de mejillas escurridas, presuntuoso bigotito y cierto aire fanfarrón de perdonavidas.

—Ya has hablado más de la cuenta, amiguita —continuó en tono amenazador—. Lárgate ya, no sea que aquí mismo...

Virgilia se incorporó, temblorosa, mirando a Bill con ojos que revelaban un agudo terror. Parecía demandar su ayuda y protección. Shore no pudo hacerse el indiferente.

—Deje tranquila a esa mujer —indicó al recién llegado, poniéndose lentamente en pie—. Está hablando conmigo, y no me gusta que nadie nos interrumpa.

—Cierre el «pico», si sabe lo que le conviene —replicó, desdeñoso, su interlocutor—. A menos que prefiera que se lo cierre yo de un puñetazo.

—¿A mí? —preguntó Bill, sorprendido de que se atreviese a amenazarle un individuo incapaz de resistir una mala bofetada suya.

—Sí; a ti —le hizo cara el otro—. A ésa la ajustaré más tarde las cuentas. Pero acaso sea mejor empezar contigo. ¡Toma!

Alargó a un tiempo la mano derecha y el pie izquierdo. El puñetazo, que se estrelló contra uno de sus hombros, no hizo el menor efecto a Bill; pero el puntapié en el vientre le produjo un dolor agudo. Furioso, cegado por la ira, reaccionó con una violencia que seguramente no esperaba su contrincante.

Quince segundos después, destrozado por los certeros puñetazos del americano, su enemigo rodaba por el suelo, y la forma en que cayó decía bien a las claras que pasaría largo rato antes de que pudiera darse cuenta de dónde estaba y de lo que había ocurrido, Shore le contemplaba con una sonrisa de satisfacción, dando por terminada la lucha, cuando un golpe en su oído derecho vino a sacarle del error.

Eran tres los individuos que ahora le atacaban a un tiempo, entre los gritos y alboroto de todos los presentes. Sus nuevos enemigos eran blancos también, y ni su aspecto físico ni su manera de vestir diferían gran cosa del que se hallaba en el suelo. Bill consideró posible vencerlos sin manejar otra cosa que los puños, pese a la inferioridad numérica, y consiguió dejar a uno

de ellos fuera de combate a las primeras de cambio. Pero, casi al mismo tiempo, alguien le atacó por la espalda; una botella se hizo pedazos al chocar contra su cabeza, y cayó de bruces, perdido el conocimiento.

Cuando lo recobró, debían haber transcurrido bastante horas, puesto que la luz del día penetraba a través de un estrecho ventanillo del lugar en que se encontraba. No necesitó forzar mucho su imaginación para adivinar que se hallaba en un calabozo. Los barrotes del ventanillo, el camastro en uno de los rincones y la gruesa puerta, cerrada por fuera y con una mirilla en el centro, dejaban lugar a pocas dudas.

Golpeó la puerta, deseoso de saber dónde estaba, y tras esperar largo rato, un individuo uniformado se asomó por la mirilla, ordenándole que se callase, con modales y palabras que nada tenían de amables. Todo lo que Bill consiguió sacarle, aparte de una delicada amenaza de cerrarle la boca a golpes, fue que se encontraba en una Comisaría, acusado de no sabía cuántos graves delitos.

Tres horas después, la puerta del calabozo se abrió para dar paso a un individuo de mediana estatura, calvo, con ojos de miope medio ocultos tras unos gruesos cristales, que se presentó a sí mismo como el abogado encargado de su defensa. Para disipar los recelos de Shore, le entregó una nota, que el americano leyó, mientras su visitante encendía un magnífico cigarro puro.

La nota, escueta y categórica, estaba firmada por Ivor Byrne. Bill debía escuchar con calma al abogado y hacer lo que le dijese. Era la única forma de salir con bien del embrollo en que se había metido. «Costará unos cuantos billetes, pero resultará barato si conseguimos arreglar las cosas», afirmaba. Al finalizar la lectura, el americano invitó a hablar al caballero del puro.

—Voy a expresarme con entera crudeza —dijo, para empezar, el abogado—, porque paliar los hechos resultaría peligroso y contraproducente.

Expuso una versión de lo sucedido, que difería por completo de la verdad. Según ella, Shore, borracho como una cuba, sin darse cuenta de lo que hacía, se había lanzado al centro de la pista de La Manigua, abrazando y besando a una bailarina negra que allí actuaba, y agrediendo a quienes pretendieron volverle a su asiento. Como consecuencia, la artista resultó con diversas erosiones, así como dos de los camareros del establecimiento.

—Pero todavía hay algo peor: pegó también a dos agentes uniformados que trataron de poner paz, y cuando se desmayó, víctima de un ataque agudo de alcoholismo, en la clínica adonde le llevaron antes de traerle a la Comisaría, hallaron en sus bolsillos dos ampollas de morfina.

El escándalo público e incluso las ligeras lesiones de la bailarina y los camareros no entrañaban una grave responsabilidad, y podían ser

sancionados con una simple multa. Pero la agresión a los agentes de la autoridad, pese a ir de uniforme, y la tenencia de drogas, aparecían tan gravemente penadas por la Ley, que, de aplicarse con rigor, no escaparía con menos de tres o cuatro años de encierro.

—Por fortuna —añadió el abogado, con una sonrisa de suficiencia—, yo sé cómo arreglar estas cosas. Del atestado ha desaparecido la mención de ambas cosas, y bastará con que firme esta petición al juez, mostrándose dispuesto a pagar la multa por el escándalo, para que le dejen marcharse.

Shore habló, acalorado, tan pronto como terminó su visitante. Trató de poner las cosas en su lugar, negando con energía la versión oficial de los hechos, y contando las cosas como sucedieron. El abogado le escuchó con claras muestras de incredulidad, y le interrumpió, mucho antes de que llegase a la mitad de su relato:

—No siga desvariando, amigo mío. Su historia carece de todo fundamento, y solo serviría para empeorar las cosas. Si dice todo eso al juez, lo más probable es que le tome por loco. O que suponga que se quiere burlar de él, y en ese caso...

—Pero ¡si es la verdad, y nada más que la verdad! —insistió Bill.

—El alcohol suele jugarnos malas pasadas —repuso el abogado, moviendo, apesadumbrado, la cabeza—. Nos hace tomar los sueños por realidades. Mi consejo leal es que procure olvidar esas fantasías, si no quiere prolongar su estancia en un lugar tan poco agradable como este.

De mala gana, Shore acabó firmando la petición extendida por el abogado, y dirigida al juez. En las horas que siguieron tuvo tiempo sobrado de reflexionar, y se alegró de haberlo hecho. Todo lo ocurrido, incluyendo la burda tergiversación de la realidad, tenía una fácil explicación. Pero si se empeñaba en proclamar la verdad, no conseguiría que le creyese nadie, y los individuos que explotaban a la desgraciada Virgilia y a otras mil como ella lograrían hacerle condenar.

Esperaba que su libertad no se hiciera esperar después de haber firmado, y empezó a impacientarse a medida que fue transcurriendo la tarde sin que nadie viniera a sacarle del calabozo. Al final, cerca ya del anochecer, se abrió la puerta, y un guardián le anunció que iba a comparecer ante el juez.

Al entrar en la sala adonde le condujeron, pudo ver al abogado y a Byrne, que fueron a colocarse a su lado. Enfrente estaban la bailarina y los dos camareros negros, que le miraban con burlona curiosidad. El juez, sentado en un estrado, rogó a todos que guardaran silencio, e invitó a hablar a la muchacha y a sus acompañantes.

Como quien repite una lección perfectamente aprendida, los tres afirmaron haber sido atacados sin razón ni motivo alguno por Shore, que indudablemente se hallaba bebido. Furioso por el cinismo con que mentían,

Bill quiso decir algo, y abrió la boca, pero Ivor le asestó un violento codazo, advirtiéndole en voz baja:

—¡Cállate, estúpido, y no enredes más las cosas! Di que sí cuando te pregunten, y asunto concluido...

Obedeció. Al ser interrogado, admitió que sus acusadores tenían razón, y se mostró dispuesto a indemnizarles por los perjuicios sufridos. Todos parecieron muy satisfechos, y el juez resolvió ponerle en libertad, no sin una severa reprensión por su mala conducta, ciudadana y condenarle a pagar cien dólares de multa y otros doscientos más a los perjudicados.

—¡Malditos embusteros! —gruñó, irritado, cuando, media hora después, se encontró en el interior del coche en que Byrne le conducía, ya libre, al hotel en que ambos se hospedaban—. ¡Merecían que les buscara ahora, para partirles la crisma!

—Tú sí que merecías que te partiese la cabeza en doscientos pedazos —replicó, malhumorado, su acompañante—. ¡Cualquiera aguanta a Krepps cuando se enteran del escándalo que has organizado aquí!

Aquel nombre bastó para calmar a Bill. Automáticamente acudieron a su memoria las acusaciones de la pobre Virgilia contra dos de los pasajeros a quienes había traído a La Habana en los aviones de la Oversea... Quizá hubiera una relación entre sus actividades y los negocios del enigmático y sospechoso Henry S. Krepps. Por si acaso, le convenía no mostrarse demasiado explícito. En fin de cuentas, había tenido suerte con que el abogado le interrumpiera antes de revelar todo lo que la chica le había dicho.

—De manera que esos negros mentían, ¿eh? —le preguntó, de pronto, Byrne, tras un rato de silencio—. Y ¿cuál es la verdad, según tú?

—No lo sé —respondió, prudentemente, Bill—. ¡Palabra que no lo sé! Estaba tan bebido, que no recuerdo absolutamente nada.

—Pero al abogado le dijiste...

—Una historia fantástica —le atajó, rápido, Shore—. Supuse que mintiendo escaparía mejor; pero logró convencerme de lo contrario. ¿No lo crees?

—Es preferible que te crea —contestó Ivor, mirándole con recelo y dejando caer con lentitud sus palabras—. ¡Y mucho mejor aún que te lo creas tú!

Como Bill estaba cansado y le dolía un poco la cabeza, donde una pequeña brecha atestiguaba la violencia del botellazo sufrido, tuvo prisa en marcharse a la cama apenas cenó, luego de haberse bañado y cambiado de ropa. Byrne aprobó sin reservas su determinación.

—Es lo mejor que puedes hacer. Te conviene dormir bien, porque mañana emprendemos el viaje de vuelta.

Le llamó a las nueve de la mañana, y a las diez estaban en Rancho

Boyeross, dispuestos a subir al avión. Se trataba del mismo aparato utilizado en el viaje de ida. Como de costumbre, ya estaba en la pista de despegue, listo para remontar el vuelo, cuando llegaron al aeródromo. Que los pasajeros fueran cinco de los individuos a quienes trajeron días antes y ninguna de las mujeres que entonces les acompañaban, no constituyó una excesiva sorpresa para Bill. No obstante, y por cubrir un poco las apariencias, ocultando sus sospechas, preguntó por ellas a Byrne.

—Se encuentran, al parecer, tan a gusto —respondió, indiferente, Ivor—, que no tienen ninguna prisa en volver.

Al atravesar por entre los pasajeros, y luego al cerrar la puerta de la cabina de mandos, observó algo desconcertante: la profusión de dorados había desaparecido del interior, y la puerta metálica que separaba a los viajeros de los pilotos había sido sustituida por otra mucho menos pesada y ostentosa.

—¡Caprichos de Rosenfield! —explicó, desdeñoso, Byrne—. Le parecían de mal gusto los dorados, y los ha hecho quitar.

Bill aceptó como buenas las palabras de su acompañante, pero pensó mucho en aquella extraña modificación durante las horas que tardaron en llegar a Nueva Orleans. Volando ya sobre territorio americano, puso todo su cuidado en descubrir si alguien arrojaba cualquier fardo antes de aterrizar, y se convenció de que no. Tampoco ninguno de los pasajeros debía llevar encima nada comprometedor, porque todos afrontaron sonrientes el escrutinio de los aduaneros, y salieron del escrupuloso cacheo sin el menor contratiempo.

—Procura no decir nada a míster Krepps —suplicó a Byrne al despedirse de él en la puerta del Gulf Hotel—. Cuidaré de que no se repita el incidente, y si volvemos a La Habana te prometo no probar ni siquiera la cerveza.

—Le quitaré toda importancia a la cosa —prometió Ivor—. Ten la seguridad de que no pasará nada; pero una pequeña advertencia suya no estaría de más...

Cuando subió a su habitación, se dio cuenta de que llevaba en uno de los bolsillos un periódico habanero, que Byrne dejó olvidado en el asiento del automóvil que les llevó al aeropuerto, y que no se acordó de entregarle. Lo tiró sobre la mesilla mientras se cambiaba de ropa. De pronto, al mirar distraído hacia allá, hubo algo que llamó su atención.

Era una fotografía no muy clara, impresa a una columna. Estaba en una página interior, que Ivor debía haber estado leyendo. Bill no hablaba el castellano, pero podía traducirlo, con ciertas dificultades. Pese a su escaso conocimiento del idioma, comprender lo que decía aquel breve suelto no le costó demasiado trabajo.

La fotografía, borrosa y mala, ofrecía cierta semejanza con la cara de

Virgilia Sherwood, tal como apareció a sus ojos en La Manigua. Cabía dudas de que fuese ella; pero el texto que acompañaba al retrato le dio una casi absoluta seguridad. Se trataba de un suceso vulgar, al que no concedía ninguna importancia el periódico. «Elisa Clotet, mujer de vida equívoca, conocida por la Policía como cocainómana y detenida varias veces por embriaguez y escándalo, apareció ahogada esta mañana en las proximidades del malecón. Aunque no se descarta la posibilidad de un suicidio, es probable que cayese accidentalmente al agua, encontrándose bebida».

Se dio cuenta en el acto de lo que aquello significaba. Los miserables que arrojaron a la pobre muchacha a un abismo insondable tenían miedo a lo que pudiese decir, y habían cerrado sus labios de manera definitiva. Sin vacilaciones, rechazó Bill la hipótesis del suicidio; también la del accidente. Habría sido excesiva coincidencia que la chica muriese casualmente a las pocas horas de hablar con él, y Shore no creía en coincidencias. Se trataba, lisa y llanamente, de asesinato. Un crimen con una doble finalidad: castigar a Virgilia por haber hablado, y asustar a quienes se hallaban en circunstancias semejantes, para que no se atreviesen a despegar los labios.

Resonó en aquel instante el teléfono de la habitación, y al descolgar el auricular reconoció la voz de Irving McCormick. Aunque cualquiera que siguiera su charla desde la centralilla del hotel habría dado por buena la negativa de Bill a hablar con un tal Peter L. Johnston, al que afirmaba no conocer, la verdad fue que se pusieron de acuerdo respecto a la hora de una comunicación posterior desde un teléfono que no estuviera intervenido.

A media tarde, desde la cabina de un teléfono público, a través de cuyos cristales podía descubrir si alguien le vigilaba o se acercaba lo necesario para escuchar una sola palabra de cuanto dijese, Shore marcaba un número, y volvía a hablar con Irving McCormick. Sus primeras palabras ya constituyeron una alarmada advertencia:

—¡Cuidado, mucho cuidado! Krepps sospecha de ti. Byrne sabe que nos hemos visto; llegó incluso a insinuar quién eras, y con esa gente...

—¡No te preocupes, muchacho! —le atajó su interlocutor—. Me vi en mayores peligros, y sé cómo defenderme. ¿Y de ti? ¿Sospechan también?

—Creo que sospecharon desde el primer momento, y por es: procuraron asegurarme bien. De todas formas...

—¿Has averiguado algo?

—De lo que esperaba, no. He abierto bien los ojos, pero o no hay nada o son demasiado listos para que yo descubra su juego. Sin embargo, y al margen de lo que te interesa, hay algunas cosas sorprendentes.

Habló con rapidez y concreción de los pasajeros que había llevado en sus dos viajes; de su encuentro con Virgilia Sherwood, de sus acusaciones

contra Stan Derek y Harold N. Bernard, de la pelea del café cantante y de sus extrañas derivaciones, entre las que incluía la muerte de la chica.

—Interesante, pero poco nuevo —comentó, sin demasiado entusiasmo, McCormick a través del hilo telefónico—. Hace tiempo que sospechábamos de unos cuantos individuos, y Bernard figura en primera línea. Habrá que aclarar algunas cosas aún, pero confío en que su infame comercio concluya pronto de una manera desastrosa para él y para cuantos le secundan. ¿Algo más, Shore?

Tras una ligera vacilación, Bill habló de la puerta metálica de la cabina de mandos y de los adornos de metal dorado del «B 29», que habían sido sustituidos durante su estancia en La Habana. Lo señalaba como una extravagancia, pero sin concederle la menor importancia. Su asombro fue advertir la excitación de Irving al escucharle.

—¿Metales dorados, dices? —inquirió, ansioso—. ¿No podría ser oro?

Desconcertado por la inesperada pregunta, Shore negó en un principio. Luego, pensándolo mejor, admitió aquella posibilidad. Todos, por un recelo y una desconfianza instintiva, nos sentimos inclinados a considerar de escaso valor material lo que vemos en grandes cantidades, especialmente cuando su dueño, que debe conocer perfectamente de qué se trata, no le concede importancia alguna. Bill no era un técnico en metales preciosos; pero, por lo que recordaba, no podía encontrar diferencia alguna entre el oro y el metal de la puerta que cerraba la cabina de mandos.

—¿Qué explicación y qué importancia podría tener —acabó por inquirir a su vez, sumido en un mar de confusiones— que lo que yo tomé por latón fuese realmente oro?

—Tanta —replicó Irving, más excitado y nervioso cada vez, a juzgar por el temblor de su voz—, que disiparía las últimas dudas respecto a los turbios negocios de contrabando de Henry S. Krepps y sus asociados.

—Pero ¡si no he podido hallar la menor indicación de que introdujesen nada fraudulentamente en el país! —protestó Shore.

—¡Naturalmente! Como que nuestras presunciones estaban erradas. No meten nada de contrabando. ¡Lo sacan!

—¿Qué sacan contrabando de aquí? Lo dudo. Pero, aun siendo cierto, ¿qué pueden llevarse clandestinamente?

—Las dos únicas cosas que se pagan más caras fuera que dentro de los Estados Unidos: ¡mujeres y oro...!



¿EL MEJOR REGALO PARA SU HIJO?

¡UN ALBUM DEL F. B. I!

Magníficamente ilustrado y con textos interesantísimos,
por describir los métodos científicos de los agentes
especiales.

DE VENTA EN QUIOSCOS, A CUATRO PESETAS

V

EL TORMENTO DE LA DUDA



OS ojos de Krepps se achicaron hasta no ser más que dos rayas casi horizontales; era como sí, al concentrar su mirada, tratase de penetrar en el cerebro de su interlocutor. La explicación de Shore tenía lógica y verosimilitud. Pero existía, cuando menos, la posibilidad de que supiera mucho más de lo que pretendía.

—Admitamos que estabas bebido —dijo, estudiando con atención los menores gestos de Bill—; pero ¿qué te dijo aquella mujer?

Con expresión de ingenuo desconcierto, Shore repitió lo que ya había dicho. Al recuperar el conocimiento en el calabozo de la Comisaría, creía recordar vagamente haber hablado con una mujer rubia que fue a sentarse a su mesa, y que la pelea se produjo cuando un individuo, al que no conocía, amenazó a la muchacha y le pegó a él.

—Luego me convencí de que todo aquello no pasaba de ser un sueño —agregó—. La verdad es que quise abrazar a la negra, y atacué a los camareros, primero, y a los agentes, después. ¿Por qué? No lo comprendo; pero cuando se mezclan el alcohol y la droga, uno...

—¿Te habló de mi aquella individua? —le interrumpió Krepps.

Bill negó con rapidez y sorpresa. Si no estaba seguro de que la mujer existiese fuera de su imaginación, ¿por qué preocuparse de nada? No podía recordar lo que le había dicho, si verdaderamente llegó a hablar con él.

—Pero si le hubiera mencionado siquiera —concluyó—, no creo que se me hubiese olvidado.

—¿Qué sabes de Irving McCormick? —lanzó, rápido, Krepps, saltando de un tema a otro, con evidentes intenciones de sorprender y desconcertar a su interlocutor.

—Lo que dije a Ivor cuando me preguntó en La Habana —repuso Shore, volviéndose hacia Byrne, que con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho asistía, silencioso, a la entrevista—. Que le conocí en Corea, nos separamos en Tokio y no volví a verle hasta que, por casualidad, le encontré en un bar de Claiborne Street, y aproveché la antigua amistad para sacarle cincuenta dólares.

—Y le viste otra vez hace cuatro días para devolvérselos, ¿no? —siguió preguntando Krepps, sin abandonar su actitud de receloso escepticismo.

—Exactamente.

—¿No sabías que pertenecía al F. B. I.?

—¿Cree que de saberlo no habría huido de él como de la peste? Tener que habérselas con Kinsley no resulta muy agradable; pero comparados con los procedimientos del Bureau, los suyos no pasan de ser una caricia. Si llegase a cogerme cualquiera de sus agentes con unas inyecciones en el bolsillo...

—¿Por qué has vuelto a verle, entonces, esta misma tarde? —acusó Henry, acentuando aún más la dureza de su expresión.

—¿Yo? ¡Ni pensarlo! Quien se lo haya dicho, mintió. Esta tarde no vi a nadie. Excepto a Ivor, cuando acudió a buscarme al Morning Call. ¡Pregunte a los camareros, si no me cree! Podrán decirle...

—Lo que ya sé —le atajó su interlocutor—. Pero hay dos cosas poco claras: a qué fuiste al Morning y a quién llamaste por teléfono.

Shore se tranquilizó bastante. La réplica de Krepps indicaba que alguno de sus secuaces se había tomado el trabajo de interrogar a los camareros. No podían haber dicho que vio a nadie, porque nadie, salvo Byrne, estuvo con él. Incluso tenía una coartada para el rato que permaneció en la cabina telefónica: la llamada que hizo al Gulf, preguntando por Ivor, que precisamente acababa de presentarse en su búsqueda, y que fue a recogerle a la cafetería para llevarle a presencia del jefe. Su charla telefónica con Byrne no se prolongó arriba de tres minutos, y había permanecido quince en la cabina; pero era difícil que nadie hubiese anotado con exactitud el tiempo que estuvo hablando e imposible que supieran si hizo una sola llamada o dos.

—¿Es que no me cree? —preguntó, viendo la incredulidad reflejada en el rostro de Henry, luego de decirle que había ido al Morning porque daban el mejor café de la ciudad, y se aburría en el hotel, sin tener nada que hacer.

—Quizá tengas razón —respondió Krepps, tras un minuto de vacilación—. No habría duda, si fueras quien pretendes ser. Pero si no lo fueses...

—Pero —comentó Bill, boquiabierto por el asombro— ¿ha llegado a

pensar que yo no sea William N. Shore?

—Tus relaciones con un agente del F. B. I. nos dan bastante que pensar. Eso, y que después del accidente de Denver, no te internaran en un hospital para sufrir una cura de desintoxicación.

—Ignoraba que Irving perteneciese a la Policía federal —repuso su interlocutor en tono sincero—. De saberlo, habría tenido más cuidado que nadie en no pasar a media milla de distancia. Me cuesta trabajo creer que lo sea, porque, conociendo mi debilidad por las drogas, habría tratado de sonsacarme y cultivar mi amistad.

—¿Y no lo ha hecho? —saltó Ivor.

—No. Al hablar el otro día con él, mencioné la herida sufrida en Corea y la precisión que tengo de morfina desde entonces. ¿Hubiera dejado de aprovechar la coyuntura un agente especial? Seguro que no. Pues puedo darles mi palabra de honor de que seguimos charlando un buen rato, y ni siquiera mencionó para nada los estupefacientes.

Viendo por el gesto de sus oyentes que sus argumentos producían el efecto deseado, convencido de pisar terreno sólido, Shore continuó hablando con mayor serenidad y firmeza cada vez. Aun poniendo en tela de juicio que McCormick figurase en las nóminas del F. B. I., no volvería jamás a cruzar la palabra con él. Y no solo por tranquilidad de míster Krepps, sino por su propia seguridad.

—Con Kinsley tengo más que suficiente, para permitirme el lujo de enfrentarme también con alguien que, si pertenece al Bureau, sería todavía más peligroso. En cuanto a la otra insinuación...

Le indignaba que hubiese quien se atreviera a poner en duda su personalidad. Admitía que su historia, especialmente en los últimos años, tenía muy poco de ejemplar y edificante. Pero ni la había falseado para conseguir que Krepps le diera un empleo ni en ningún instante pretendió pasar a sus ojos como mejor de lo que era.

—No fui yo, en fin de cuentas, quien vino en su busca, sino usted el que me buscó a mí. Más aún: cuando exigí unas aclaraciones respecto a mi labor futura y no las obtuve, traté de marcharme. Me quedé, bien en contra de mi voluntad, por imposición suya y porque desobedecerle podía costarme ir a la silla eléctrica.

—Irás a ella en cuanto compruebe que intentas traicionarme —afirmó, tajante, Henry—. Procura no olvidar que dispongo de pruebas que bastarían para condenarte.

—Porque no lo olvido tengo buen cuidado de no hacer, decir ni pensar siquiera nada que pueda perjudicarle —replicó Shore—. Por eso precisamente me duele y molesta su desconfianza. Comprendería que dudase de mí, si hubiera intrigado para que me confiase un puesto a su lado; pero no cuando hice lo posible por eludir todo contacto con usted y

sus empresas.

El argumento tenía indudable fuerza. Tanta, que debía resultar suficiente para disipar de golpe todos los recelos de Krepps y Byrne. Este último, sin embargo, parecía más reacio incluso que su jefe a depositar la menor confianza en Shore, e insistió en cómo Bill había eludido su internamiento en una clínica para sufrir una cura de desintoxicación luego del accidente de Denver.

—Por dos razones —replicó el interesado—. La primera, que resulté herido también, y me mandaron al mismo sanatorio que los demás lesionados. La segunda, que los médicos se equivocaron al diagnosticar mi estado. Comprobaron que no me hallaba en condiciones normales al estrellar el avión; pero, no sospechando que fuese morfinómano, insinuaron que me hallaba bajo la influencia del alcohol.

Se vio en situación apurada, amenazado por un proceso de tipo criminal. Al final se arreglaron las cosas, porque a la empresa para la que trabajaba le interesaba echar tierra al accidente, y la vista de la causa contra el piloto del avión hubiera resultado la más indeseable de las propagandas. Todo quedó reducido a dejarle en la calle y a informar al resto de las compañías aéreas en forma que ninguna quisiera ni oír hablar siquiera de William N. Shore.

—«Okay», amigo —dijo, al cabo, Henry S. Krepps, vencido por la lógica de su interlocutor—. Seguirás como hasta aquí. Pero ¡cuidado! Nadie ha conseguido engañarme hasta ahora, y no vas a ser tú el primero. Hay cien ojos que te vigilan a todas horas y en todas partes. Si se te ocurriese jugar con dos barajas... ¡Bueno; lo mejor es que no lo pienses, si tienes la piel en el menor aprecio!

Shore salió a la calle con la sensación de haber superado un grave peligro. Sin embargo, no cabía hacerse excesivas ilusiones. Aunque Krepps parecía convencido de su sinceridad, no por ello dejaría de vigilarle. Tendría que andar con pies de plomo y reconocer con cuidado el terreno antes de dar un solo paso, si no quería caer de nuevo en alguna trampa.

Apenas vuelto al hotel, le llamaron por teléfono. Reconoció en el acto la voz de Terry. La muchacha le hablaba en tono de afectuosa cordialidad, y la invitaba a ir en su busca para cenar juntos.

—Gracias —rechazó Bill, dominando con un esfuerzo su primer impulso de aceptar, complacido—. Recuerdo demasiado lo que ocurrió la vez que lo hicimos para desear que se repita.

—Las circunstancias son diferentes —afirmó la joven—, y no ocurriría nada de lo que teme. Puedo asegurarle, por el contrario, que pasaría unas horas inolvidables.

—La perspectiva es encantadora —repuso Shore, irónico—; pero quizá la realidad no correspondiese a mis esperanzas. Prefiero la duda a la

desilusión. Dígaselo así a quién le mandó llamarme.

—¿Supone que Krepps me ordenó telefonearle?

—Ni lo supongo ni me interesa averiguarlo. ¿No recuerda haberme dicho que la curiosidad podía ser peligrosa? Pues prefiero ahorrarme riesgos, curándome desde ahora de toda clase de curiosidades.

Cortó bruscamente la comunicación, temeroso de que el deseo de ver a la joven, cuya belleza esplendorosa había hecho en su ánimo un efecto mucho mayor del que a sí mismo quería confesarse, debilitase su prudente determinación. Hizo más aún: darse prisa en abandonar el hotel, por si a Terry se le ocurría acudir personalmente a buscarle.

Pensó en meterse en cualquier cabina telefónica para llamar de nuevo a Irving. Desistió al advertir que un par de individuos, que se relevaban cada cierto tiempo, seguían con molesta insistencia sus pasos. Era indudable que el «boss» le tenía sometido a una estrecha vigilancia. Sería difícil que, de llamar a McCormick, descubriesen con quién hablaba. Pero era seguro que Krepps y Byrne sabrían a las pocas horas que había estado conferenciando con alguien, y tendría que dar unas difíciles explicaciones; doblemente dificultosas, cuando el hecho de que no hiciera la llamada desde el Gulf Hotel ya constituiría un poderoso indicio en contra suya.

Prefirió, pues, meterse en una biblioteca pública y pedir los periódicos locales de los dos últimos meses, aunque con el rabillo del ojo pudo ver cómo uno de sus seguidores tomaban asiento a una mesa inmediata y, mientras aparentaba enfrascarse en la lectura de un libro voluminoso, no le perdía de vista un solo segundo.

Shore no tuvo dificultad alguna en hallar lo que buscaba. Los diarios habían informado ampliamente a sus lectores del asesinato de Stuart McGarry, relatando con todo detalle las circunstancias que rodeaban su muerte. El cadáver fue hallado por uno de los camareros del Park Hotel donde se hospedaba, en la mañana del 30 de marzo. Según el dictamen de la autopsia, debió fallecer entre las tres y las cuatro de la madrugada anterior, a consecuencia de un balazo que le atravesaba el corazón. Por desgracia, nadie oyó el disparo; el criminal parecía haber entrado y salido sin ser visto, y el suceso no se descubrió hasta mucho después, con lo que tuvo tiempo sobrado para poner tierra por en medio.

No existían dudas respecto a las causas del suceso. De la habitación había desaparecido un maletín de cuero conteniendo veinte mil dólares en billetes de distintas clases y algunas alhajas de precio. Los dólares eran el pago de una transacción comercial realizada la víspera. Un caballero —cuyo nombre silenciaban los reporteros, si bien insistían en su acrisolada honradez y absoluta solvencia— dio cuenta a las autoridades de haber entregado dicha suma a míster McGarry a las pocas horas de aterrizar el avión que trajo desde Saint Louis al joyero.

—Habíamos convenido por teléfono la operación, igual que convinimos otras muchas en los meses pasados —declaró, espontáneamente, ante la Policía—. Hombre chapado a la antigua, Stuart desdénaba los cheques, y prefería cobrar siempre en billetes. Saqué el dinero a última hora de la mañana de mi cuenta corriente en el Creole Bank.

La Policía no solo confirmó aquel extremo, sino que consiguió la numeración de algunos —aunque no muchos, por desgracia— de los billetes. Eran escasas las esperanzas de que los billetes pudiesen conducir al descubrimiento y detención del autor del crimen; pero, a falta de nada mejor, los agentes de la Brigada de Homicidios seguían con afán aquella pista.

En los días que siguieron, los periódicos continuaron ocupándose del suceso, si bien con menor extensión cada vez. A la semana, apenas si lo mencionaban ya, atraída la atención popular por otras informaciones. No fue mucho, en conjunto, lo que publicaron respecto a la vida y actividades del joyero asesinado; así, por lo menos, hubo de pensarlo Shore, si bien, en su juicio, influía su estrecha e inesperada relación con el crimen. Los periódicos se limitaron a consignar que Stuart McGarry gozaba de una desahogada posición económica, que la sede central de sus negocios se encuentra en Saint Louis, con sucursales en casi todas las ciudades importantes de Middle West, y que estaba especializado en la compra y venta de objetos de oro. «Entre sus clientes asiduos —afirmaba el “Louisiana Herald”— figuraban buen número de odontólogos y protésicos, a los que proporcionaba con frecuencia las cantidades de oro que precisaban para su labor».

Bill leyó una y otra vez el párrafo transcrito, hasta que se lo aprendió de memoria. Era posible que no tuviese importancia alguna, pero se le antojaba extraordinariamente significativo. Para creerlo así tenía presentes dos hechos: que, según Irving McCormick, era el contrabando de oro el más lucrativo de los turbios negocios de Henry S. Krepps y sus asociados, y que aquel mismo individuo, que, en opinión de Byrne, era un agente especial del F. B. I., se dedicaba a visitar dentistas, haciéndose pasar por viajante de una casa de aparatos de prótesis bucal.

¿Sería el fallecido McGarry uno de los proveedores de buena fe, que hubiese llegado a sospechar las poco lícitas actividades de Krepps, y al que este decidiera suprimir para impedir una denuncia? Cabía en lo posible. Aunque los periódicos no daban el nombre de la persona que entregó al joyero los veinte mil dólares desaparecidos después de su muerte, a Bill no le cabía duda alguna acerca de su identidad. Los billetes que hizo llegar a sus manos por mediación de Terry, a fin de poderle presentar como culpable del crimen, hacían imposible la menor vacilación.

De buena gana hubiese vuelto al hotel para rumiar a solas sus

pensamientos; mejor aún, habría buscado a Irving, para pedirle algunas explicaciones de lo que le dijo por teléfono. No hizo ninguna de las dos cosas, sin embargo. Retirarse a descansar a una hora totalmente desacostumbrada para él, resultaría sospechoso para Krepps; tratar de hablar con McCormick podía encerrar graves peligros para ambos.

Acabó por lanzarse a recorrer los numerosos clubs nocturnos de Levee y Decatur Streets, a lo largo de los muelles del Mississippi. Esperaba hallar en cualquiera de ellos a Harold N. Bernard, y aunque tendría el mayor cuidado en no hablarle de la desgraciada Virgilia ni repetir sus manifestaciones, quizá consiguiera sacarle algo de relativo interés.

Necesitó penetrar en diez «cabarets» distintos y perder más de tres horas, pero al final se realizaron plenamente sus esperanzas. Cuando, pasadas las once de la noche y con aspecto de haber bebido más de lo que convenía a la claridad de su mente hizo su entrada en la Dew Drop Inn, empezó a encontrarse conocidos, a los que difícilmente podía calificar de amigos.

—Adelante, muchacho —le dijo el teniente Kinsley con el que se cruzó en la puerta—. Sigue jugando con fuego hasta que te quemes las manos. ¡Palabra que no seré yo quien lo lamente!

Posiblemente, Shore habría dado media vuelta renunciando a su visita a la Dew Drop Inn, de no ser porque el teniente abandonaba el lugar en aquel instante y Bill sentía vehementes deseos de perderlo de vista cuanto antes.

En la sala de fiestas, y en una mesa cercana a la pista por dónde desfilaban las atracciones, distinguió a Harold N. Bernard. El agente artístico parecía muy interesado en las evoluciones de unas cuantas muchachas, cuyo arte como bailarinas estaban cien codos por debajo de sus encantos físicos, que no tenían el menos cuidado en recatar.

Bernard levantó la cabeza cuando se detuvo a su lado y le invitó a sentarse con un gesto. Shore obedeció. Desentendiéndose por completo del recién llegado, el agente continuó poniendo toda su atención en las evoluciones de las chicas. Cuando el número llegó a su final y las muchachas fueron despedidas con unos tibios aplausos, Bill rompió el embarazoso silencio para preguntar con una sonrisa, bobalicona e ingenua:

—¿Piensa contratarlas, amigo?

—Lo dudo —repuso Bernard, displicente—, porque no son ningún prodigio artístico.

—¡Bah! —rio Shore, burlón—. Tienen belleza, que vale más que el arte. Sobre todo allá abajo...

Harold dio un pequeño respingo y se le quedó mirando con repentina preocupación. Un momento vaciló acerca de lo que había insinuado; luego, deseando salir de dudas, inquirió, frunciendo el ceño:

—¿Qué pretende dar a entender?

—Que en Cuba sienten debilidad por las chicas bonitas, y estas son tan guapas como las integrantes del «ballet» del otro día. ¿No se lo parecen a usted?

—Es posible —repuso Bernard, pensativo; luego, asaltado por un pensamiento que nada tenía de agradable a juzgar por su gesto, tornó a preguntar—: ¿Le han dicho algo Byrne o míster Krepps?

El rostro de Bill exteriorizó un estupor que estaba muy lejos de sentir. Le hubiese gustado responder afirmativamente y sonsacar cuanto fuera posible al agente artístico. Pero pisaba un terreno resbaladizo y optó por no arriesgarse sin necesidad.

—¿Por qué me iba a hablar ninguno de los dos de las chicas del «ballet»? —contestó, simulando una total incomprensión.

—Por nada —respondió Harold, con un suspiro de alivio—. Supuse que al ver a las chicas le picó la curiosidad y empezó a preguntar dónde iban y quiénes eran, metiéndose en lo que no le importaba.

—Se equivoca de medio a medio, Bernard —afirmó, rotundo, Shore—. Soy el primero en reconocer mis múltiples defectos; pero entre ellos no figura la curiosidad. Jamás meto las narices en los asuntos —de los demás.

—Es lo más prudente cuando uno no quiere perderlas —aprobó el agente artístico, dándole una palmada amistosa en la espalda.

Cambió de tema, hablando de los vuelos entre Nueva Orleans y La Habana, y felicitando a Bill por su pericia como piloto. Había hecho muchas veces el viaje entre ambas ciudades, y pocas con mayor rapidez y comodidad que en las dos ocasiones en que Shore manejó el aparato en que iba. Luego, y mientras apuraban una botella de champán que un camarero se apresuró a traerle ante una leve seña, se refirió a los encantos de Cuba y de la vida nocturna en su capital.

—Es algo incomparable y maravilloso —añadió—, pero conviene tener cuidado. A los cubanos les gustan las bebidas fuertes, y si uno quiere imitarles pierde la cabeza sin darse cuenta.

Habilidosamente fue derivando la charla hasta hablar, con aparente indiferencia, de la pelea de Bill en La Manigua. Afirmaba haber oído algo, pero no estar enterado de las causas del incidente. ¿Por qué había arremetido Shore contra unos policías?

—¡Cualquiera lo sabe! —repuso su interlocutor, encogiéndose de hombros—. Estaba tan bebido que no me enteré de nada hasta el día siguiente. Dijeron que quiso besar a una negra, pero...

—¿No era cierto? —inquirió, sin poder ocultar su interés, Bernard.

—Seguro que sí. No recuerdo lo que ocurrió, desde luego. Pero ¿por qué iba a pelearme con la gente si no conocía a nadie que pudiera importarme lo más mínimo?

Las palabras de Shore parecieron satisfacer plenamente a su

interlocutor. El agente artístico se mostró más contento y efusivo a partir de aquel instante, y Bill no tuvo motivos para lamentar su disimulo. Se alegró mucho de no haberse pasado de la raya cuando poco después Byrne y Terry vinieron a sentarse a su mesa.

—Pasábamos por aquí y decidimos entrar —explicó Ivor—. No esperábamos tener la suerte de encontrarlos.

Shore tuvo la seguridad de que mentía. Minutos antes había visto a uno de los individuos que le seguían por orden de Krepps entrar en una de las cabinas telefónicas. Byrne y la chica acudían para enterarse de lo que hablaba con Harold.

La sospecha tuvo plena confirmación sin excesivas demoras. Bernard había sacado a bailar a Terry; Ivor y Bill quedaron solos en la mesa, y el primero preguntó sin andarse en rodeos:

—¿Por qué has buscado a Harold y qué tenías que hablar con él?

Bill negó que hubiese ido allí en busca del agente artístico. Le encontró por casualidad en la Dew Drop Inn, uno de los muchos «cabarets» que había recorrido aquella noche. No tenía nada especial que decirle y habían charlado de muchas cosas, aunque ninguna de importancia.

—¿No hablasteis de tu pelea de la otra noche en La Habana? —insistió Byrne, desconfiado.

Con todo cuidado, Shore puntualizó cuanto había dicho en relación con el incidente, haciendo resaltar que no fue él, sino Harold, quien planteó la cuestión. Ivor pareció satisfecho.

—Empiezas a ver lo que te conviene, Bill. Continúa por ese camino y te evitarás complicaciones y disgustos.

—¿A qué te refieres? —inquirió Shore, fingiendo no entender el significado del consejo.

—De sobra lo sabes. Hay gentes con las que resulta peligroso hablar, aunque sea por teléfono. Y otras cuyas invitaciones, por mucho que nos halaguen, debemos rechazar si verdaderamente nos interesa llegar a viejos.

Comprendió perfectamente a quién aludía. Irving McCormick constituía para Byrne y el «boss» la máxima preocupación. Y Terry actuaba de perfecto acuerdo con Krepps para poner a prueba su lealtad. Tendría que extremar las precauciones en adelante, sobre todo con la chica.

—Ya viste los periódicos —añadió Ivor, sin levantar la voz ni mirarle siquiera—. Si descubren que tenías alguno de los billetes de Stuart no habrá salvación para ti. Procura que el jefe no necesite presentar las pruebas que posee.

La vuelta de Terry y Bernard al concluir la pieza interrumpió su charla. Cuando volvió a tocar la orquesta, la muchacha quiso que Byrne la sacase a bailar, pero Ivor se apresuró a ceder el honor a Bill. Shore aceptó, comprendiendo que el otro deseaba hablar a solas con Harold,

probablemente para corroborar sus manifestaciones.

—Observé que charlaba muy entusiasmada con Bernard —dijo Shore, irónico, cuando llevaban dos minutos bailando—. Supongo que le convenció para que la contratase y que en el próximo viaje a La Habana...

—No —le interrumpió, enérgica, la muchacha—. Ni me interesa que Bernard me contrate ni desearía en modo alguno hacer un viaje a La Habana.

—¿No le gusta Cuba?

—Me disgusta la suerte de las desgraciadas que creen en las promesas de ese miserable —afirmó, con rabia, la joven—. Por nada del mundo quisiera ser una de ellas.

—Sin embargo, el arte tiene sus compensaciones, que...

—¿El arte? —y Terry acompañó la exclamación de una risita dolorida—. Pero ¿se figura que lo que hacen tiene nada que ver con el arte? ¡No disimule conmigo, Shore. A menos que sea mucho más tonto de lo que parece, tiene que saberlo ya todo. ¿No conoce aún para qué saca Harold de América a las muchachas?

—No —afirmó Bill, sin querer traslucir la extensión de sus conocimientos en la materia—. Si Byrne o Krepps le dieron el encargo de sonsacarme...

—Si me oyesen en este momento —replicó la joven, con amargura—, mi vida no sería muy larga. Estoy hablando sinceramente, aunque usted no me crea. Pero voy a decirle algo más: si estoy al servicio de esos canallas es por culpa personal y directa de Bernard.

—La prometió algún contrato fabuloso, ¿no?

—Se lo prometió a mi hermana, que aceptó ilusionada y tomó un avión para Haití, convencida de dar el primer paso hacia la fortuna y la fama. La verdad es que fue a parar donde tantas otras. Quiero salvarla, naturalmente, y hace un año que trato de dar con ella Sé que vive, pero es prácticamente todo lo que sé. A cambio de que guardara silencio y colaborase con él, Krepps se comprometió a traerla sana y libre a Nueva Orleans. Pero...

—¿No cumple su palabra?

—Siempre tiene un pretexto a mano para retrasar su cumplimiento —respondió Terry, cuya voz temblaba ligeramente—. Cuando me encargó que le llevase a cenar dijo que sería mi último trabajo y Suzy estaría a mi lado veinticuatro horas después. Han transcurrido diez días y todo continúa igual.

A Shore le impresionó el relato de la muchacha. Podía ser cierto que se hubiera prestado a obedecer a Henry con la esperanza de rescatar a su hermana del infierno en que una partida de miserables la había sepultado. Pero también podía serlo que se hubiese inventado toda la historia para engañarle con fines que no acertaba a comprender.

—Si destruyeron la vida de su hermana y no han cumplido ninguna de

sus promesas —replicó, cauteloso—, ¿por qué continúa sirviéndoles?

Terry protestó con vehemencia. Seguía al lado de Krepps y sus secuaces, pero solo para descubrir todo lo vergonzoso de su actuación y conseguir las pruebas precisas para que sufrieran el peso de la Justicia. La mejor demostración de lo que afirmaba estaba en el hecho mismo de que hablase a Bill en la forma que lo hacía.

—Un poco raro es eso —gruñó Shore, sintiendo acentuarse su desconfianza—. ¿Olvida que soy piloto de la Oversea y que sería el primero en ir a presidio si a Byrne o Krepps les sucediera algo?

—Sé perfectamente quién es usted —repuso la joven—. Hace días pudo engañarme, haciéndose pasar por un pobre diablo con la voluntad destrozada por las drogas. Hoy conozco la verdad. Odia la morfina tanto como yo, y su verdadera finalidad al dejarse detener y apalear por Kinsley...

—¿Quién le ha contado esa fantasía? —la interrumpió Shore, sin poder dominar un ligero estremecimiento.

—Quien tiene motivos sobrados para saberlo: Irving McCormick.

Una sonrisa despectiva contrajo los labios de Bill. Terry era inteligente y habilidosa, pero descubría su juego al pasarse de la raya. El hombre de Irving se le antojó significativo y revelador en aquel instante. Indudablemente la chica cumplía al pie de la letra las instrucciones de Krepps. No estaban seguros, pese a cuanto dijeran, de quién era McCormick y de la naturaleza de sus relaciones con Shore. Fracasados al interrogarle directamente, trataban de que la muchacha le sacase con astucia la verdad. Pero no era tan ingenuo como para caer en la trampa.

—Irving sabe muy poco de mí —respondió, desdeñoso—. No crea nada de lo que le haya dicho, si es que llegó a verle, cosa que dudo mucho. Cuanto pudiera decirle acerca de mis andanzas nada tendría que ver con la verdad.

—¿Es que no me cree? —preguntó, desolada, Terry.

—Supongo que no le sorprenderá, ¿verdad? Tuve una vez la debilidad de creerla y no me dejó muy buenos recuerdos. Pero —añadió, con una brusca transición— puede decir a míster Krepps algo que le tranquilizará bastante: si a él le preocupa McCormick, a mí me tiene total y absolutamente sin cuidado.

Silenciosa durante el minuto siguiente, la muchacha pareció hundida en profundas meditaciones, buscando un procedimiento para convencer a Shore de la sinceridad de sus palabras. Al final, cuando la orquesta, concluida la pieza que interpretaba, dejó de tocar, debió encontrar lo que buscaba.

—Hay un medio de que salga fácilmente de dudas —afirmó—. ¡Hable con Irving! El podrá decirle quién soy y lo que pretendo. Sé que le ha

llamado varias veces al Gulf en las últimas horas. Me dio un encargo por si tenía más suerte y conseguía verle: necesita comunicarle algo urgente de extraordinaria importancia, y ha de ser esta misma noche, porque mañana pudiera resultar tarde.

—Para mí no hay nada más urgente por el momento que sentarme —respondió Bill, sin hacer el menor caso de las palabras de la muchacha, y echando a andar hacia la mesa ocupada por Ivor y Harold.

—¡Véale, por favor! —suplicó a su lado la voz angustiada de la joven—. Me indicó que insistiera de encontrarle, y...

—No pierda el tiempo conmigo, Terry —la atajó, despectivo, Bill—. Por bien que finja no conseguirá equivocarme.

La joven trató de decir algo, pero calló, porque estaban al lado de Byrne y tuvo miedo de que la oyese. Todos juntos bebieron y charlaron un rato; Ivor puso término a la reunión, indicando a Shore:

—Debías irte a dormir, Bill. Te conviene descansar por si mañana tenemos que volar otra vez.

Como eran más de las doce, había dormido mal la víspera y nada tenía que hacer allí, resolvió seguir el consejo. Los otros decidieron quedarse. Al estrechar la mano de Terry, la muchacha le pidió con un hilillo de voz:

—¡No deje de buscar a Irving!

Cuando encontró un taxi libre, que tomó para dirigirse al Gulf, pudo ver que un coche oscuro, tripulado por dos de los individuos que le habían seguido en las últimas horas, iba detrás.

—Pese a todas las seguridades —se dijo, sonriente y burlón—. Krepps no descuida las precauciones.

Se metió en su habitación dispuesto a no moverse de ella hasta el día siguiente. Tampoco utilizaría el teléfono para nada importante, porque le constaba de una manera positiva que en la centralilla había siempre un amigo de Byrne tomando buena nota de cuanto se hablaba. Que Terry le llamase a la hora de su regreso y que hablase con bastante desembarazo, pese a que la línea podía estar intervenida, fue un motivo más para desconfiar de la joven.

—No puedo hablarle más que un minuto —dijo la muchacha—. ¡Por lo que más quiera, busque esta misma noche a quién le dije! Es asunto de trascendencia vital. ¡No lo deje para mañana!

A Bill le hubiese convencido la insistencia de la joven de no tener la plena seguridad que actuaba de perfecto acuerdo con Krepps. El «boss» estaba poniendo a prueba su lealtad, y la chica era el instrumento de que se servía. Bastaría que fuese en busca de McCormick, que le telefonease siquiera en el transcurso de la noche, para que Henry diera por seguro que jugaba con dos barajas y pusiera el máximo empeño en hacerle perder con las dos. Por otro lado, Irving no insinuó siquiera la necesidad de verle

cuando hablaron a primera hora de la tarde ni había intentado salir a su encuentro con posterioridad. Cabía, naturalmente, que alguna circunstancia imprevista le indujera a desear verle. Pero ¿iba a utilizar para comunicárselo precisamente a Terry? La respuesta solo podía ser una y bastó para que Shore, desoyendo las peticiones de la muchacha, se metiese tranquilamente en la cama.

Una vez acostado, sin embargo, empezó a inquietarle la posibilidad de haber cometido un grave error. Estaba seguro de que Terry era una magnífica comediente, pero en la Dew Drop Inn se había expresado en tal forma que le costaba trabajo creer que estuviera representando una farsa. La historia de aquella Suzy tenía todas las apariencias de un cuento inventado apresuradamente para ganarse su confianza. No obstante, ¿no podría haber un fondo de verdad? Bernard realizaba el más canallesco e indigno de los tráficos, con la probable complicidad de Byrne, Krepps y Rosenfield. En este punto no era admisible duda de ninguna clase, luego de oír a la desgraciada Virgilia. ¿Por qué no podía contarse entre sus víctimas una hermana de Terence? Y ¿con qué argumentos lógicos rechazar de plano la hipótesis de que la muchacha, desengañada de las promesas de Henry, hubiese acudido a McCormick deseosa de vengarse de aquella partida de miserables?

La duda comenzó a atormentarle mientras daba vueltas y más vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño. Había procedido con prudencia al desdeñar los consejos de Terry, apresurándose a buscar a Irving.

Pero quizá había exagerado la nota, y la prudencia de que se ufanaba no pasaba de ser un disfraz de la cobardía. Aunque otra cosa se dijera a sí mismo, ¿no había sido el miedo, luego de las advertencias de Krepps e Ivor, lo que le impidió ponerse en contacto de nuevo con McCormick? Ploras enteras, con el pensamiento girando en un círculo vicioso, no le permitieron contestar de una manera segura y firme. Al final creyó encontrar una solución salvadora:

—Mañana hablaré con Irving y despejaré de golpe todos los enigmas.

Pero se durmió cuando las primeras luces del alba barrían las sombras de la noche, y no abrió los ojos hasta que Ivor Byrne se presentó a buscarle mediada ya la mañana.

—No pierdas tiempo ni siquiera en afeitarte —le apremió—. Vístete rápido. Hemos de salir antes de una hora.

Le estuvo metiendo prisa, sin apartarse un solo minuto de su lado. A medias palabras dio a entender que se trataba de un viaje muy urgente, y que míster Krepps no les perdonaría que no fuesen capaces de llegar a La Habana en las primeras horas de la tarde.

—Si no arribásemos hasta el anochecer —afirmó—, lo mejor para los dos sería que no volviéramos a poner los pies en Nueva Orleans.

Tenían que llegar con tiempo sobrado para que algún viajero y parte del

cargamento que llevaran pudiera salir en un buque que zarpaba de las costas cubanas con rumbo a Europa en las primeras horas de la noche. Exigían de Bill que sacase el máximo rendimiento a un aparato viejo y anticuado. Pero no podría quejarse de responder como esperaban.

—Recibirás mil dólares y tendrás toda la noche libre para divertirte como quieras, sin vigilancias ni mediatizaciones. ¿Entendido?

Shore tuvo que dar su asentimiento porque no le quedaba otro remedio. Sintió mucho no poder telefonar a Irving, pero habría sido suicida con Byrne convertido en su sombra. Por fortuna, estarían de vuelta al día siguiente. Y podría aprovechar el tiempo haciendo algunas averiguaciones en La Habana.

Como en ocasiones anteriores, el avión estaba preparado para el despegue cuando llegaron al aeródromo. Los mecánicos de la Oversea repitieron una vez más que no tenía que preocuparse de nada, porque se habían cuidado de revisar el motor y de llenar los depósitos. La sorpresa para Bill —aunque solo relativa— fue descubrir que el único pasajero era Ward L. Rosenfield, director nominal de la compañía aérea, y que su equipaje no pasaba de una maleta de regulares dimensiones.

Tuvieron un tiempo espléndido y pudieron volar en línea recta sin el menor contratiempo y a una velocidad que superaba todas las previsiones. Tan solo cuando ya estaban sobre Rancho Boyeros experimentó el piloto una gran alarma al advertir que los motores empezaban a fallar. Byrne, que iba sentado a su lado en la cabina, le tranquilizó con una sonrisa.

—No te preocupes, muchacho. Nos falta gasolina, pero por suerte cuando ya no la necesitamos.

—Si los depósitos estaban llenos a la salida —replicó Shore—, debía quedarnos esencia sobrada para volar otras quinientas millas.

—Estaban llenos, desde luego —afirmó Ivor, sin ocultar su satisfacción—, pero quizá de algo que valía cien veces más que la nafta.

—¿De qué? —preguntó Bill, asombrado.

—Lo que sea —contestó su acompañante— es cuenta mía y no tuya. Tu labor se reducía a traer el aparato hasta aquí. Si hemos llegado y vas a recibir no mil, sino dos mil dólares, ¿qué puede importarte?

Comprendió la inutilidad de preguntar nada y guardó silencio mientras tomaron tierra y durante los breves minutos que permaneció en el aeropuerto. Apenas descendieron del avión, Byrne le entregó el dinero prometido y le indicó que debía marchar solo a La Habana.

—Rosenfield y yo nos quedamos, porque tenemos algo urgente que hacer. Nos hospedaremos en el hotel de siempre, pero posiblemente no nos veas hasta la mañana. Por la noche puedes hacer lo que te parezca.

Bill procuró aprovechar la libertad en que le dejaban, si bien tomó todas las precauciones imaginables. No le importó que le viesan bebiendo y

bailando durante buena parte de la noche en los clubs nocturnos más famosos de la capital cubana en la grata compañía de varias muchachas tan alegres como despreocupadas. Pero con largos intervalos entre sí efectuó tres llamadas telefónicas distintas y desapareció misteriosamente de la circulación durante una hora entera, entre las diez y las once de la noche.

Aquella hora la empleó íntegramente en hablar con dos caballeros en un hotelito discreto del barrio residencial del Vedado. Hubiera sido difícil que nadie le siguiera a la ida o a la vuelta; por lo menos él tuvo la seguridad después de que si alguien le vigilaba, como era probable, no acertaría a explicarse nunca dónde estuvo durante aquellos sesenta minutos.

De los dos caballeros con quienes habló, uno era americano, si bien lo tostado de su tez y la frecuencia con que intercalaba giros y expresiones castellanas en su charla indicaba una larga permanencia en las Antillas. El otro, de mediana edad y estatura, gesto tranquilo y pausados ademanes, podía ser tomado por un hombre inofensivo; pero los pocos que conocían su historia a fondo sabían que constituía la mayor amenaza contra los traficantes sin conciencia que se enriquecían con los sufrimientos y la desgracia de sus víctimas. Español de origen, cubano de nacimiento, ocupaba un cargo destacado en la Policía habanera, pese a que la mayoría lo ignoraba y su nombre aparecía muy raramente en los periódicos.

—El contrabando de oro —dijo el americano, tras es cuchar un rato a Shore y respondiendo a sus preguntas— constituye un magnífico negocio. El precio oficial en los Estados Unidos es de treinta y cinco dólares la onza. A ese precio se puede adquirir cuanto se quiera, siempre que se disponga de una licencia que obtienen sin la menor dificultad los que lo necesitan para sus actividades, como joyeros, orfebres, dentistas, etcétera. Incluso cualquier particular puede comprar libremente hasta treinta onzas. Fuera de América, especialmente en los países de moneda inestable o amenazados por la posibilidad de una revolución o de una guerra, el oro alcanza en el mercado negro —que no falta en ninguna parte— un precio de cincuenta, sesenta y hasta setenta dólares la onza.

La exportación de oro estaba severamente prohibida, pero no dejaba de realizarse. Había siempre quien estaba dispuesto a correr cualquier riesgo porque los beneficios ofrecían una compensación más que sobrada. Una libra de aquel metal comprada en América y vendida en Francia, Italia, Alemania y hasta en la misma Inglaterra dejaba una ganancia neta de trescientos a quinientos dólares. Un millar de libras bastaba para enriquecer a un traficante ambicioso.

—¡Y son muchos millares las que a diario salen clandestinamente de nuestro país con rumbo a Europa, Sudamérica, Oceanía e incluso Asia y África! Un cálculo moderado efectuado por un organismo internacional indica que los contrabandistas de oro se embolsan alrededor de doscientos

millones anuales.

Indudablemente, el oro figuraba en primera línea entre los turbios negocios de Krepps y de sus secuaces. La Oversea, con sus viejos aparatos y sus frecuentes vuelos entre Nueva Orleans y Miami, de un lado, y Cuba, Haití, Puerto Rico y Jamaica del otro, les proporcionaba el método más cómodo y sencillo para realizar el contrabando. Sacar el preciado metal de los Estados Unidos constituía el principal escollo, fácilmente salvado con el arreglo de los anticuados «B-29», algunas de cuyas piezas accesorias se fundían en oro y eran sustituidas en el aeropuerto antillano en que tomaban tierra.

—Si es cierto lo que supone y nos ha dicho —concluyó el americano—, cada uno de los viajes sirve para sacar entre mil y dos mil libras de oro de contrabando.

El caballero cubano, que había escuchado en silencio, si bien asintiendo con repetidos movimientos de cabeza, habló entonces para mostrarse por entero conforme con lo manifestado por su colega, pero esencialmente para responder con amplitud y sin reservas a unas cuantas preguntas que Shore le había dirigido. Era muy probable, admitió, que Irving McCormick tuviese razón y que, aparte del oro, Krepps realizase otro contrabando más vergonzoso y denigrante. Muchas chicas americanas se hundían en un abismo insondable alucinadas por fabulosos contratos artísticos que les ofrecían una partida de miserables.

—Al salir de Norteamérica creen ir directamente a la gloria; cuando llegan a su punto de destino se encuentran en el infierno. Protestan y se rebelan muchas veces, pero casi ninguna consigue salvarse.

Expuso con crudeza los métodos de que se valían sus explotadores, las complicidades de que gozaban y la dificultad para hacerlos pagar legalmente sus terribles culpas. Por último abordó el punto concreto que más interesaba a su interlocutor.

—Hace catorce meses llegó a La Habana una muchacha llamada, en efecto, Susanne Lofthouse. Procedía de Nueva Orleans y vino en un aparato de la Oversea Airways. Debía traer su documentación en regla, por cuanto las autoridades del aeropuerto se limitaron a consignar su nombre en la lista de pasajeros del día.

—¿Qué ha sido de ella? —pregunto, interesado, Bill.

El caballero cubano no estaba en condiciones de dar una respuesta concreta y exacta. Carecía de información respecto a, la suerte que hubiese podido correr. Desde luego no parecía haber actuado en ningún teatro, sala de fiestas o club nocturno. Tan solo había algo confuso y vago que podía referirse a ella. Siete u ocho semanas atrás una alborotadora fue detenida en las inmediaciones del Consulado americano de Santiago.

—Afirmaba llamarse Suzy y haber sido traída con engaños a Cuba.

Pero aparecía fichada como Juana Ruiz, portorriqueña de nacimiento y de vida poco recomendable. Armó un escándalo cuando no la dejaron entrar en el Consulado, agredió a cuantos se le pusieron por delante y terminó en la Comisaría.

Shore se estremeció al escucharle, recordando lo que Virgilia Sherwood le había dicho en su viaje anterior.

Apresuradamente repitió lo que la pobre chica le contó en La Manigua y su desgraciado final a las pocas horas.

—Es una coincidencia extraña y sorprendente —comentó, pensativo, su interlocutor—, porque también la pretendida Suzy murió a los cuatro días del escándalo. ¡Y no parecen muy claras las causas de su defunción...!



TODOS COLECCIONAN LOS CROMOS DEL

F. B. I.

que presentan la perfecta organización policiaca del
Federal Bureau of Investigation.

¡ADQUIRID EN LOS BUENOS QUIOSCOS

SOBRES — con tres cromos — por 30 céntimos!

VI

REMORDIMIENTOS



ONABA el timbre del teléfono cuando llegó a su habitación del Gulf Hotel en Nueva Orleans, de regreso de su tercer viaje a La Habana. Al descolgar el auricular oyó la voz nerviosa y apremiante de Terence Lofthouse:

—¡Creí que no llegaba nunca, Shore! Llevo una hora llamándole y estaba desesperada.

—¿Quiere decirme lo que le ocurre?

—Su amigo le necesita. ¡No pierda un solo segundo en correr a su lado! Tanto él como usted se encuentran en un grave peligro, y cada minuto que pasa disminuyen las posibilidades de salvación. Si duda de mí...

—No dudo ya, Terry —repuso Bill, a quién lo averiguado en Cuba respecto a Suzy había inspirado una gran confianza en la muchacha—. Me sorprende que me llame aquí.

—¿Por qué pueden estar escuchando? ¡Es igual ya!

Lo único que importa es ganar tiempo e impedir que él y usted...

Shore cortó la comunicación y echó a andar. Si McCormick corría peligro y Terry había desdeñado los riesgos de una llamada telefónica, no podía permanecer allí cruzado de brazos. Era posible que su excesiva prudencia de dos noches antes hubiese empeorado las cosas; no quería aumentar su propia responsabilidad con una inhibición que cualquiera podría calificar de cobardía sin apartarse demasiado de la verdad.

Un minuto después cruzaba con paso rápido el vestíbulo del hotel y

salía a la calle. Una décima de segundo le preocupó la posibilidad de que Rosenfield, que le había traído en su coche, estuviese allí todavía. Por fortuna, el coche y su conductor habían desaparecido. Encontró un taxi en la esquina y lo tomó de un salto, dando al chofer la dirección deseada. Fue casi todo el camino mirando por la ventanilla posterior, y advirtió, satisfecho, que nadie le seguía.

Despidió el taxi a la entrada de Levee Street y fue caminando con paso rápido hasta el número treinta y siete. Era una vieja casa de vecindad, con cinco plantas y huellas claras de los estragos dejados por el paso de los años. En los límites del French Quarter. Levee Street no tenía ni el encanto del barrio cercano ni la animación bulliciosa de la parte moderna de la ciudad. Era una callejuela céntrica que parecía haber quedado olvidada, arrinconada y perdida en la vertiginosa expansión de la metrópoli de Louisiana en los años que siguieron a la segunda guerra mundial.

No vio a nadie sospechoso en los alrededores ni se tropezó con ningún vecino en el portal o la escalera. Subió hasta la segunda planta. De los dos apartamentos del piso sabía que uno, el de la izquierda, estaba deshabitado; en el otro, Irving McCormick se había instalado para recibir algunas visitas de personas que no deseaban hacerse demasiado visibles.

La puerta estaba solo encajada, y Bill entró sin molestarse en llamar. Cruzó sin vacilaciones el amplio recibidor envuelto en penumbras y se dirigió hacia el comedor, cuyas luces estaban encendidas. Pero al llegar al umbral se detuvo sorprendido y alarmado.

Irving McCormick aparecía sentado en una de las sillas y echado de bruces sobre la mesa. Cualquiera hubiera podido pensar que, aburrido de la espera, se había quedado dormido, de no ser por la sangre que, tras manchar parte de sus ropas, formaba un pequeño charquito en el suelo.

—¡Dios mío! —exclamó Shore, agarrándose al umbral para no caerse—. ¡Le han matado...!

Haciendo un esfuerzo por dominarse avanzó con lentitud hasta llegar a su lado. Un momento abrigó la esperanza de que Irving no estuviese más que herido, pero le bastó coger una de sus manos para comprender que había muerto. Más aún: que debía llevar unos minutos sin vida para haber alcanzado aquel grado de rigidez.

Soltó la mano impresionado y paseó su mirada por la habitación, en tanto los más contradictorios pensamientos cruzaban por su cerebro. Descubrió entonces, al otro lado de la mesa y tirada en el suelo, un arma de fuego. Era un «Colt» del 45. Instintivamente, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, se agachó para recogerlo. Ajustado al cañón llevaba un aparato silenciador, cuya finalidad era fácil imaginarse.

—¡Le mataron con este revólver...!

—¡Seguro! Y cualquiera que te vea con él en la mano no dudará de que

fuiste tú el criminal...

Se volvió como impulsado por un resorte. En la puerta que daba al vestíbulo descubrió a «Drunken» Hawkins con las manos metidas en los bolsillos, una sonrisa maliciosa en los labios y un brillo extraño en los ojos, que le contemplaban con fijeza. Un instante quedó mudo por la sorpresa. Luego, asaltado por una repentina sospecha, acusó:

—¿Has sido tú el que...!

—¿Yo? —le interrumpió, despectivo, «Drunken»—. ¡Ni pensarlo, amiguito! Paseaba por Levee Street cuando te vi entrar en la casa; se me ocurrió seguirte para ver dónde ibas; entré porque estaba abierta la puerta y te encontré delante de ese «fiambre» con un revólver en la mano.

—Entonces —afirmó Bill—, sabes que no le maté yo.

—¿Por qué voy a saberlo?

—Porque te consta que no llevo aquí más de un minuto y McCormick debió morir hace quince o veinte como mínimo.

—Le conocías, ¿eh? —gruñó Hawkins—. Eso empeora tu situación, muchacho. Pero sinceramente no creo que le liquidases. Aunque si continuas empuñando el revólver...

Shore lo dejó caer, dándose cuenta de que seguir con él no hacía más que empeorar su situación. «Drunken» sonrió complacido.

—¿Sospechas quién pudo realizar la faena? —preguntó.

Bill meditó un instante. Irving constituía un peligro para Krepps y sus secuaces. Era lógico que desearan eliminarlo. Pero ni Henry ni Ivor le hicieron acudir allí, sino Terry. ¿No podría ser ella, pese a todo lo que daba por seguro minutos antes, la que hubiese disparado contra su amigo?

—Responde —exigió «Drunken», impaciente—. ¿Tienes idea de quién pudo hacerlo?

Iba a responder Bill cuando sonó el timbre del teléfono colocado en la pared, al lado del aparador. Maquinalmente fue a descolgarlo. Hawkins se lo impidió cogiéndole de un brazo.

—¡Imbécil! ¿Tanta prisa tienes en que te «tuesten»?

Shore se dio cuenta de la tontería que estaba a punto de cometer. Si alguien sabía que se hallaba en el piso le sería muy difícil demostrar su inocencia.

—¡Gracias! —respondió—. Iba a cometer una torpeza.

—Bastante grande es permanecer aquí —replicó «Drunken», que indudablemente no se encontraba muy a gusto en presencia del muerto—. Si nos coge la «bofia» en el apartamento... ¡Vámonos!

Bill le miró sorprendido. Un par de noches antes parecía odiarle con todas sus fuerzas. ¿Estaba dispuesto realmente a ayudarle ahora?

—¡Claro! —afirmó Hawkins—. Partirte la cara es una cosa y dejar que te condenen por un crimen que no has cometido, otra muy distinta. Cuando

estés a salvo arreglaremos cuentas. Pero sin que «polis» ni jueces se metan por medio.

Shore se disponía a expresar toda la sorpresa que le producía la actitud de «Drunken» cuando el silencio de la calle fue roto por la sirena de un coche policíaco que se acercaba a la carrera. Hawkins lanzó una maldición.

—¡Cierra la puerta de la escalera y corre el cerrojo! —ordenó a Bill—. Escaparemos por el otro lado.

Obedeció Shore, cerrando la puerta. Cuando volvió al comedor, «Drunken» le llamaba a voces desde una habitación interior. Bill cruzó en dos saltos el comedor, pasando por encima del revólver. De pronto recordó algo y volvió sobre sus pasos. Hawkins chilló irritado, incitándole a seguir.

—Necesito borrar las huellas dejadas en el arma —respondió Shore.

—¡Déjala! Si pierdes un segundo te cogerán ahí y será cien veces peor. ¡Deprisa! ¿Vienes ya o...?

Desconcertado, Bill descubrió que «Drunken» tenía una pistola en la mano, cuyo cañón apuntaba a su pecho. Sorprendido y confuso, desistió de limpiar el revólver y siguió al otro. Cruzaron dos o tres habitaciones. «Drunken», que daba la sensación de conocer perfectamente el terreno, fue en línea recta a la cocina y abrió una ventana. A tres o cuatro pies de distancia pasaba una escalera de incendios.

—¡Vamos! Es preciso estar lejos cuando logren echar la puerta abajo...

Dio el ejemplo, saltando a la escalera, y Shore le imitó. Bajaron precipitadamente sin hacer caso del ruido de algunas ventanas al abrirse. Un minuto después corrían, sorteando obstáculos, por un patio grande y destartalado con montones de chatarra por todas partes, protegidos por la oscuridad reinante.

Hawkins iba delante y ganó pronto un portal por el que salieron a una calle. Asombrado, Shore comprobó que no era Levee Street. Siguieron corriendo hasta doblar la esquina próxima. Allí «Drunken» le aconsejó:

—¡Afloja el paso! Corriendo, llamaríamos demasiado la atención...

Anduvieron rápidos unos minutos sin pronunciar una sola palabra. Bill rompió el silencio para preguntar dónde iban.

—Byrne anda por aquí cerca y nos echará una mano. La necesitas para salir con bien del lío en que te has metido.

¡Ivor en los alrededores! Shore no dijo nada, pero pensó mucho. Continuaron andando en silencio, pero «Drunken» debió sospechar lo que pensaba, porque se volvió de pronto para decirle sin disminuir la marcha:

—No imagines cosas raras, muchacho. Estuve con Byrne hasta hace diez minutos y no se habrá movido del bar. Por lo tanto, no pudo ser él.

—Yo no he dicho que lo fuese —respondió Bill, confuso.

—Es conveniente que ni siquiera lo pienses. Aunque solo sea porque sin él no tienes escapatoria posible.

Encontraron a Ivor al volante de su coche, parado delante de un establecimiento de modesta apariencia de New Basin Avenue. Pareció ligeramente sorprendido al verles, y más cuando Hawkins le dijo que necesitaban que los sacase de allí cuanto antes.

—¿Qué os pasa? —inquirió, luego de permitirlos subir y al tiempo que pisaba el acelerador.

Anticipándose a Shore, «Drunken» contó su reciente aventura. Bill no tuvo que rectificarle, porque en líneas generales se atuvo a la verdad. Incluso señaló que casi era seguro que en el arma homicida apareciesen las huellas dactilares de su acompañante, pese a que no era el asesino.

—¿Por qué fuiste a ver a tu amigo? —preguntó Byrne, dirigiéndose a Shore cuando hubo concluido Hawkins.

—Alguien me telefoneó pidiendo que fuese —repuso, malhumorado, Bill—. Fue una trampa, sin duda.

—Y Terry quien te la tendió —afirmó, con toda seguridad, Ivor.

—¿La mandasteis vosotros?

—No. Esa chica trabaja por su cuenta y está jugando bastante sucio. Habrá que aclarar las cosas, y cuanto antes mejor.

—¿Cómo?

—Yendo a su casa. Allí hablaremos claro, nos veremos las caras y sabremos todos a qué atenernos.

Tras dar unas cuántas vueltas y rodeos, el coche enfilaba ahora Exchange Alley. Shore encontraba todo aquello más extraño y sospechoso a cada momento. Era demasiada casualidad que Hawkins pasase por Levee Street y se le ocurriera seguirle; que Irving llevase unos minutos muerto al entrar en su apartamento y que Byrne se encontrase en los alrededores. ¿Para qué le llevaban a casa de Terry? Lo ignoraba, pero no podía ser nada bueno.

Cuando el coche se detuvo a la puerta del edificio donde vivía la muchacha, Bill estaba decidido a dar esquinazo a sus acompañantes. Con aire distraído trató de apearse por el lado contrario, pero «Drunken» le cogió del brazo, al tiempo que apretaba contra su costado el cañón de una pistola y le advertía irónico:

—Sería una pena que desaparecieras en este momento, amiguito.

No tuvo más remedio que acompañarles. Subieron hasta la tercera planta y se detuvieron a la puerta del apartamento marcado con el número cuatro. Parecían estarles esperando, porque la puerta se abrió sin que tuvieran que llamar y Harold N. Bernard les invitó a entrar sonriente:

—Adelante, caballeros. Se retrasaron un poco...

Penetraron en un «living» espacioso, amueblado con lujo y buen gusto. Sentado en el diván, con un vaso de «whisky» al alcance de la mano y mordiscando un puro de regular tamaño, aparecía Henry S. Krepps, que fijó

su mirada escudriñadora en los recién llegados. Shore abrió la boca para decir algo, pero el «boss» le obligó a callar.

—Hablarás cuando te pregunte. Cuéntame lo ocurrido, Ivor.

Byrne relató en pocas palabras lo que Drunken le había referido. Mientras hablaba, Bill advirtió que Bernard había vuelto a cerrar la puerta de entrada, quedándose apoyado de espaldas en ella y que Hawkins no le quitaba la vista de encima ni soltaba la pistola.

—Bien —comentó Krepps, cuando Byrne hubo concluido—. Parece que el amigo ha vuelto a meter los pies en otro charco. ¡Dos crímenes ya! ¿Qué te parece, Shore?

—¡No intervine en ninguno de los dos! —repuso, enérgico, el interesado—. Puedo jurar...

—Por mucho que jures no servirá de nada —le interrumpió Henry, despectivo—. Con las pruebas existentes ningún juez dudará en mandarte a la silla eléctrica. Solo yo puedo salvarte. Pero habrá de ser con algunas condiciones.

—¿Cuáles?

—Que me digas con entera claridad, sin evasivas ni rodeos, todo lo que has logrado averiguar tú, qué llegó a saber Irving McCormick antes de morir y qué comunicó a sus jefes del F. B. I.

—¿De dónde saca que yo puedo estar enterado de nada de eso? —protestó Shore.

—De que lo estás. ¡Y no pierdas el tiempo mintiendo! Tómallo como un consejo de amigo y será mejor para ti. ¡Ah, necesito también recuperar una libretita desaparecida de Canal Street, donde yo había apuntado algunas cosas! ¿Qué ha sido de ella?

Con un gesto de profundo estupor en el semblante, Shore miraba a uno y otros de los presentes como si no diese crédito a sus oídos. Su cara de incompreensión habría hecho dudar a otros que no fueran Krepps y sus secuaces. Con ellos solo le sirvió para que Byrne le pegase una bofetada, ordenándole:

—¡Responde! Cuando el jefe pregunta hay que decirle lo que quiere...

—¡Estáis locos! —chilló Bill, cubriéndose la cara con las manos—. ¿Cómo queréis que yo sepa nada? ¿Creéis acaso que el F. B. I. va a fiarse de un morfinómano para contarle sus secretos?

—Tú no eres un morfinómano, Shore.

—¿Qué no lo soy? Pero ¿no me sacasteis de la cárcel, donde estaba por serlo? ¿No reñí con «Drunken» porque no quiso darme unas inyecciones? ¿No conocéis mi historia?

—Conocemos la historia de William N. Shore, que no es lo mismo —le interrumpió Byrne—. En cuanto a las drogas, un morfinómano se inyecta en cuanto tiene una ampolla; no la guarda para tirarle por el lavabo como

tú.

—¡Mentira! —protestó indignado el aludido, aunque sus gestos de cólera no produjeron el menor efecto en sus oyentes—. ¡Llegar a decir que yo no soy...!

—¡Basta! —le atajó Henry, con aire de cansancio—. ¡Es inútil que mientas y finjas, porque lo sabemos todo!

—¿Qué es todo? —inquirió Shore, tratando a la desesperada de ganar tiempo y serenarse un poco.

—Vas a verlo enseguida —respondió Krepps; luego, alzando la voz, ordenó—: ¡Tráete ya a ese, Ward!

Una puerta del fondo, que aparecía entornada, se abrió de par en par, y surgió. Rosenfield, director nominal de la Oversea, empujando delante de sí a un hombre alto, desgarrado, cuyas manos y piernas temblaban convulsivamente, con los pómulos muy salientes, un brillo de fiebre en los ojos hundidos y el pelo revuelto cayéndole sobre la frente sudorosa.

Un momento, Shore se restregó incrédulo los ojos. Ni por lo más remoto había esperado ver al individuo que acababa de surgir. Sintió una terrible angustia al contemplar su rostro demacrado, con las huellas inequívocas de la enfermedad y el hundimiento. No comprendía cómo se encontraba allí, ante él, cuando debería seguir en una clínica de Denver.

—¿Qué, le conoces?

Se mordió los labios para no dejar escapar el nombre que tenía en la punta de la lengua. El joven de aspecto enfermizo y degenerado levantó la cabeza y se le quedó mirando. Sus ojos sin expresión se animaron un instante, mientras la sombra de una sonrisa contraía en una mueca triste sus facciones. Soltándose de Rosenfield quiso dar un paso, pero le fallaron las piernas, y hubiese rodado por la alfombra si Shore no se apresura a sostenerle en un movimiento instintivo.

—¡Oh Melvin! —murmuró trabajosamente el enfermo—. Me habían dicho que te vería, pero...

—¿Te convences ahora de la inutilidad de mentir? —preguntó Byrne, con aire de triunfo—. Bill es tu hermanito, no tú. Nos costó trabajo dar con él y hacerle venir, pero ahora...

—¿Qué le habéis hecho? —inquirió en voz sorda Shore, conteniendo a duras penas el ansia de saltar sobre aquellos miserables.

—Darle lo que necesitaba —intervino de nuevo Krepps—. En la clínica llevaba siete meses sin pincharse. Nosotros le dimos toda la morfina que deseaba. A cambio nos contó la verdad acerca de su hermano Melvin. ¡De ti!

—¡Canallas! —escupió Shore, rabioso—. ¿No sabéis que eso puede matarle, que volver a las drogas significa...?

—Ser feliz durante los, últimos días —le interrumpió Henry—. Si tuvieras un poco de sentido común nos darías las gracias.

—¿Y qué más? —preguntó Melvin, sarcástico, mientras dejaba a su hermano semiinconsciente sobre uno de los divanes y se acercaba con disimulo a Krepps.

—Entregarme la libretita desaparecida y decir todo lo que tú y McCormick averiguasteis y lo que habéis comunicado al Bureau. Cuanto antes lo digas, mejor para ti y para tu adorada...

—¡Esta es mi respuesta, bandido! —rugió Shore, de pronto, lanzándose con furia desesperada sobre Krepps.

Henry se incorporó de un salto al ver que Melvin se le venía encima, apercibiéndose para la defensa. No le sirvió de nada. Los puños de Shore cayeron como martillos pilones sobre su caíta, aplastándole la nariz y partiéndose los labios. Quiso echarse hacia atrás y cayó en el diván. Su contrincante le clavó una rodilla en el estómago, mientras sus manos se cerraban como torniquetes en torno a su cuello. Krepps experimentó un dolor agudo y empezaron a zumbarle los oídos y a nublársele la vista.

Pero había en la habitación cuatro de sus secuaces y ninguno permaneció indiferente contemplando la escena. Acometieron a Shore como una jauría de perros rabiosos. Melvin siguió apretando, sin hacer caso de los golpes que llovían sobre su espalda, hasta que un violento culatazo en la nuca le hizo perder el conocimiento.

Se lo hicieron recobrar echándole a la cara unos vasos de agua fría y propinándole varias patadas en los puntos más sensibles de su anatomía. Al incorporarse pudo ver a Krepps, cuyo rostro mostraba huellas claras de la eficacia de sus puños y cuyos ojos parecían despedir llamaradas al fijarse en él.

—Por mucho menos he matado a varios —dijo en tono sombrío a Melvin—. Pero quiero darte una posibilidad de salvarte. ¡Una sola! Tú verás si te conviene rechazarla. Y piensa que no solo se trata de tu vida, sino de la de ese —y señaló a su hermano, que hundido en el sillón, sin fuerzas para levantarse, respiraba jadeante— y la de Terry.

—¿Terry? —fingió sorprenderse Shore—. ¿Así le pagas haberte servido con lealtad?

—La misma que tú —replicó Henry, despectivo—. Creía ser muy lista, pero la descubrí igual que a ti. Y ahora piensa y decide respecto a mi propuesta. ¡Tres vidas a cambio de unas contestaciones!

—¿Qué quieres saber?

—Varias cosas. La primera de todas quién eres. No el nombre, que ya lo sé, sino a qué organismo perteneces a la represión de estupefacientes, a los agentes de la Tesorería o al F. B. I. ¿Para quién trabajas?

—Para ti —respondió Shore, sarcástico—. Única y exclusivamente para ti. Me pagas bien y procuro ganarme lo que me das sirviéndote con...

—¡Vas a comprobar cómo pago a los traidores! —le atajó, iracundo,

Krepps—. ¡Duro con él, muchachos!

Como lobos cayeron sobre Melvin, Byrne, «Drunken», Bernard y Rosenfield. Fue inútil que tratara de defenderse. Atacado a un tiempo por todos lados, con las manos vacías y un ligero atontamiento en la cabeza, nada podía frente a cuatro adversarios. Llovieron sobre él las patadas, los puñetazos y los palos, hasta que rodó de nuevo por la alfombra perdido por segunda vez el conocimiento.

—¿Tienes ya suficiente o necesitas más para hablar? —preguntó el «boss» cuando le hicieron recuperar el sentido por los mismos procedimientos que la vez anterior.

Recomenzó la paliza en vista del silencio de Shore. Hubo ahora, no obstante, una ligera variante: Bill, el hermano enfermo y sin fuerzas, no pudo soportar el espectáculo. Se incorporó con un esfuerzo sobrehumano, asió del cuello a Hawkins y trató de estrangularle. «Drunken» reaccionó con violencia, asestándole un rodillazo en el bajo vientre. Cuando el pobre diablo se doblaba sobre sí mismo para caer, su enemigo le descargó un violento culatazo en la sien derecha, que le hizo hundirse verticalmente, como fulminado por un rayo.

—¡A ver si le he matado! —comentó, impresionado por la forma en que quedó tendido sobre la alfombra.

—¡No importa! Nos dijo ya todo lo que sabía, y da lo mismo acabar con él un poco antes o un poco después...

Melvin vio desvanecido a su hermano y desdeñando los golpes que caían sobre él trató de alcanzar a «Drunken». Solo dio un paso en su dirección, porque Byrne le asestó por la espalda un silletazo en la cabeza y volvió a hundirse entre espesas tinieblas.

Por dos veces más le hicieron volver en sí y otras tantas tornaron a golpearle con furioso encarnizamiento hasta sumirle en la inconsciencia. Entre paliza y paliza mediaba únicamente el tiempo que Shore tardaba en recuperar el sentido y conseguir incorporarse y unas breves palabras amenazadoras y apremiantes de Henry, a las que su víctima solo podía responder al final con leves movimientos denegatorios con la cabeza.

—El agua no le produce ya el menor efecto —indicó Byrne, tras un rato de esforzarse por «despertar» a Melvin, desmayado por quinta vez—. Necesitará unas horas como mínimo.

—¿Por qué no le liquidamos de una vez? —preguntó «Drunken»—. No abrirá la boca, y es preferible acabar pronto.

—Todavía no —terció, resuelto y autoritario, Henry—. Quizá cuando despierte comprenda que le conviene hablar. En cualquier caso, necesito hacerle decir dónde tiene la libreta que Terry se llevó de Canal Street.

—¿No la tendrá todavía la chica? —insinuó Byrne.

Henry rechazó la idea. A fuerza de palos, la muchacha había confesado habérsela dado a Shore mientras bailaban en la Drew Drop Inn. ¿Una

mentira habilidosa? No lo creía. Terry estaba enamorada del que se hizo llamar Bill y no iba a acusar sin razón ni fundamento al hombre amado. Aquello planteaba el problema de dónde pudiera haberla metido Melvin.

—Cabe que la llevase consigo a Cuba, aunque lo dudo. Lo más probable es que la escondiera en algún punto de su habitación.

Esperaba obligarle a decir qué había hecho con ella. A menos, claro está, que registrando su cuarto del Gulf Hotel y el apartamento de la muchacha consiguieran encontrarla.

—Y en ese caso no tendríamos que esperar más...

Cuando Shore recuperó el conocimiento habían transcurrido muchas horas; tantas, que las sombras de la noche empezaban a ser barridas por la incierta claridad de la aurora. Pero aunque abrió los ojos y empezó a funcionar su cerebro, se encontraba demasiado aturdido para pensar nada con claridad y excesivamente dolorido para intentar ponerse en pie.

Tornó a dejar caer los párpados y se hundió de nuevo en un profundo sopor. Al abrir de nuevo los ojos habían pasado otras dos horas, aunque no pudiera calcular personalmente el tiempo, ni la bombilla que iluminaba el lugar en que se hallaba le permitiera adivinar siquiera si era de día o de noche. Pero se, encontraba mucho más fuerte y despejado; recordó en el acto las palizas sufridas antes de caer en la inconsciencia y se sentó en el suelo sin experimentar grandes dolores, mirando con curiosidad a su alrededor.

Lo que vio no tenía nada de agradable o esperanzados. Se hallaba en una estancia amplia, desprovista de ventanas y con solo una puerta, probablemente cerrada por fuera. La humedad que manchaba los muros parecía indicar que se trataba de un sótano; la ausencia de todo ruido procedente del exterior, que debía encontrarse a considerable distancia de la calle o que las paredes tenían el grosor preciso para no dejar paso al menor sonido.

Pero hubo algo que le impresionó más que el lugar en que se hallaba y la probable imposibilidad de escapar de allí. Fue ver acurrucada contra la pared una figura de mujer, cuyo cuerpo se estremecía a impulsos de unos ahogados sollozos. Dio por seguro que se trataba de Terry y la llamó por su nombre, al tiempo que se incorporaba y marchaba a su lado. La muchacha levantó la cabeza, y Shore no pudo contener un grito de rabia al ver su aspecto. Estaba despeinada, sucia de polvo y sangre, con un ojo amoratado y el otro medio cerrado por la hinchazón de los párpados, una pequeña brecha sobre la oreja derecha y la cara llena de cardenales y arañazos. No tuvo que preguntarla nada para saber que había sufrido un trato semejante al suyo.

Quiso consolarla prodigándole las primeras frases de aliento que acudieron a sus labios. Terry no le dejó hablar mucho. No lloraba por los

golpes sufridos; ni siquiera por el trágico porvenir que le esperaba. ¿Por qué entonces?

—Por ti —replicó la muchacha—, al que hundí sin pretenderlo. Dije que tenías la libreta de apuntes por ganar tiempo y con la esperanza de que no te hubiesen cogido, y ahora...

—¡Serénate, querida! —repuso Melvin—. Aun sin nada de eso, no habría mejorado mi suerte. Quizá sería peor, porque de no tener la esperanza de que pudiera decirles lo que necesitan saber me habrían matado ya. Nuestra situación tiene poco de esperanzadora, pero mientras hay vida...

—¡Ojalá tu hermano Bill pudiera decir lo mismo...!

Miraba hacia algún punto a su espalda, y Shore se volvió para dirigir la vista en la misma dirección. En el rincón menos iluminado vio el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. Adivinó de quién se trataba, y con paso vacilante, casi beodo, fue hacia allá.

Su hermano estaba inmóvil, tumbado boca arriba, con una palidez cerúlea en el rostro desencajado, los ojos cerrados, una brecha en la parte alta de la frente y un hilillo de sangre ya seca manchándole la cara y el pelo. Se arrodilló a su lado y le cogió de la muñeca. Al principio creyó que estaba muerto; luego le pareció advertir que aún latía el pulso, pero tan débil y con tales intermitencias que presagiaba un rápido final.

Quedó como petrificado, arrodillado en el suelo y contemplando el cuerpo de su hermano. Sintió de pronto que los ojos se le llenaban de lágrimas y se las limpió de un manotazo. Con voz ronca, en la que vibraba un dolorido sarcasmo, expresó en palabras lo que más le atormentaba en aquel instante dramático y angustioso.

—¡Pobre Bill, destrozado por culpa mía! ¡Y llegué a creermé más listo, más bueno y más recto que nadie, cuando soy el ser más indigno y despreciable!

—Eres injusto contigo mismo, querido —respondió Terry, que silenciosamente había seguido sus pasos, viniendo a arrodillarse a su lado—. Hiciste cuanto estuvo en tu mano por servir a la Justicia, jugándotelo todo con admirable heroísmo y desinterés por descubrir y castigar a una partida de miserables.

—¡Gracias por decirme eso! —respondió Shore, que parecía librar una dura lucha consigo mismo—. Gracias por tratar de animarme con una mentira piadosa, que ni tú misma crees. ¡Ojalá pudiera engañarme yo! Pero necesitaría no tener conciencia, y la tengo.

La muchacha le miró, sorprendida, dolorosamente impresionada por la desgarrada amargura que reflejaban sus palabras. Melvin parecía al borde de la locura, presa de una terrible desesperanza. Hablaba más exaltado a cada instante, como si sus palabras contribuyesen a aumentar su

nerviosismo.

—¡La conciencia me acusa, Terry! Es el más implacable de los fiscales; un fiscal que no admite disimulos ni habilidades, y nos castiga con los remordimientos. ¡Y los míos son tales, que, aun escapando de aquí, no creo que pudiera seguir viviendo!

—Pero ¿por qué? —inquirió, desconcertada, la muchacha?—. ¿De qué puede acusarte la conciencia?

—De dos crímenes. La primera víctima fue mi hermano Bill. Estaba recluido en una clínica de Denver, recuperándose lentamente, cuando se me ocurrió la brillante idea de suplantar su personalidad, de hacerme pasar por él y venir a Nueva Orleans, para sorprender y descubrir a los traficantes en drogas.

Sabía antes de llegar que sobre Krepps y sus secuaces recaían fundadas sospechas de introducir contrabando en América buena parte del veneno que estaba destrozando a millares de jóvenes; también que la Oversea Airways era una tapadera de sus turbias actividades y que siempre andaban buscando pilotos cuya fidelidad y reserva estuviese garantizada por lo poco limpio de su existencia.

—Yo fui, la pieza que corre al encuentro del cazador, el conejo que se pone delante de la escopeta. Cuando logré introducirme en la organización, me consideré triunfante. Confié demasiado en mi talento, y desdeñé estúpidamente la inteligencia de los demás. ¿Qué he conseguido? A la vista esta: que no solo terminen conmigo, sino que al pobre Bill lo asesinasen por culpa mía y casi delante de mis ojos...

Con vehemencia negó Terry las afirmaciones de Shore. No tenía razón al echar sobre sí todas las culpas. Que las cosas hubieran salido mal, no implicaba que no hubiese actuado con acierto y valor. Podía asegurarlo sin sombra alguna de duda, precisamente porque conocía a fondo lo que había hecho en Nueva Orleans.

—¡No puedes sostener eso sin faltar a la verdad! —contestó Melvin, violento—. La otra noche me dijiste que Irving necesitaba verme con urgencia; me lo repetiste en todos los tonos, y yo no fui a verle.

—Es lógico que no fueras. Desconfiabas de mí, temías una trampa y...

—Esa explicación me di a mí mismo entonces. Pero ahora veo con claridad que es falsa. Si hubiese visto a McCormick la otra noche, probablemente seguiría vivo, y tú no te verías en esta situación. ¿Sabes por qué no le vi? Pues porque encontré cómodo y prudente fingir que no te creía. Sin embargo, en el fondo estaba seguro de que decías la verdad, y no me moví del hotel por cobardía.

—¿Cómo podías estar seguro de que no te engañaba después de haberte mentido la primera vez que nos vimos?

—Por una razón sencilla y definitiva: porque la otra noche me di cuenta

de que te quería. Más aún: de que tú me querías también y ponías en mí todas tus esperanzas. Pero fui tan cobarde que preferí hacerme el desentendido, traicionando a Irving y abandonándote a ti. ¿De verdad crees que puedo perdonármelo?

Terry pareció meditar un instante. Luego, rodeando con sus brazos el cuello de Shore, le atrajo hacia sí, murmurando, conmovida:

—No tienes nada que perdonarte, querido. Si alguien obró mal, fui yo, por no atreverme a decir todo lo que pensaba. Pero si salimos de esta, te prometo hacer lo posible y lo imposible para que olvides mi falta y todo el horror en que te ves envuelto por culpa mía.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA. LOPEZ DE HARO. FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

VII

EL DEBER CUMPLIDO



los dos les atormentaba casi por igual la conciencia, y cada uno trataba de consolar al otro, recabando para sí las máximas responsabilidades. Era un esfuerzo generoso y abnegado por hacer menos intensos los sufrimientos de la persona amada, pero condenado de antemano al más estrepitoso fracaso. Incluso el repentino descubrimiento de su mutuo amor, que hubiese bastado para llenar de júbilo sus corazones en diferentes circunstancias, se convertía en fuente de nuevas amarguras.

—¡Basta ya de pensar en lo que pudimos hacer y no hicimos! —suplicó más que pidió la muchacha, al cabo de un rato de lamentaciones, cuya duración ninguno de los dos estaba en condiciones de calcular con exactitud—. Lo único que cuenta e importa es lo que podamos hacer en adelante.

—No creo que podamos hacer otra cosa —repuso Melvin, vencido— que acabar con un poco de dignidad y entereza.

—¡Quién sabe! —exclamó Terry—. El tiempo es nuestro mejor aliado, y hemos conseguido ganar ya tantas horas, que...

Se detuvo sin concluir la frase, y Shore no le pidió que la completase. Nada deseaba menos que robar a la muchacha sus últimas ilusiones; pero, personalmente, estaba convencido de la inutilidad de la espera. Ni doce horas ni doce días significarían la menor ventaja para ellos. Nadie sabía dónde estaban ni nadie les buscaría por allí. Era probable que la Policía

hubiese comprobado ya que las huellas encontradas en el revólver que arrebató la vida a Irving coincidían exactamente con las que le tomaron cuando Kinsley le tuvo detenido, luego de su primera pelea con «Drunken». Seguramente le estarían buscando, pero supondrían que había huido lejos de Nueva Orleans.

—Es posible que Kinsley venga pronto —insinuó Terry—, que insista en verme y...

—¿Por qué va a venir aquí precisamente? —inquirió, sorprendido, Melvin.

—Por la sencilla razón de que estamos en el edificio donde tengo mi apartamento; en los sótanos, pero en la misma casa. Rosenfield y Bernard tienen otros pisos. Eso influirá en que el teniente quiera verlos todos.

—Aunque así sea —murmuró, escéptico, Shore— no servirá de nada. No va a sospechar que nos tienen aquí encerrados. Pero ¿en qué te fundas para suponer que pueda venir hoy a Exchange Alley?

Terry dio unas rápidas explicaciones. Como jefe de la Brigada de Narcóticos de la Policía local, Kinsley —que procuraba cumplir con su deber honradamente, aunque su inteligencia quedaba muy por bajo de sus buenas intenciones—, abrigaba ciertas sospechas respecto a las actividades de la Oversea. Que un morfinómano como el llamado Bill Shore hubiese entrado a su servicio, no hizo más que incrementar sus recelos. No se atrevía con Krepps, que estaba demasiado alto y gozaba de considerables influencias; pero sí husmeaba en las vidas de cuantos le rodeaban, especialmente de Rosenfield y Byrne, buscando alguna prueba que le permitiese actuar.

Últimamente se había fijado en miss Lofthouse. La vio varias veces en compañía de elementos que consideraba sospechosos; hizo que la vigilaran con cierta discreción, y cuando creyó tener algo positivo, la buscó, para hablar con ella a solas.

—Fue anteayer, cuando yo sabía que Krepps no se fiaba de mí, había perdido las esperanzas de volver a ver a la pobre Suzy y McCormick me acababa de advertir que tuviese cuidado, porque Henry podía considerarme un peligro y eliminarme, como a tantos otros.

La muchacha no quiso decir toda la verdad al teniente, porque aún esperaba una oportunidad para apoderarse de una libreta de apuntes de Krepps, que Irving consideraba de importancia decisiva para aclarar todo lo relativo al contrabando de oro y, posiblemente, al asesinato de Stuart McGarry. Sin embargo, dejó traslucir lo suficiente para que Kinsley juzgase necesario volver a verla.

La tarde anterior, tan pronto como pudo hacerse con la libreta de apuntes, telefoneó a McCormick para entregársela, quedando en esperarle en un café reservado y discreto del Vieux Carré. Pero al poco rato de estar

allí, advirtió que varios tipos sospechosos, a los que acaudillaba «Drunken», tenían guardada la calle. Supuso que esperaban a Irving para liquidarle, y tornó a llamarle para que no fuese; accedió, no sin cierta resistencia, el interesado, pidiéndola que avisase a Shore para que acudiese a verle «a dónde ya sabía».

—¿Por qué no me llamó él? —inquirió Melvin, cejijunto.

La chica dio una rápida explicación. Krepps tenía controlada la centralilla del Gulf Hotel, y procuraba localizar el punto de origen de las llamadas que Shore recibía. Nadie, ni siquiera ella, conocía el lugar en que Melvin tenía que verle. Para que los secuaces de Henry no lo descubriesen, prefería abstenerse de llamar desde allí.

Mientras aguardaba en el café a que Shore regresase de su viaje a La Habana, Terry se dio cuenta del peligro que corría personalmente. Era probable que la cogiesen a la salida; incluso que «Drunken» entrase a buscarla en cualquier momento. Podría intentar engañar a Krepps, pero con la libreta de apuntes encima, no tendría salvación. Pensó cómo ponerla a buen recaudo, y al final dio con la mejor solución: mandársela, dentro de un sobre, a Kinsley.

—Le decía en una breve nota que preguntase a McCormick por su significado, y que si no podía dar con él que viniera a buscarme, insistiendo mucho y no marchándose sin verme, aunque le dijese que no estaba.

Mandó a un «botones» con la carta a que la echase al buzón más próximo, y no abandonó el café hasta que volvió asegurando haber cumplido su encargo. Entonces, y como ya había hablado con Shore, salió a la calle, y en la calle encontró a Bernard —que, al parecer, había sustituido a «Drunken»—, que la obligó a montar en un coche y la llevó a su casa, donde ya estaba Krepps esperándola.

—Puedes figurarte cómo me recibí, juzgando por el recibimiento que te hizo a ti. Pero conseguí despistarle respecto al paradero de la libreta, y si Kinsley la ha recibido a estas horas, como me figuro...

Melvin admiró la decisión y sangre fría de la muchacha. Si el teniente tenía la libreta de anotaciones en su poder, y si al enterarse de la muerte de Irving se ponía en contacto con el F. B. I., los días de Krepps estaban contados. Desgraciadamente, los suyos llegarían mucho antes a su final. Kinsley se presentaría antes o después en el apartamento de la muchacha; acaso lo registrase de arriba abajo, pero tendría que irse con las manos vacías, sin sospechar siquiera que Terry y Shore podían hallarse encerrados en un sótano del mismo edificio.

Cuando sus pensamientos tenían menos de esperanzadores, oyó abrirse la puerta del sótano. Al mirar hacia allá, descubrió sin gran sorpresa a «Drunken» y Byrne, acompañados de un tercer individuo. Ivor y Hawkins traían las pistolas en la mano, y el primero habló, en tono que nada tenía de

cordial:

—Hay que salir de aquí, y deprisa, amigos. Debéis aburrirlos mucho, y el jefe ha decidido que deis un pequeño paseo.

—¿Adónde quieres llevarnos? —preguntó Terry.

—Lo sabrás cuando lleguemos. No voy a perder tiempo con explicaciones. Echad a andar por las buenas, o tendréis que hacerlo a palos. ¿Entendido?

—¿Dejando a Bill aquí? —inquirió Shore.

—Nos lo llevaremos también. ¡Carga con él, Bert! —añadió, dirigiéndose al tercer individuo, que se apresuró a cumplir la orden—. ¡Andando todos, y mucho cuidado con levantar la voz!

Salieron a una especie de pasillo, que recorrieron hasta el extremo opuesto, y subieron varios tramos de escalera. Terry, que conocía el terreno, parecía sorprendida y disgustada.

—¿Es que no saldremos por Exchange Alley? —preguntó.

—No —repuso Byrne—. Mossy Street resulta más segura para evitar tropiezos desagradables.

Terry supuso que Kinsley debía estar al llegar. Posiblemente, Krepps había tenido noticias de su visita y procuraba despejar el terreno. Ivor pareció leer sus pensamientos, porque comentó en tono burlón:

—El teniente está arriba, pero se irá como vino.

Cuando quiera bajar al sótano, si baja, no hallará nada de lo que busca.

La escalera desembocaba en el portal estrecho y oscuro de una casa vieja, que ninguna semejanza ofrecía con el moderno edificio contiguo donde miss Lofthouse tuvo su apartamento. Ante la puerta aparecía parada una furgoneta. Shore dio por descontado que los meterían en ella, los sacarían a las afueras y, una vez en el campo, acabarían con ellos. Mentalmente dijo adiós a las pocas esperanzas que le quedaban. En circunstancias distintas habría pensado en defender y luchar; pero ahora apenas si le quedaban fuerzas para sostenerse en pie.

—¡Un momento, amigos! Quisiera que hablásemos un ratito...

La voz sonó en el preciso instante en que Melvin y la muchacha ponían el pie en la calle, dispuestos a cruzar la acera para subir a la furgoneta, en la que acababa de meterse el individuo que llevaba el cuerpo inanimado de Bill. Byrne dio un respingo al oírla; Shore, que estaba a su lado, se creyó víctima de una alucinación. No era posible que aquella voz —precisamente aquella— sonase ahora en sus oídos.

—¡Métase en lo que le importe —gruñó Ivor, amenazador, oprimiendo la culata de la pistola, que había medio ocultado en el bolsillo al salir del portal—, y lárguese, si sabe lo que le conviene!

—Siempre supe lo que me convenía —replicó, calmosa, la misma voz —, y esto me importa más de lo que se figura, amigo.

Shore volvió la cabeza para mirar al que hablaba. Acaso porque estaba muy débil, su cerebro se negó a dar crédito a lo que sus ojos veían.

—¡El inspector Lohman aquí! —exclamó, estupefacto—. ¡Imposible!

—Nada de imposible, Melvin —respondió Lohman—. Se tardan pocas horas en llegar desde Denver, y yo...

—¡Tú acabarás con ellos! —gritó, rabioso, Byrne, sacando con premura la pistola y haciendo fuego.

No dio en el blanco, pero la culpa no fue suya. Shore apenas se tenía en pie; sin embargo, el empujón que propinó a Ivor, si no bastó para derribarle, fue suficiente para desviar su puntería. Los dos primeros tiros le salieron desviados, y el tercero no llegó a hacerlo. El inspector disparó a su vez, y su contrincante se derrumbó, con un grito de agonía.

Si aquel dramático episodio se desarrolló en menos tiempo del que se emplea en contarlo, cuanto siguió tuvo un ritmo tan vertiginoso que ni sus mismos protagonistas podrían decir después el orden en que se desarrollaron los acontecimientos. El individuo que estaba en el interior de la furgoneta se asomó, con un revólver en la mano. Trató de vengar la muerte de Byrne, disparando contra el inspector, y no consiguió otra cosa que hacerse matar. En movimiento instintivo, huyendo de los balazos que silbaban en todas las direcciones, Terry retrocedió, buscando refugio en el portal, cogiendo del brazo a Melvin, para obligarle a seguirla. Uno y otra se habían olvidado momentáneamente de «Drunken», que cerraba la marcha, pero Hawkins se lo recordó, con una carcajada de triunfo:

—¡Por lo menos, vosotros dos iréis delante...!

Estaba disparando desde que empezó a hablar. Erró el primer balazo, porque tiró con excesiva precipitación y nerviosismo. Pero a cuatro pasos de distancia y en un portal angosto no era posible que fallase más. Shore lo comprendió, con una terrible angustia, en menos de una centésima de segundo. Se dio cuenta de que les mataría a los dos, y que tenía que hacer algo a la desesperada para intentar salvarse.

—¡Cobarde! —chilló, iracundo, avanzando hacia su contrincante—. Acabarás pagando...

Sintió un golpe seco en el pecho y un sabor de sangre en la boca. Las piernas se negaron a sostenerle, y se vio en la total imposibilidad de alcanzar a «Drunken». Entonces, solo pensó en salvar a la muchacha. Haciendo un gran esfuerzo, consiguió dar dos pasos, poniéndose delante de Terry. Nuevamente apretó Hawkins el gatillo, y otra vez experimentó Melvin en sus carnes el mordisco del plomo. Pero aún tuvo fuerzas para extender los brazos, rodear el cuello de la joven y hacerla caer al mismo tiempo que él, cubriendo con su cuerpo el de la mujer amada.

Rabioso, «Drunken» siguió tirando. Pero un instante después, otros disparos sonaban en la puerta, y Hawkins, herido, echaba a correr, gritando,

aterrado. Confusamente, Shore vio al inspector Lohman y a otros dos hombres lanzados en su persecución atravesar el portal a la carrera. Luego, su cerebro dejó de pensar y sus ojos de ver.

Cuando recobró el sentido, se encontró en la cama de un sanatorio. Terry estaba sentada a la cabecera del lecho, le cogía con cariño una de las manos y le miraba con afanosa solicitud. Al verle abrir los ojos, se llevó un dedo a los labios, recomendándole silencio. Melvin obedeció, acaso porque no tenía energías para hablar. Pero miró a la muchacha; advirtió que su rostro había recobrado su aspecto normal, desaparecidas las huellas dejadas por los puños de Krepps y sus secuaces, y dedujo, seguro de no equivocarse, que debían haber transcurrido diez o doce días de los trágicos sucesos de Mossy Street.

Le sorprendió extraordinariamente saber que habían pasado cerca de dos meses. Tardó varios días en enterarse, pero aun así le dejó confuso la duración de su inconsciencia. Lo comprendió cuando un médico le informó de lo cerca del corazón que recibió uno de los balazos, y las escasas esperanzas que tenían de salvarle al llevarle por primera vez al quirófano.

—Por fortuna —añadió, con una sonrisa tranquilizadora—, el peligro ha pasado ya, y la convalecencia será rápida.

Poco a poco fue sabiendo de boca de Terry el desenlace de la dramática aventura. Krepps había muerto, igual que «Drunken» y Byrne, en la pelea contra el inspector Lohman y los agentes que le acompañaban. Pero Rosenfield, Bernard y algunos otros complicados cayeron vivos en sus manos; hubieron de confesar de plano, y la siniestra organización había quedado totalmente destruida.

—Son tantos sus delitos y tan monstruosos, que será muy difícil que ninguno de ellos escape con vida el día que les juzguen.

Entre sus víctimas estaba Susanne Lofthouse, asesinada en Santiago en forma parecida y por las mismas causas que la desgraciada Virgilia Sherwood. Terry conocía ya la terrible nueva, pero tenía el consuelo de saber que aquel crimen, como tantos otros, ni quedaría impune ni podría repetirse con otras muchachas ingenuas e ilusionadas.

Lohman, que acudió varias veces a verle y conversó extensamente con Shore, le contó lo que no acertaba a explicarse: su providencial aparición en Mossy Street, cuando Ivor trataba de subirles a una furgoneta para llevarles al lugar de su inmólación.

—Vine a Nueva Orleans en seguimiento de tu hermano. Tan pronto como supe que había huido de la clínica, empecé las investigaciones. Un individuo (luego me enteré de que se trataba de Bernard) estuvo a verle y le convenció para que se fugase, trayéndole aquí. No podemos culparle, pensando que es un enfermo.

Se figuró en el acto que su desaparición podía estar relacionada con la

difícil misión que Shore había asumido. Llegó a Nueva Orleans, encontrándose con la noticia impresionante del asesinato de McCormick y las sospechas que recaían sobre Melvin.

—La Policía local estaba convencida de tu culpabilidad, pero cambió al saber que tanto Irving como tú pertenecíais al F. B. I. Fue entonces cuando Kinsley recibió la carta de miss Lofthouse, y fuimos a Exchange Alley, esperanzados en encontrar la clave del enigma.

Kinsley, con varios agentes, subió al apartamento de la muchacha, y, al no recibir respuesta a sus llamadas, violentó la puerta. Lo encontró todo en un terrible desorden, en vista de lo cual decidió interrogar a Rosenfield, que vivía en la misma casa, aunque en piso distinto. Allí no solo encontró al gerente de la Oversea, sino a Krepps y buen número de sus amigos. Tres de ellos desaparecieron, mientras Henry y Ward entretenían al teniente, que amenazaba registrar el edificio entero desde la terraza a los sótanos.

—Yo había previsto algo de lo que posiblemente harían —continuó el inspector—. Por eso me quedé en la calle e hice vigilar con discreción toda la manzana. Cuando vi detenerse una furgoneta ante el portal de Mossy Street, esperé con calma, seguro de no equivocarme. Lo demás lo conoces ya.

Melvin quedó pensativo al escucharle. Le alegraba cuanto el inspector decía, pero nada de ello disipaba sus angustias. En su fuero íntimo seguía considerándose culpable. Que su hermano no hubiese muerto, que existieran posibilidades de salvarle, pese a la grave crisis pasada, no disminuía su responsabilidad.

—Fue una terrible equivocación tomar su nombre y hacerme pasar por él —murmuró, apenado.

—Te equivocas —repuso Lohman—. El éxito ha demostrado que fue una idea acertada e inteligente. Confío que Bill llegue a curarse; pero, en cualquier caso, sin tu decisión de suplantarle, no habríamos terminado con esos miserables, y otros muchos desgraciados habrían seguido la triste suerte de tu hermano.

—Pero la muerte de Irving... —insistió Shore, atormentado por el remordimiento.

—Le habrían matado igual si le hubieses visto unas noches antes. Tranquilízate, Melvin. Tu conciencia no puede acusarte de nada, porque no hiciste más que cumplir con tu deber.

En los mismos términos se expresaba Terry minutos después, cuando los dos quedaron a solas. Pero las palabras de la mujer amada resultaron más convincentes que las del inspector para el desasosegado espíritu de Shore. Sereno ya, despejadas las tinieblas que, le envolvían, abrazó feliz a la muchacha, que comentó, emocionada:

—Cuando nos conocimos, tú y yo estábamos en contra de la Ley. Ha

sido una suerte que al final hayamos podido ayudarla, limpiando de toda culpa nuestras conciencias...



COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

VALIENTES

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,25 pts.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !